

rara avis



Juicio a Satán

Ray Russell



ALBA

JUICIO A SATÁN



RAY RUSSELL

Traducción
Íñigo F. Lomana

rara avis
ALBA



ALBA Rara avis

Título original: *The Case Against Satan*

© Ray Russell, 1962

© de la traducción: Íñigo F. Lomana

© de esta edición: **Alba Editorial, s.l.u.**
Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona
www. albaeditorial.es

Diseño: Pepe Moll de Alba

primera edición: enero de 2020

Conversión a formato digital: Alba Editorial

ISBN: 978-84-9065-660-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos

NOTA AL TEXTO



Juicio a Satán fue publicada por primera vez en 1962 (Ivan Obolensky Inc., Nueva York).

I. LAS DOS CARAS DE LA MEDIANOCHE



Tal vez porque Dios ha acabado convirtiéndose en un Papá Noël afable de ojos chispeantes y barba escarchada; o porque los anuncios de la televisión tratan de engatusarnos para que les rindamos culto; o porque los carteles publicitarios creados por virtuosos del aerógrafo y maestros del eslogan nos insisten una y otra vez en que la familia que reza unida seguirá unida; o porque la religión no es hoy más que un ideal adulterado, un puro oropel sin zonas de sombra, una golosina para beatos tan agradable, dulzona y tediosamente inocua que con toda justicia podemos llamarla, como haría Karl Mark, el opio del pueblo; o porque el miedo, la sangre, el asombro, el sentido de lo primordial y cierto componente de terror —elementos sin los cuales no es posible ni el verdadero amor ni el verdadero arte ni la verdadera fe— han sido lenta y sistemáticamente expurgados de la experiencia religiosa; tal vez por todas estas razones o por alguna de ellas —o, muy posiblemente, por otras que ni siquiera estemos capacitados para comprender—, un sacerdote de la Iglesia católica fue puesto a prueba durante un angustioso fin de semana a mediados del siglo xx.

El calvario al que fue sometido dio comienzo con una serie de incidentes menores que sin embargo son dignos de mención. No deja de resultar extraño, por ejemplo, que las luces del salón de la casa parroquial de San Miguel estuvieran encendidas a plena potencia una medianoche poco antes de que empezara el fin de semana, ya que los sacerdotes están obligados por su profesión a acostarse temprano y, por lo general, quienes se acuestan temprano suelen también madrugar.

Aún resulta más extraño que dos personas se hubiesen pasado más de una hora merodeando por la acera desierta, frente a la casa parroquial, como si esperasen algo o a alguien. Una de estas dos figuras era la de un hombre alto y corpulento de unos cincuenta años; la otra, la de una muchacha con coleta, ya entrada en su adolescencia, bien parecida y bastante desarrollada para su edad.

Cuando la puerta de la casa parroquial por fin se abrió y una franja de luz amarillenta se proyectó en la oscuridad, esas dos figuras trataron de ocultarse entre las sombras. Un sacerdote salió de la casa parroquial. Se acercó a un Buick aparcado a una media manzana de distancia, se metió en él y al poco rato se marchó. En cuanto el coche dobló la esquina, el hombre corpulento y la adolescente salieron de las sombras y empezaron a andar por el pequeño sendero que llevaba a la casa parroquial. La muchacha se quedó atrás; el hombre la cogió con malos modos del brazo y tiró de ella mientras la regañaba en voz baja, pero la muchacha consiguió zafarse y salir corriendo. El hombre empezó a llamarla, pero no tardó en darse cuenta de que era demasiado

tarde para armar tanto jaleo. Con cierta resignación, echó a andar detrás de la niña.

Era un viernes de finales de septiembre y hacía un calor inusual para esa época del año.

Muchos dirían que era la madrugada del sábado, pues hacía ya rato que había dado la medianoche. Pero el padre Gregory Sargeant no era de la misma opinión. Él y su predecesor en San Miguel, el padre James Halloran, acababan de volver a la casa parroquial.

—¿Le apetece una poco de brandy, padre Halloran? —había dicho Gregory con una licorera en la mano.

—No, gracias —había respondido el padre Halloran.

—Le importa si me...

—Como guste.

Mientras se servía una copita de brandy, el padre Sargeant sonrió.

—Detecto cierto tono de reproche en su voz, padre.

—Lo siento.

—Y creo que sé por qué es: piensa usted que me estoy saltando las normas a la torera. Déjeme que le explique. Tenemos prohibido tomar alcohol hasta después de la primera misa de la mañana. Y, como es más de medianoche, técnicamente ya es por la mañana. Eso es lo que está pensando, ¿verdad?

—Pues sí...

—¡Ah, pues ese es el problema! —exclamó con aire triunfal el padre Sargeant—. Usted funciona con el horario de verano.

—¿Y usted no?

El chiste formaba parte del repertorio habitual de Gregory desde hacía muchos años. Y, antes de rematarlo, siempre le gustaba hacer una pausa.

—¡Por supuesto que no, yo funciono con el horario de Dios! Y, según nuestro señor, no será sábado hasta dentro de... —El padre Sargeant echó un vistazo a su reloj—. Cincuenta y siete minutos. Así que... —Se llevó el vaso a los labios y dio un trago.

El padre Halloran intentó, sin demasiado éxito, participar de esa atmósfera distendida.

—Muy ingenioso.

Gregory Sargeant era consciente de que —como dirían sus amigos del mundo del teatro— le había salido el tiro por la culata. Sabía que el padre Halloran era un hombre con escaso sentido del humor. Frisaba además los sesenta y, por tanto, debía de sacarle unos quince años. Por si esto fuera poco, también parecía bastante cansado —igual que el propio Gregory—, ya que habían vuelto hacía poco a la casa parroquial después de hacer una última ronda para presentar al nuevo párroco entre sus feligreses.

—Es una pena —dijo Gregory— que no pueda quedarse para la fiesta de nuestro patrón.

—Sí —admitió el padre Halloran—. Siempre me lo he pasado bien el día de San Miguel: la misa especial, la música... Pero los huérfanos necesitan que alguien se haga cargo de ellos cuanto antes.

—¿Está usted seguro de que no quiere quedarse a dormir? Se ha hecho tardísimo.

—No —respondió el padre Halloran—. Si salgo ahora mismo, llegaré al orfanato antes de que amanezca, justo a tiempo para ponerme a trabajar. Cuentan con que estaré allí a primera hora y no quiero desilusionarlos nada más empezar. No creí que tardaríamos tanto en dejarlo todo zanjado.

—Y ¿cuándo va a dormir?

—No se preocupe, últimamente no pego ojo.

«Yo tampoco. ¿Qué es lo que le tiene en vela a usted?», pensó Gregory. Pero en voz alta solo se atrevió a decir:

—¿Cómo ve su nuevo destino?

—Pues, mire, creo que puedo serles de bastante utilidad allí. Y no veo la hora de ponerme manos a la obra.

—Ya lo veo —dijo Gregory—. Cualquiera diría que tiene usted ganas de perder de vista San Miguel.

—No —contestó con rapidez el padre Halloran—, en absoluto. Aquí casi todo el mundo es encantador. Aunque también hay, por supuesto, algún que otro incordio. Como un tal Talbot, un calumniador profesional, un agitador...

—Ah, pero qué sería de una parroquia sin un personaje así —dijo Gregory.

—Eso es verdad. Yo he hecho buenos amigos aquí y en general he sido bastante feliz. Y no se me han presentado problemas muy diferentes a los que hay en cualquier otra parroquia.

—Bueno —dijo Gregory arrastrando las palabras—, algún caso extraordinario sí se habrá encontrado, ¿no?

El padre Halloran levantó la vista de repente.

—¿Qué quiere decir?

Gregory sonrió.

—¿Cómo se llama el empresario al que hemos ido a visitar hoy? ¿Glencannon?

—Sí.

—Tengo la sensación de que él sí me dará guerra. ¿A usted también le ha venido alguna vez con la ocurrencia esa de mandar su confesión grabada por correo para que le den la absolución por teléfono?

El padre Halloran asintió.

—Alguna vez, sí. Cuando se le mete algo en la cabeza no hay quien se lo saque.

—¿Y el farmacéutico? ¿De verdad espera que le repartamos las medicinas siempre que, como él dice, nos «pille de camino»?

—No se lo tenga en cuenta. A mí solo me lo pedía cuando sabía que iba a ver a algún feligrés enfermo que además era cliente suyo. Nunca me importó. Esta parroquia es como un pueblo.

—Sí, lo sé.

—Y luego está el anciano este —prosiguió Gregory—, el señor Sowerby. Me alegro de que me pusiera sobre aviso. Tiene que haber sido desesperante administrarle la extremaunción tres veces ya y ver que después de cada una de ellas se recuperaba y seguía plácidamente con su vida.

—Sí, he de reconocer que eso fue bastante extraño.

—Y ¿qué me dice de los Barlow? El marido parece una buena persona, y bastante tranquilo. Pero me ha dado la impresión de que la mujer tiene una personalidad, cómo decirlo... un tanto apabullante. ¿Es siempre así de enérgica y despótica?

—La señora Barlow es una mujer muy respetada en esta comunidad —contestó el padre Halloran—. Y muchos la consideran una especie de líder entre las mujeres de la parroquia. Tiene una vida social muy activa. Supongo que es una persona en cierta manera atractiva.

—Sí, supongo que sí.

—Pero la familia que más me preocupa a mí —dijo el padre Halloran después de un breve silencio— no son los Barlow, sino los Garth.

—¿No son las personas a las que acabamos de ver? ¿El padre y la hija?

—Sí —respondió el padre Halloran—. Es un asunto peliagudo y bastante complicado. La muchacha tiene dieciséis años, perdió a su madre hace algún tiempo y padece algún tipo de trastorno, algún tipo de trastorno mental. Tiene... ataques. La han visto un montón de médicos y yo le recomendé a su padre que la llevara a un psiquiatra...

Una niña de dieciséis años con «ataques». Gregory se sonrió. «Ataques», qué palabra tan rancia y anticuada. Cuando se trata de mujeres jóvenes, esos ataques suelen estar causados por algún tipo de histeria sexual. El sexo, esa fuerza salvaje que bulle en nuestro interior y clama por ser liberada, puede tener infinidad de formas.

Gregory solía ver el sexo como una especie de río agitado que desemboca en una atronadora cascada. Enfrentados al tumulto de esa catarata, las personas pueden reaccionar de dos maneras diferentes. A algunas, ese espectáculo de violencia irracional y naturaleza desbocada les producirá un rechazo inconsciente y, aunque no se den cuenta, desearán detener las aguas agitadas del río o, cuando menos, desviar su curso para no tener que contemplarlo nunca más. Les parece demasiado grande e incontrolado y eso les ofende.

Pero hay otro tipo de personas que, al ver la catarata, se dirán: «Ah, ¡qué energía salvaje y maravillosa! Aunque ¡menudo desperdicio! Esta fuerza divina podría ser canalizada y utilizada para hacer buenas obras». Así pues, construirán un dique y, en lugar de desviar el curso del río, tratarán de aprovechar su fuerza para poner en funcionamiento una serie de turbinas, generar energía eléctrica y regar los campos secos. A Gregory le gustaba pensar que esa era la actitud del catolicismo frente al sexo. La otra era la actitud protestante. («Aunque, claro —se decía, encogiéndose de hombros—, en esto no soy nada imparcial.»)

El padre Halloran echó un vistazo a su reloj.

—Es hora de que me vaya —dijo—. Es ya muy tarde, tanto en el horario de verano como en el de Dios, y me espera un largo viaje.

—¿Lo tiene todo preparado?

—Sí, sí. Ya tengo las maletas guardadas en el coche —dijo mientras se levantaba—. Adiós, padre Sargeant.

—¿Está seguro de que no quiere quedarse a dormir?

—De verdad que no puedo.

Gregory acompañó al anciano sacerdote hasta la puerta.

—Bueno, hasta la vista, padre Halloran. Y gracias otra vez por explicarme cómo funciona todo por aquí. Se lo agradezco mucho.

Ya en la puerta, el padre Halloran se volvió de repente.

—Se llama Susan —dijo.

—¿Quién?

—La hija de Garth. La niña de los ataques.

—Ah, muy bien, Susan. Intentaré acordarme.

—Me gustaría tener tiempo para contarle con más detalle lo que le pasa. Me temo que no he podido serle de demasiada ayuda. Pero usted es un hombre inteligente, padre. Sabe de psicología y de otras muchas cosas. He leído alguno de los artículos que ha publicado... Me parece que está

más preparado que yo para ayudar a la muchacha. Cuide bien de ella, padre.

—Descuide.

Mientras se estrechaban la mano, Gregory aprovechó para hacer alguna broma sobre los feligreses más excéntricos de la parroquia y el padre Halloran se las arregló para que a sus labios asomara una sonrisa pétrea. Los dos sacerdotes se despidieron en medio de una atmósfera de falsa cordialidad.

Pero, en cuanto la puerta se cerró, el buen humor del padre Sargeant desapareció como por ensalmo. Se bebió de un trago lo que quedaba de brandy, se desplomó en una butaca y se llevó las manos a la cara.

Al rato, levantó la cabeza y contempló con desagrado el salón de la nueva casa parroquial. Se fijó en los jarrones que estaban desperdigados por toda la estancia, en los ceniceros, en los tapetes de ganchillo, en el papel de la pared —con su estampado agresivamente burgués—, en las imágenes sagradas de pésima calidad, en las enormes columnas de madera oscura. Dio un suspiro, se incorporó y alcanzó el breviario que tenía en la mesa de al lado. Hacía tal calor que antes de empezar a leer los oficios tuvo que quitarse la chaqueta.

Sin embargo, le resultó muy difícil concentrarse. Se le iba el santo al cielo cada dos por tres y no paraba de levantar los ojos del breviario. Pronto se encontró contemplando otra vez el aire opresivamente convencional de la casa parroquial. Y no pudo evitar compararla con la de San Francisco, con aquellas habitaciones enormes e imponentes, con su exquisita decoración a medio camino entre lo tradicional y lo contemporáneo. Se acordó de los amigos que había dejado en la otra parroquia: hombres y mujeres con inquietudes, escritores, arquitectos, directores de teatro, músicos, profesores. Se acordó también de las cenas selectas que solía celebrar en la casa parroquial, de las reuniones después del teatro, de la buena comida, de los vinos añejos, de las horas y horas de conversación agradable y estimulante. Y de los planes para escribir un libro con uno de sus amigos psicoanalistas.

Todo eso se había esfumado, para siempre.

Y ahora tenía que empezar otra vez de cero en una parroquia pequeña, rodeado de gente decente pero gris cuya sencillez y amabilidad jamás podría reemplazar el dinamismo de las personas a las que había conocido. Tenía que empezar otra vez de cero a los cuarenta y cinco años.

Un poco de música; tal vez eso podría animarlo. Se levantó de la butaca, se acercó al aparato de música y estuvo un rato repasando con desgana los títulos de su colección de discos. Respighi estaba muy lejos de ser uno de sus compositores favoritos —a Gregory, de hecho, solo le agradaban las adaptaciones que había hecho de algunas piezas tradicionales italianas—, pero se decantó por una grabación de su *Vetrata di Chiesa*.

—Vitales de iglesia —dijo Gregory en voz alta con sequedad. «Tal vez me haga bien», pensó mientras sacaba el disco de su funda y lo colocaba en el plato.

El párroco se sentó y volvió a abrir el breviario. Con sus caricias delicadas y sinuosas, el primer movimiento —*La huida de Egipto*— consiguió transportarlo a un estado más receptivo. La melodía era casi gregoriana, un tipo de música que a Gregory le resultaba sumamente placentera (aunque confiaba en que no fuese por el parecido con su nombre) y que siempre conseguía infundirle una inmensa paz. La huida de Egipto. «La pequeña caravana atravesó el desierto en una noche estrellada, llevando consigo el Tesoro de la Humanidad.» Una vez terminó de leer el oficio, cerró los ojos y sus músculos se fueron relajando poco a poco. Se dejó llevar por la música y,

afortunadamente, consiguió dejar la cabeza completamente en blanco. El movimiento acabó con suavidad.

Un torbellino ensordecedor lo levantó en alto: un aullido gigantesco cuya intensidad subía y bajaba sin parar. Gregory, sobresaltado, frunció el ceño. El segundo movimiento —*El arcángel san Miguel*—acababa de dar comienzo con un estallido repentino. La espiral de sonido —divina e infernal a un tiempo— subía de intensidad y luego caía otra vez en picado, girando y enroscándose sobre sí misma de forma vertiginosa. «Y una gran batalla se libró en los cielos. Miguel y sus ángeles se enfrentaron al dragón. El dragón y sus ángeles les plantaron cara, pero no pudieron imponerse y ya no hubo lugar para ellos en los cielos.»

No hubo lugar para ellos en los cielos. Aquella música de batalla consiguió envolver a Gregory como si fuese algo tangible, como si fuese la ira de Dios o el fuego del infierno. El instante de calma no había durado mucho. Los ojos se le empañaron y de sus labios se escaparon dos palabras: «Dios mío».

Para entonces la música sonaba con tal violencia que casi no pudo oír el timbre de la puerta.

II. UN FUEGO NEGRO



Como el ama de llaves estaba ya acostada, Gregory tuvo que levantarse a abrir. Apagó la música trepidante e impetuosa que seguía sonando y se dirigió a la puerta. Mientras cruzaba el vestíbulo —atestado de percheros y paragüeros— se dijo que sería el padre Halloran, a quien probablemente se le había olvidado algo.

Descorrió el cerrojo y abrió la puerta maciza de la casa parroquial.

—Ya sé que es tardísimo, padre —dijo el hombre corpulento con el que se encontró—, pero vengo por la niña.

La muchacha, en edad de estar ya en el instituto, no se atrevía a mirar al párroco a los ojos.

—No se preocupe —dijo Gregory—. Si de verdad es importante, ha hecho usted bien en venir.

—Pues sí que es importante, padre —dijo el hombre—. De hecho, es una especie de emergencia.

Gregory los condujo al salón, les ofreció asiento —la muchacha prefirió quedarse de pie— y volvió a ponerse rápidamente la chaqueta.

—Bueno —dijo Gregory—, déjenme que lo adivine. Ustedes son los Garth, ¿verdad? Susan y...

—Robert —respondió el hombre.

—Eso es, Robert. A ver si consigo aprenderme todos los nombres en unos días. Qué curioso. El padre Halloran, que acaba de irse, me estaba hablando de ustedes hace un rato.

Gregory había sacado el tema de la coincidencia más para romper el hielo que porque realmente le sorprendiera. No era ningún niño y había experimentado tal cantidad de coincidencias que ya solo le inspiraban cierta curiosidad intelectual. Desde el punto de vista emocional, se había acostumbrado a ellas y las veía como algo normal. Era preguntarse: «¿Qué será del padre menganito?», y al día siguiente recibía una carta o una llamada suya; o bien se acordaba de pronto de un versículo y, al ir a buscarlo, la Biblia se abría justo por la página en la que se encontraba. Aun así, Gregory no era tan vanidoso como para sentirse especial: sabía que a todo el mundo se le presentan coincidencias con tal frecuencia que no podía considerárselas una excepción; y sabía también que la mayoría de la gente suele recibirlas con la media sonrisa que se dedica a un viejo conocido más que con un parpadeo de asombro.

—¿Qué puedo hacer por ustedes? —preguntó.

Garth le pidió a su hija que se sentara. Cuando Susan le obedeció, dijo:

—Llevamos un buen rato dando vueltas delante de la casa parroquial. Hemos visto que estaba usted con el padre Halloran, pero no queríamos molestarlos. Nos ha parecido mejor esperar a que se marchase. Cuando el padre nos presentó hace unas horas, le cayó usted muy bien a Susie. Y debo reconocer que a mí también. Así que luego... —Garth se interrumpió—. Y ¿dice que el padre Halloran le ha estado hablando de mi hija?

—Sí, algo me contó —respondió Gregory.

Garth asintió con la cabeza.

—Verá —dijo—. El padre me recomendó que llevara a mi hija a un médico. A un especialista. Me dijo que *él* no podía hacer nada por ella, que necesita recibir asistencia profesional. Ya me entiende, asistencia psiquiátrica. Debía de pensar que estaba... loca. —Y de inmediato añadió—: Y tampoco es que le culpe. Después de lo que pasó, tenía buenas razones para creer que no estaba... en sus cabales.

—¿Qué es exactamente lo que pasó?

—¿No se lo ha contado?

—Lo único que me dijo... —Gregory notó cómo la muchacha le clavaba los ojos y dijo—: ¿No sería mejor que Susan nos esperase en otra estancia?

En cuanto pronunció esas palabras, se volvió y se encontró a la niña mirándolo fijamente, sin el menor retraimiento. No obstante, cuando habló por primera vez, su voz sonó suave y tímida.

—No, padre. Preferiría quedarme. No tiene por qué ocultarme nada.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Gregory un tanto sorprendido por la franqueza de Susan. A continuación, se volvió otra vez hacia el padre de la niña y añadió—: El padre Halloran me dijo únicamente que estaba muy... trastornada, que le daban de vez en cuando ataques y que le había sugerido que la llevara usted a un médico.

—A un psiquiatra —precisó Susan.

—Bueno, sí. A un psiquiatra.

—Y ¿eso es todo lo que le contó? —preguntó Garth.

—Sí, eso fue todo. ¿La llevó usted al psiquiatra?

—No —respondió Susan.

—Ella quería ir —añadió Garth—, pero... Verá, padre. En primer lugar, estos tipos cobran una fortuna. Y yo no estoy precisamente montado en el dólar. —Frunció el ceño—. Y en segundo lugar...

—Papá —dijo Susan.

—En segundo lugar, mi hija no está loca. No hay antecedentes de locura ni en mi familia ni en la de mi mujer, que la pobre descansa en paz. ¿Cómo iba a volverse loca así de repente? En cuanto a los ataques... tampoco tienen nada que ver con la locura. Pensé que podían estar relacionados con la epilepsia. Un tío mío, el hermano de mi madre, padecía ataques epilépticos y me imaginé que Susie podía haberlos heredado. La llevé a un médico (no a un loquero, a uno normal, a dos, de hecho) y, después de examinarla, le hicieron un electroencefalograma...

—Un electroencefalograma —dijo la muchacha en voz baja.

—Sí, eso. Y nada.

—¿No vieron nada?

—Nada en absoluto. Al parecer, no es epiléptica. Lo certifican dos médicos diferentes.

—Entiendo. Y ¿no le dijeron nada más?

—No, eso fue más o menos todo.

—Bueno, me recomendaron —terció Susan— que fuera a un psiquiatra.

A Gregory se le ocurrió una idea.

—Señor Garth —dijo—, entiendo que el factor económico puede ser un obstáculo importante... Ya sé que el dinero no crece en los árboles y es verdad que los psiquiatras son bastante caros. Pero ¿qué pasaría si no tuviera que preocuparse por eso? Se da la casualidad de que un buen amigo mío, mi cuñado, de hecho, es un excelente psiquiatra y...

—No —contestó Garth con rotundidad—. De ninguna manera.

—Estoy seguro de que puedo convencerlo para que se haga cargo del caso de su hija por muy poco dinero.

—El dinero no es más que una parte del problema. ¿No lo entiende, padre? ¿Cómo voy a mandar a mi hija a un... a un loquero, a alguien especializado en tratar a gente chalada? ¡Mi Susie no está loca!

—No se trata de si está loca o no, señor Garth. Un psiquiatra puede...

Pero este parecía ser un asunto espinoso para Garth. Tenía los ojos y los labios cerrados y movía la cabeza de un lado a otro con insistencia.

—No, no. Sé muy bien lo que hacen esos loqueros en sus consultas. Intentan sonsacarte. Te hacen hablar sin parar... De lo que sea, porque no tienen el menor sentido de la decencia o de... Lo único que les interesa es que les cuentes hasta la más mínima guarrada que se te haya pasado por la cabeza. No pienso permitir que una muchacha de su edad pase por una experiencia así. Yo no creo en estas sandeces y no me las trago. Lo que me extraña es que usted sí se las crea, padre. ¿No está la Iglesia en contra de la psiquiatría?

—No —respondió Gregory sin rodeos—. Debo reconocer que no la aprueba, pero...

—¿Lo ve?

—Pero eso no significa que la rechace o la condene.

A Gregory le habría gustado poder hablar del padre Devlin, un sacerdote católico de Chicago que además trabajaba como psicoanalista; le habría gustado decir que la Iglesia no se caracterizaba por hacer juicios apresurados, que sopesaba y examinaba los argumentos durante años, y a veces incluso durante siglos, antes de adoptar una posición oficial sobre cualquier cuestión; le habría gustado poder decir que la Iglesia tardó cuatrocientos años en reconocer la santidad de Juana de Arco y que no declaró la Asunción de la Virgen María dogma de fe hasta el año 1954, y que era, por tanto, absurdo esperar que se hubiese posicionado ya a favor o en contra de algo tan relativamente reciente como la psiquiatría... Pero el párroco era consciente de que todos estos razonamientos caerían en saco roto, ya que Garth seguía moviendo tercamente la cabeza de un lado a otro con los ojos y la boca cerrados. Así pues, en lugar de todas esas cosas, lo único que dijo fue:

—¿Cree usted que hay muchas diferencias entre la consulta de un psiquiatra y un confesionario?

—Hombre...

—Por supuesto que hay diferencias, hay diferencias enormes. No estoy insinuando que sean lo mismo o que la psiquiatría pueda llegar algún día a sustituir a la Iglesia, pero en lo que se refiere a...

—Padre —le interrumpió Garth—, me parece que es hora de que le cuente por qué he traído a Susan hasta aquí.

—Sí —admitió Gregory—. Tiene razón.

Garth se aclaró la garganta y empezó a hablar.

—Poco después de que usted y el padre Halloran se fueran de casa esta misma noche, me acerqué al cuarto de Susan, y ¿quiere saber cómo me la encontré?

—¿Cómo?

—¡Haciendo la maleta! —gritó Garth—. ¡Estaba haciendo la maleta! ¡Preparándose para escapar! Le pregunté adónde iba y me contestó que a cualquier sitio en el que yo no pudiera encontrarla. «¿Por qué?», le dije. «Porque quiero que me vea un psiquiatra y tú no me dejas. ¿Qué te parece? Y, además, como no tengo dinero, como no tengo un solo centavo a mi nombre, tendré que ponerme a pedir para pagarme el loquero...» —Garth se interrumpió para tomar aire—. Al final conseguí convencerla para que viniéramos aquí a hablar con usted. Sé que es muy tarde y que no debería molestarle a menos que fuese una emergencia de verdad, pero algo me dice que a usted sí le hará caso. —Y, volviéndose hacia su hija, añadió con seriedad—: Haz caso al padre. *Él te dirá que tengo razón.*

La niña volvió a clavar sus penetrantes ojos en el párroco.

—¿Tiene razón, padre?

Gregory le sonrió. Nadie en el mundo podía estar más equivocado que Garth, pero no sacaría nada en limpio diciéndolo en ese momento.

—Claro que la tiene. —E inmediatamente añadió—: Y en cuanto al asunto ese de irte de casa tú sola y sin dinero, ¿no te parece que es una idiotez?

—Pero alguien tiene que ayudarme, padre —dijo la muchacha.

—Para eso estoy yo. Seguro que si nos sentamos los tres a hablar, se nos ocurre alguna solución. Mi cuñado, sin ir más lejos...

—Olvídese de eso —dijo Garth.

Gregory tuvo que reprimir el impulso de insultar a aquel hombre.

—Señor Garth —dijo en tono conciliador—, solo intento ayudar...

Pero el padre de Susan no le dejó terminar. La mención al cuñado parecía haberlo sacado de sus casillas.

—Ya le he dicho que eso es lo que menos le conviene —dijo—. Ya ha habido suficientes cochinas... —Se interrumpió de pronto y se quedó en silencio.

Gregory, sin embargo, había llegado a oírlo.

—¿Qué cochinas? ¿A qué se refiere?

—Olvídelo.

—Papá —dijo Susan en voz baja—. Es mejor que se lo cuentes. Si no se lo cuentas tú, lo haré yo.

—¿Serías capaz? —preguntó Garth perplejo—. ¿Serías capaz de contar una cosa así? Ni siquiera yo, que soy un hombre de cincuenta años, me veo con fuerzas. ¿Cómo puedes atreverte tú, que no eres más que una niña?

—No soy tan pequeña. Anda, papá, cuéntaselo.

Garth tenía la cara congestionada y brillante de sudor: se la secó con un pañuelo.

—Oh, por el amor de Dios —dijo con voz monótona, y a continuación le contó lo sucedido al

párroco.

Le habló de lo pálido que estaba el padre Halloran...

—Solemos decir que la gente se pone blanca, pero pocas veces es un blanco de verdad. Ese día, sin embargo, la cara del padre Halloran sí que se quedó *blanca*. Tan blanca como su alzacuellos.

Le contó también lo difícil que le resultaba hablar con el padre Halloran, cómo tragaba constantemente saliva, cómo se le quebró la voz, cómo le temblaban las manos y cómo miraba cualquier cosa —la cristalera del salón, las paredes, el suelo, las uñas de su propia mano— con tal de evitar sus ojos.

—Cuando acabó de hablar, se quedó quieto unos instantes y se fue, sin darme la mano o despedirse siquiera. Se marchó así, sin más. A las pocas semanas, nos enteramos de que lo habían trasladado a un orfanato. Por lo visto, siempre había querido dirigir uno. Pero yo no me creí una palabra. «Me juego lo que quieras —pensé— a que ha solicitado el traslado.» Debía de pensar que había fracasado. A mí me confesó que no había podido ayudar a mi hija y que solo la gracia de Dios podía hacer algo por ella. Pero, por cómo lo dijo, parecía que estuviese dando a entender que ni siquiera la gracia de Dios podía salvarla.

Gregory le aseguró que el padre Halloran jamás insinuaría una cosa así. Y después le preguntó a Susan:

—Pero ¿qué tipo de ayuda necesitas? ¿De qué quieres que te salven, cielo?

Los ojos azules de la muchacha se ensombrecieron y su voz suave se transformó en un murmullo.

—Del infierno. De ser condenada al infierno. Una vez leí en un libro —prosiguió Susan— que el fuego del infierno es negro y no da luz, y que las almas de los condenados arden en esa oscuridad para siempre, amontonados los unos encima de los otros de tal manera que no pueden siquiera moverse para apartar los gusanos que les están comiendo los ojos... Y no hay nada más que ruido, dolor, fetidez y tinieblas para toda la eternidad...

—No te preocupes por el infierno, cielo —dijo Gregory—. Nadie ha dicho que estés condenada.

—Pero lo estaré. Por lo que he hecho, por lo que estoy haciendo.

—¿Lo ve? —dijo Garth—. Llevamos así...

El trastorno que padecía Susan estaba relacionado con la iglesia. Por lo visto, hasta hacía muy poco había sido una muchacha devota que iba a misa con regularidad. Una mañana de domingo, por lo demás completamente normal, la niña salió de casa arreglada y acompañada de su padre. Con el vestido de algodón almidonado, la coleta pasada de moda y su preciosa cara lavada, Susan era la viva imagen de la pureza. Los Garth vivían a tiro de piedra de la iglesia y, cuando doblaron la esquina y vieron la aguja de San Miguel, la niña se detuvo. Al instante se volvió y puso rumbo a su casa. Garth le preguntó qué le pasaba. ¿Se le había olvidado algo? Ella contestó que no, que solo quería volver a casa. ¿Se encontraba mal? Tampoco era eso lo que le ocurría. Como no logró que le respondiera a ninguna pregunta más, Garth dejó que la muchacha se saliera con la suya y volvieron a casa. Al domingo siguiente, Susan se arregló para ir a misa otra vez y se dirigió a la parroquia con su padre. Cuando llegaron a la esquina fatídica y vio la aguja, se paró de nuevo.

En esa ocasión, su padre perdió los nervios. «No me vengas con tonterías —le dijo—. *Vas* a entrar en misa y punto.» La cogió del brazo y la condujo calle arriba. La niña intentó zafarse.

«Andando», le ordenó Garth. Y entonces Susan se echó a llorar. Aun así, Garth siguió tirando de ella sin tregua hacia la iglesia.

—¡No me obligues a entrar ahí! —gritó la muchacha—. Por favor te lo pido, papá. No me obligues a entrar en ese sitio.

—¡Es la *iglesia*! —gruñó Garth—. ¡Has estado aquí cientos de veces! ¿Qué es lo que te *pasa*?

Algunos feligreses, emperifollados para la misa de la mañana, habían empezado ya a volverse para mirarlos y a fruncir el ceño por el revuelo que estaban causando. Garth, cohibido, soltó el brazo de su hija.

Susan echó a correr hacia su casa. «A tal velocidad —en palabras del propio Garth— que no pude alcanzarla. Estoy un poco delicado de salud y no puedo correr tan rápido.»

—Escúchame bien —le dijo a su hija, sudando y casi sin aliento, una vez llegaron a casa—. Voy a coger el teléfono para llamar a un taxi. Y vamos a ir a misa en ese taxi aunque tenga que atarte.

—No pienso ir.

Y entonces Garth la abofeteó («Un simple guantazo en la boca», según le explicó a Gregory después).

Susan se llevó la mano a la mejilla, miró a su padre directamente a los ojos y, con un tono que no era el suyo —aunque tampoco sonaba crispado o estridente, sino más bien tranquilo, como si sopesase cada una de las palabras—, dijo en voz baja:

—Ojalá te pudras en el infierno para siempre, maldito hijo de puta.

Gregory se levantó y encendió un cigarrillo.

—Tiene que entender, padre, que esta niña no había hablado así en toda su vida. Nunca le había oído decir una barbaridad semejante. Era una muchacha encantadora, formal y educada. Así que, cuando me dijo eso, me quedé horrorizado. Sobre todo, porque tuve la sensación de que no era una simple salida de tono: le aseguro a usted que lo decía de corazón.

—Eso no puede saberlo —dijo Gregory.

—Sí que lo decía de verdad —terció la niña. Y unos instantes después añadió—: Bueno, al menos en aquel momento.

—¿Por qué? —preguntó Gregory—. ¿Porque te había pegado?

—Sí... supongo que sí... No lo sé... Era como si alguien hablase a través de mí, alguien que decía esas palabras de corazón.

La palabra «esquizofrenia» fue, por supuesto, la primera que le pasó a Gregory por la cabeza. Y, a lo largo de los siguientes minutos, con la imagen de Eva y sus tres caras —o ¿eran cuatro?— claramente dibujada ante sus ojos, el párroco intentó seguir esa pista. Se produjo un rápido intercambio de preguntas y respuestas del que, sin embargo, quedaron excluidas todas las cuestiones que pudiesen sacar otra vez de sus casillas al señor Garth. Y, aunque a veces parecía que la esquizofrenia de la niña había quedado demostrada, a Gregory le asaltaban las dudas —no lo tenía, de hecho, en absoluto claro—, y tuvo que concluir sus pesquisas con una broma bastante mala y trillada:

—Mire, yo tengo un acuerdo con todos los psiquiatras de la zona. Si me abstengo de tratar a sus pacientes, ellos se comprometen a no decir misa.

Siguieron unas cuantas preguntas corteses («¿Cuánto hace que murió su mujer?») «Unos seis

años. Susie tenía diez años por aquel entonces y ya ha cumplido los dieciséis»).

—Bueno —dijo por fin Gregory—. Se nos ha hecho tardísimo y creo que deberíamos irnos a dormir...

Lo cierto era que Gregory no contemplaba con demasiado entusiasmo la jornada que se le venía encima: por la noche tenía cena con los Barlow y por la tarde, la visita del obispo Crimmings. Monseñor había dado a entender que era una visita informal: al parecer, iba a estar por la zona y quería pasarse a saludar. Pero no era habitual que un obispo se «pasara a saludar» —estaban más acostumbrados a que fueran los párrocos quienes los visitaran a ellos—, así que Gregory no confiaba en que la tarde le deparase una velada social demasiado placentera. A pesar de una fina capa de bondad, monseñor era un hombre dotado de una personalidad volcánica, modelada con el magma incandescente que bullía en su espíritu. Su fe y su actitud con respecto al dogma eran tan sólidas e inamovibles como una roca. E igual de rígidas. En cuanto llegara, sonreiría, hablaría de los viejos tiempos, soltaría un par de frases lapidarias e iría introduciendo poco a poco el tema que Gregory quería evitar a toda costa. Iba a ser una jornada difícil; Gregory necesitaba dormir bien.

El párroco intentó crear una atmósfera propicia para dar por terminada la visita de los Garth.

—Podemos volver a vernos esta misma semana —dijo mientras se levantaba—. Por el momento, me gustaría que Susan me prometiera una cosa.

—¿Qué?

—Que no volverás a intentar escaparte bajo ningún concepto.

—Se lo prometo, padre.

—¡Muy bien! —Mientras los acompañaba a la puerta, le dijo a Garth—: ¿Le parece bien si le llamo esta semana, cuando esté un poco más libre? Llevan bastante tiempo padeciendo esta situación, no creo que un par de días más vayan a cambiar mucho las cosas. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde el domingo en que Susan le dijo todas esas barbaridades?

—A ver, déjeme pensar —reflexionó Garth—. Fue como un mes antes de que el padre Halloran anunciase su marcha. Lo recuerdo bien porque, inmediatamente después de que Susan dijese aquello, vine a ver al padre Halloran en busca de consejo y me prometió que hablaría con ella. Así que al día siguiente nos presentamos aquí, en la casa parroquial.

—Entonces —le dijo Gregory a Susan—, entrar en la casa parroquial no te cuesta tanto como ir a la iglesia, ¿no?

—No, padre.

—Dios aprieta pero no ahoga, ¿verdad? Bueno, un día de estos podemos hablar tú y yo a solas si quieres —dijo, y le puso la mano en el hombro.

La muchacha se apartó inmediatamente.

—Sí —dijo Garth, negando con la cabeza—, eso es lo que le dijo el padre Halloran cuando la traje aquí. Quería hablar con ella a solas en su estudio. Yo me quedé esperando aquí en el salón. Le confieso que estaba bastante nervioso. El comportamiento de Susan estaba empezando a afectarme. Debía de llevar esperando como unos veinte minutos o media hora cuando de pronto oí un ruido en el estudio...

—¿Qué tipo de ruido?

—Como si se cayera algo al suelo, o más bien como si hubiesen golpeado algo. Al poco rato oí una voz... En un primer momento, me costó identificarla. Pero pronto me di cuenta de que era el

padre Halloran. Parecía estar diciendo algo parecido a «Para» o «No». Luego se puso a gritar como un loco y entonces sí que me asusté de verdad...

—¿Qué gritaba?

—Pedía ayuda, algo así como «¡Que Dios me ayude!».

Susan soltó un gemido desgarrador. Gregory se dio la vuelta y la encontró con el rostro crispado por el llanto. Cuando intentó estrecharla entre sus brazos, la muchacha se lo quitó de encima y empezó a sollozar con más fuerza. El párroco se volvió hacia Garth, perplejo e impotente, y toda idea de dar por concluida la reunión se le fue de su cabeza. Tomó asiento en una silla de madera bastante dura y dijo:

—Continúe, señor Garth.

III. DEVORÓ A TODOS SUS HIJOS MENOS A TRES



—Patrañas. Medias verdades. Propaganda. Censura. Quema de libros. Control de la mente. — John Talbot se interrumpió para dar un sorbo a su café. De fondo podía oírse el ajeteo del pequeño local de comida rápida en el que se encontraban. Era sábado y, después del trajín de la semana, el sitio estaba más tranquilo y vacío. Talbot no había apartado los ojos de Robert Garth en los últimos cinco minutos—. ¿Qué te traen a la cabeza todas esas palabrejas?

—No lo sé... —vaciló Garth—. ¿Rusia? ¿El comunismo?

—Ahí le has dado. Y la Iglesia.

Garth hizo un gesto de desdén.

—Venga ya, Talbot. Te estás pasando un poco, ¿no crees? A ver, yo no me trago una sola palabra de lo que dice la Iglesia, soy una persona muy crítica, pero decir que la Iglesia es igual que el comunismo es un disparate. ¡No ves que se llevan a matar!

—Claro —dijo Talbot con vehemencia—. Porque ¡son lo mismo! ¡Exactamente lo mismo! Dos regímenes totalitarios. ¿Sabes lo que significa eso?

Garth no parecía tenerlo del todo claro.

—Significa que son dos sistemas totales. Que buscan un poder y un control total. Que quieren tenerlo todo controlado, la mente y el cuerpo. Los comunistas te dicen qué libros puedes leer y cuáles no. La Iglesia también. Los rusos han creado una versión de la historia a su medida. La Iglesia también. Para los rojos, lo ideal es que la gente no se acerque a los libros. Para la Iglesia también. Pero ¡si tienen hasta su propia Biblia! Aunque, claro, procuran que el pueblo llano no la lea. Son los jefazos quienes tienen que... «interpretarla». Y ¿qué me dices de las cámaras de tortura de los servicios secretos soviéticos? —Talbot se encogió de hombros—. ¿Te acuerdas de la Inquisición?

—Claro que me acuerdo —contestó Garth—, pero fue hace siglos. Ya no hacen esas barbaridades.

—Por supuesto que no. Ahora son mucho más sutiles, mucho más astutos. Pero en el fondo es lo mismo, Garth. *Lo mismo*. —Dio un sorbo a su café—. Eso es lo que no entiendo de ti. ¿Por qué llevaste a tu hija al padre Halloran y por qué se la has llevado ahora al cura nuevo, al tal Sargeant ese?

—Ya te lo he explicado, necesitaba ayuda. Tenía miedo de perderla. ¿A quién iba a recurrir? No conocía a nadie que pudiese hablar con ella y hacerla entrar en razón. No quería meter a los curas en esto. Pero, coño, Talbot, entiéndelo, uno no deja de ser católico así como así, y...

—Y no se te ocurrió nada mejor que acudir a la única fuente de autoridad y consuelo que conoces. Lo entiendo; bueno, me hago una idea. Eso sí, fue una soberana estupidez. Van a destrozarse a tu hija.

Garth miró su taza de café y frunció el ceño.

—Bah, me parece que estás haciendo una montaña de un grano de arena. Tienes razón en muchas cosas, ya te lo he dicho, pero... ¿por qué dices que van a destrozarse a mi hija? ¿Cómo van a hacerlo?

—Mira, no lo sé. Bueno, no creo que vayan a usar el aplastapiés para torturarla —dijo con una sonrisa siniestra—. No es a eso a lo que me refiero. Pero la atosigarán con un montón de preguntas, la amenazarán con el fuego eterno y le meterán en la cabeza, ya de por sí bastante trastornada, todo tipo de ideas absurdas y retorcidas. —Talbot, que era un actor consumado, bajó la voz hasta que se convirtió en un murmullo casi inaudible y añadió—: La volverán loca.

—¿Para qué? ¿Qué ganan ellos volviendo majareta a mi hija?

—Y ¿qué ganaban quemando viva a Juana de Arco? Mira, colega. A la Iglesia le dan miedo los rebeldes, los renegados, le da miedo todo lo que no puede comprender. Y, por supuesto, también le da miedo tu hija. Así que han decidido meterla en vereda. Por las buenas o por las malas. Sobre todo por las malas. Porque, no te quepa la menor duda, Garth: los curas jamás juegan limpio.

—Tengo que irme —dijo Garth.

—Espera un segundo —le suplicó Talbot—. Me gustaría contarte algo, a ver si te animas un poco.

—No me vendría nada mal, la verdad. Venga, vamos a tomar una copa. ¿Te apetece ir al bar de enfrente?

—Yo no bebo —contestó Talbot tajantemente—. Escucha, Garth. Antes de abrir la imprenta, estuve trabajando un tiempo como portero de noche en un hotel. Se aprende mucho de la vida en un trabajo como ese. Ves a mucha gente yendo y viniendo. Gente decente y también gente turbia, sobre todo gente turbia. Y al final te acabas sabiendo su vida de pe a pa, hasta el vicio más oscuro e inconfesable. Venían un montón de viejos verdes con chavalas de dieciocho años. Qué digo de dieciocho, de diecisiete, de dieciséis ¡y mucho más pequeñas! El señor y la señora Smith. ¡Y una mierda! Eran parejas de mariquitas, chavales pintarrajeados como puertas con el pelo teñido y la permanente hecha. También veía a muchos curas. Se creían que por ir con el cuello del abrigo subido iban a engañarnos a todos. Pero a mí no me la daban con queso. Sí, Garth, venían muchísimos curas. Con niñas aterrorizadas. Y con niños pequeños.

—De verdad que tengo que irme —dijo Garth.

—Espera que te cuento un chiste antes —insistió Talbot, que de pronto adoptó un tono más cordial—. Es para troncharse. Resulta que a una chica, a una chica de muy buena familia, le hacen un bombo. A los padres, claro, les da un soponcio. No saben qué hacer. Llamaron al médico y le lanzan un par de indirectas. «Si están insinuándome que le practique un aborto a su hija —les contesta—, será mejor que se les quite de la cabeza. No pienso hacerlo. Pero se me ocurre una idea. Podemos llevarla a mi casita de campo para que tenga el niño allí. Justo al lado hay un sanatorio en el que opero de vez en cuando, y siempre tienen a alguna señora ingresada para que

le quiten la vesícula. Yo me encargaré de hacerle la intervención y, cuando acabe, le llevaré al bebé de su hija. Le explicaré que todo había sido un terrible malentendido, que en lugar de tener algo en la vesícula estaba embarazada. Es pan comido.» Se ponen manos a la obra y todo sale según lo previsto. Después del parto, sin embargo, el médico se da cuenta de que el único paciente con problemas de vesícula que hay en todo el sanatorio es un cura. Esto, claro está, lo deja bastante descolocado, pero no se acobarda y decide seguir adelante con el plan. Le lleva el bebé al cura y le dice: «El Señor ha decidido obrar un milagro con usted, padre. Acaba de traer al mundo a un bebé precioso». El cura, encantado, lo considera una prueba de la gracia de Dios y un gran honor. Y entonces...

—Talbot, de verdad que tengo que irme.

—Vale, vale. Voy al grano. Total, que el niño se convierte en un prodigio. Todos los miembros de la parroquia colaboran en su educación, lo llevan a los mejores colegios... Y un día, ya en la universidad, al chaval le dicen que su padre, el cura, se está muriendo. Vuelve corriendo junto a su lecho de muerte y le dice: «Papá, no sé cómo devolverte todo lo que has hecho por mí». «Pues, perdonándome por haberte mentado», le contesta el cura. Luego le cuenta toda la historia. «Así que ya ves, hijo mío, al final resulta que soy tu madre, no tu padre. *El obispo es tu padre*» —dijo Talbot, y empezó a desternillarse de risa—. ¿Lo pillas?

—Sí, sí —contestó Garth, sonriendo ligeramente—. Muy bueno.

—Es más que eso. Esconde una gran verdad. Son todos unos marranos, créeme. Y si necesitas más pruebas...

—Me voy, en serio.

—Vale, pero llévate esta revista.

—Creo que la tengo en casa. Estoy suscrito.

—Bueno, da igual. Llévate la mía. He señalado un párrafo en la página 34. Ya verás qué picante... Cuando descubras quién lo ha escrito te vas a quedar de piedra.

Garth enrolló el grueso ejemplar y se lo colocó debajo del brazo.

—Venga, Talbot, te dejo. Hasta pronto. ¿Te veré mañana?

—No, mañana trabajo.

—¿Vas a trabajar en domingo?

—Sí, por qué no. Si tuviera algún día festivo sería hoy.

—¿El sábado? No serás judío, ¿verdad?

Talbot arrugó la nariz.

—Deja de decir chorradas. No, me gusta el sábado porque es el día dedicado a Saturno, la divinidad romana.[1] Devoró a todos sus hijos menos a tres. Solían celebrar en su honor unas fiestas, unas orgías impresionantes, a las que llamaban saturnales. «Que los más grandes acróbatas y camorristas sean los vástagos de Saturno y que no paren hasta vengar todas sus afrentas.» Siempre me ha gustado cómo suena esto. No, yo procuro trabajar todos los domingos.

—Bueno, ¿te pasarás por aquí esta tarde?

—Igual sí.

—Un placer hablar contigo.

—Lo mismo digo, Garth.

Garth salió del restaurante, con el estómago revuelto por el café y el alma cargada de dudas y preocupaciones. Talbot parecía tener respuesta para todo y le gustaba hablar con él. No siempre

estaba de acuerdo con lo que decía, pero cuando el río sonaba... Quizá tenía razón y no había sido buena idea acudir a los curas en busca de ayuda. La Iglesia era una institución anacrónica que se regía por ideas trasnochadas. Habría sido mejor llevarla a un psiquiatra. Habría sido más acorde con los tiempos. Y más científico.

Pero ¿para qué necesitaba Susie contarle a un loquero su vida y milagros? ¿No sería mejor que se olvidase de lo que la angustiaba? ¿Por qué sacar a colación todo eso otra vez? ¿Qué sentido tenía contarle?

Por otro lado, no estaba nada claro que el padre Sargeant fuera a sacarle algo. Y puede que a ella no le conviniese hablar.

Seguro que estaba en casa haciendo los deberes, viendo la tele o leyendo. Le encantaba leer. Era más lista que el hambre y eso que solo tenía dieciséis años. «Un montón de viejos verdes con chavalas de dieciséis años...» Garth apretó el puño. La sola idea le revolvió las tripas.

Se juntó en su cabeza un tropel de imágenes inconexas: calvos decrépitos que habían perdido el brío de la juventud, hombres que necesitaban de esas pieles tersas y de esa inocencia enternecedora para avivar la llama de su deseo. Criaturas que se abalanzaban sobre el delicado cuerpo de una púber con los ojos fuera de las órbitas y la boca abierta de par en par, seres de cuyos labios lascivos caían hilillos de baba que goteaban sobre esa carne pura y mancillaban esos pechos incipientes y esos vientrecillos redondeados...

Garth apretó los dientes.

Por fin llegó a casa. Subió a toda prisa los dos tramos de escaleras y, con el corazón aún desbocado por el esfuerzo, abrió la puerta de su piso.

Pero lo que se encontró fue un apartamento en completo silencio que, además, olía a cerrado. «¿Susie?», dijo suavemente. Abrió una ventana, pero hacía un bochorno espantoso. Llamó a su hija otra vez y la buscó con calma por todas las habitaciones. Era evidente que no estaba en casa.

Bueno, al fin y al cabo era sábado... Igual había venido a buscarla una de sus amigas para ir de compras. O un chico... Aunque esto era poco probable, porque Susie apenas tenía citas y no parecían interesarle mucho los chavales. Miró en la mesa de la cocina por si le había dejado alguna nota, pero no encontró nada.

¿Habría sido capaz de ir ella sola a ver al padre Sargeant?

«Venían muchísimos curas con niñas aterrorizadas...» Garth cogió el teléfono, marcó los seis primeros números de la casa parroquial, pero le entraron dudas y colgó antes de llegar al séptimo.

Se acordó de que tenía media botella de bourbon guardada en la despensa. Se sirvió un dedo en un vaso y le dio un trago. Le bajó por la garganta como si fuera mantequilla, pero al llegar al estómago sintió una punzada de frío que se extendió lentamente y fue subiendo de temperatura hasta que el calor lo inundó por completo. Se lo bebió de golpe y se sirvió otro chupito un poco más cargado.

Talbot era un caso. Solo un tarado como él estaría dispuesto a descansar los sábados en lugar de los domingos por el asunto ese de Saturno.

El whisky le había dado calor. Abrió otra ventana, pero seguía haciendo el mismo tiempo sofocante y pegajoso. Oyó el ruido de la llave en la cerradura y enseguida apareció su hija.

—¿Dónde has estado, Susie?

—Hola, papá.

—¿Adónde has ido?

—Al cine.

—¿Con quién?

—Yo sola.

—Y ¿qué has ido a ver?

—Una peli de romanos y gladiadores que están echando en el Midtown.

—¿Cómo no se te ha ocurrido dejarme una nota?

—Lo siento, papá. Se me pasó.

—Estaba preocupado.

—Lo siento de verdad. Pero, bueno, ya me tienes aquí.

—Sí, menos mal. —Garth acabó su bebida y apartó la botella—. Así que una peli de romanos, ¿eh? ¿Sabías que el sábado está consagrado a uno de sus dioses?

—A Saturno, ¿no? Sí, lo sé. —Abrió la nevera y empezó a sacar los ingredientes para hacerse un sándwich: embutido, queso, lechuga, mayonesa y mantequilla.

—Ya me imaginaba que lo sabrías. Eres una ratita de biblioteca. —Observó a su hija mientras preparaba el sándwich y empezaba a comérselo—. Pensé que igual te habías pasado a ver otra vez al padre.

Susie tenía la boca llena y se limitó a negar con la cabeza.

—He estado dándole muchas vueltas a esto —dijo Garth.

La muchacha levantó la mirada.

—Sí —prosiguió él—, lo he pensado largo y tendido. Y no sé si es buena idea que le pidas ayuda a él.

—Pero si la idea fue tuya, papá.

—Ya, ya, pero es que no conocemos a este tipo. Acaba de llegar y no sabemos nada de él, de sus opiniones y todas esas cosas...

—Y eso ¿qué importa?

—No lo sé. Lo que intento decirte es que... bueno, que no sé cómo va a ayudarte él.

—Igual no consigue ayudarme. Pero al menos puede intentarlo.

Garth la miró con curiosidad.

—Vaya, anoche te negabas en redondo. ¿Cómo es que ahora lo ves con tan buenos ojos?

—No es que lo vea con buenos ojos...

—Sí, yo creo que sí. ¿Por qué te parece tan maravilloso el padre Sargeant así de repente?

—Yo no he dicho que sea maravilloso, lo único que...

—Acuérdate de lo que pasó cuando fuiste a ver al padre Halloran.

La muchacha dejó el sándwich en el plato y se quedó contemplándolo con la mirada perdida.

—Me acuerdo muy bien —dijo.

—Más te vale. ¿Quieres que vuelva a ocurrir lo mismo? —Al ver que su hija no contestaba, añadió—: Dime, ¿es eso lo que quieres?

—No, no. —Susie cerró los ojos—. Mamá... —dijo.

—¿Qué tiene que ver tu madre con todo esto?

—Nada, que ojalá estuviera aquí.

—Sí, ojalá. Pero murió hace seis años. Ahora solo me tienes a mí.

—Te alegras de que se haya ido, ¿verdad?

—No digas tonterías...

—Te alegras de que esté muerta.

—Susie, no empieces otra vez con esos disparates.

—Nunca la quisiste.

—Eres demasiado pequeña para entender esas cosas, cariño.

—Nunca la quisiste y por eso dejaste que muriese.

—Eso no es verdad, Susie.

—¿La querías? —le preguntó a bocajarro.

—Mira, lo importante es que te quiero a ti.

—No se te ocurra decir eso. No se te ocurra decir que me quieres. Me recuerda al día ese, hace mil años...

—¿Qué día?

—El día que perdí el conocimiento, el día del que no consigo acordarme, el día que se me ha borrado de la cabeza. Lo único que recuerdo es que estabas diciéndome eso mismo, que me querías mucho. Prefiero que no me quieras. Si no querías a mamá, no tienes por qué quererme a mí.

—Uno no decide a quién quiere, cariño.

Susan se levantó.

—¿Adónde vas? —preguntó él.

—A ver al padre Sargeant.

—Espera un segundo. Tenemos que hablar de esto.

—No me apetece hablar más. Me voy.

—Escucha, no puedes presentarte en la casa parroquial cada vez que se te antoje. Tienes que esperar a que el padre pueda recibirte, a que te llame.

—Si no quiere verme, volveré.

—Maldita sea, mocosa, ¡soy tu padre!

—Sí y menudo padre me ha tocado en suerte —dijo, y se marchó.

Garth se quedó mirando la puerta, escuchando cómo se iban apagando los pasos de Susan en las escaleras hasta que desaparecieron por completo. Durante unos segundos, se planteó salir detrás de ella, y ya tenía la mano en el pomo de la puerta. Pero al cabo de un rato volvió a la cocina y vio encima de la mesa la revista que le había dado Talbot.

Buscó el artículo que le había recomendado. «Ya verás qué picante... Cuando descubras quién lo ha escrito te vas a quedar de piedra.»

Garth reconoció al autor a la primera. Se sentó despacio y empezó a leer lo que aquel hombre opinaba sobre la cuestión del éxtasis.

IV. LA SANGRE DEL CÉLIBE



«En el momento supremo, en la cima más alta, el éxtasis sexual, el éxtasis artístico y el éxtasis religioso son sorprendentemente parecidos. No es tarea sencilla diferenciarlos. Solo resulta posible distinguirlos por su envoltura, por sus “rodeos y florituras”, por cómo se alcanzan y se desvanecen. Pero, en esa fracción de segundo en que somos arrancados de la tierra y arrojados a la eternidad, el amante, el artista y el *religieux* experimentan algo muy parecido. En ese instante, quedan hermanados. Son el mismo hombre. Luego, sin embargo, el arrebató pasa y regresan otra vez a *terra firma* sobre paracaídas tejidos con los ecos sedosos del éxtasis, separándose poco a poco. Al aterrizar, se alejan en direcciones distintas sin dirigirse siquiera la palabra y no se vuelven a encontrar hasta que el siguiente instante de éxtasis los ponga de nuevo en órbita...»

El obispo Conrad Crimmings cerró la revista, echó otro vistazo al reclamo que aparecía en la portada («“Un sacerdote analiza la cuestión del éxtasis.” En este número, el padre Gregory Sargeant...») y se puso a mirar por la ventana del taxi que lo llevaba a la casa parroquial de San Miguel.

«Ay, Gregory, Gregory —se dijo—, eres un hombre elocuente y brillante. Tus ideas sobre el éxtasis (si bien un tanto heterodoxas) son refrescantes y provocadoras, y sin duda merecen ser publicadas..., pero ¿cómo no te diste cuenta de que te las estaban publicando por otras razones? ¿No te imaginaste a los editores sonriendo con lascivia y relamiéndose de placer mientras componían el titular de la portada con las palabras “sacerdote” y “éxtasis” bien juntas para que resaltaran? Esto de mezclar el sexo con la religión es un truco viejo pero muy efectivo. “Es fácil mezclar el sexo con la religión, y de esa mezcla resulta casi siempre el típico sabor repugnante, pero aun así atractivo, que consigue cautivar el paladar...”^[2] ¿Quién dijo eso? ¿Fue uno de los Huxley? Sí, creo que Aldous. Pero, bueno, también es cierto que, cuando un artículo es de calidad, es imposible destruirlo con estas tretas editoriales.» La revista volvió a abrirse de repente: «Conviene destacar que el término “éxtasis” proviene de una palabra griega que significa “estar fuera de sí”, y originalmente designaba una especie de “trance”. Los escritores de la época isabelina, el propio Shakespeare entre ellos, la empleaban como sinónimo de “locura”»...

El taxista se detuvo delante de la casa parroquial.

En cuanto dejó en la acera al pasajero de pelo cano que transportaba y se perdió en la distancia, el obispo se detuvo a contemplar la pequeña iglesia y la humilde casa parroquial y reparó —no sin cierto malestar— en lo destartalados que parecían ambos edificios bajo los rayos

de aquel impenitente sol de media tarde. De la iglesia le llegaron los cánticos de un coro. Una misa en honor a san Miguel. Eso le recordó que el día grande de la parroquia, la festividad de su patrón, se celebraría muy pronto, el 29 de septiembre concretamente. Estaban a sábado 27, así que solo quedaban dos días. Perfecto: los preparativos tendrían a Gregory ocupado, con la cabeza lejos de cualquier preocupación. El obispo frunció el ceño, exhaló un suspiro y enfiló el caminito que llevaba a la casa.

Al ama de llaves, los obispos siempre le habían parecido unas criaturas muy peculiares y, al ver a monseñor en la puerta, se puso nerviosa y fue incapaz de pronunciar palabra. Lo condujo al salón y lo dejó esperando allí solo hasta que, al cabo de un rato, apareció Gregory. El joven sacerdote se arrodilló, le besó el anillo y murmuró:

—Buenas tardes, monseñor. Me alegro de verlo.

—Que Dios te bendiga, hijo mío. ¿Qué tal estás?

—Pues... muy bien... ¿Por qué no se sienta? Pruebe esta butaca.

—Gracias, Gregory. Ah, qué cómoda.

—¿Le apetece tomar algo?

—No, no tranquilo... No me quedará mucho rato.

—¿Y un vasito de brandy?

—No, de verdad. No te molestes. Siéntate, hijo mío, y deja que te vea. Madre mía, cuánto tiempo. Tienes... Iba a decirte que tienes buen aspecto. Pero ahora que te veo mejor, diría que se te ve cansado.

—Ayer trasnoché un poco —dijo Gregory, encogiéndose de hombros.

—Tienes que cuidarte.

—Usted sí que está como una rosa, monseñor. Ha pasado un siglo desde que lo vi por última vez y está exactamente igual, si acaso un poco... —Gregory vaciló— un poco más...

—¡Un poco más qué! —El obispo se rió entre dientes—. ¿Más gordo?

—No, no...

—Ya te entiendo —dijo el obispo, sonriendo—. Vamos envejeciendo, nos crece la nariz, nos crecen las orejas y se notan más nuestras rarezas. Le pasa a todo el mundo. La edad es un caricaturista despiadado, Gregory; con los años, uno acaba convirtiéndose en una parodia de sí mismo. Pero tú no tienes de qué preocuparte todavía. ¿Cuántos años tienes?

—Cuarenta y cinco.

—¿De veras? Cómo pasan los años. El pequeño Gregory Sargeant. Te conozco desde... casi desde que naciste. ¡Hace ya nada menos que cuarenta y cinco años! ¡Jesús! De pequeño eras clavado a tu madre, pero ahora te pareces más a tu padre. Eran dos personas maravillosas, maravillosas de verdad. Que el Señor los tenga en su gloria. Nadie habría dicho por aquel entonces que acabarías convirtiéndote en sacerdote. Te faltaba ese punto de docilidad que se ve con tanta frecuencia en los muchachos que entran en el seminario. Tú eras un chaval con agallas, desenvuelto. Y bastante precoz para tu edad, debo decir. Cuando tenías siete u ocho años, te inventaste un periódico... Recuerdo que lo escribías a lápiz en unas inmensas hojas de papel de estraza. *The Daily*...

—*Clarion* —añadió Gregory—. Lo llamaba diario, pero salía cada dos o tres semanas.

El obispo, pensativo, entornó los ojos.

—Me acuerdo de uno de los dibujos que hiciste para el periódico. Una especie de caricatura

en la que aparecía Dios, nada menos que con un turbante, sentado con las piernas cruzadas bajo un cartel donde podía leerse: «Dios lo ve y lo sabe todo». En el regazo tenía una especie de bola de cristal, pero no era la típica bola de adivino, sino un globo terráqueo. Puede que no fuera una visión demasiado ortodoxa de la divinidad, pero me pareció bastante ingeniosa. Ahora que lo pienso, la verdad es que no has cambiado mucho desde entonces, Gregory: he podido leer algunos de esos artículos que escribes... Y siguen siendo tan poco ortodoxos como ingeniosos. Confieso que a veces no entiendo ni media palabra de lo que dices, pero desde luego *son* amenos.

—¿Demasiado amenos tal vez? —preguntó Gregory.

—Bueno —respondió el obispo—. En ocasiones parece que te recreas demasiado con alguna frase. Recuerdo una, en concreto, que decía algo así como: «La mano de Dios es más rápida que el ojo». Me pareció bastante inteligente, pero no sé si tiene sentido siquiera. Prefiero al Dios del turbante y el globo terráqueo. Supongo que escribir es tu forma particular de soberbia, Gregory. Ni siquiera los sacerdotes podemos librarnos de la soberbia.

—«La soberbia —citó Gregory diligentemente— es el heraldo de la ruina.»[3]

—Muy bien... pero recuerda esto otro también: «En el principio fue la palabra».[4]

Cuando los Barlow llamaron para recordar la cena de esa noche, el obispo se sintió obligado a decir: «Me parece que te estoy entreteniendo», pero Gregory le aseguró que todavía quedaba un montón de tiempo para la cita y monseñor dijo que, en ese caso, aceptaría con mucho gusto el trago de brandy que le había ofrecido antes. Gregory sirvió dos vasos.

—Ah —dijo el obispo, chasqueando los labios—, qué bueno. Aunque no soy ningún experto. —Y, como de pasada, añadió—: Tú sí que entiendes, ¿verdad?

Gregory, que acababa de dejar la botella en el aparador, se llevó el vaso de brandy a la nariz y preguntó en voz baja:

—¿Qué está intentando decir exactamente?

—Nada —vaciló el obispo—. Solo lo que he dicho...

—No es necesario que sigamos fingiendo, monseñor —dijo Gregory con un ademán de impaciencia—. No es necesario que sigamos aquí sentados, charlando como si no pasara nada. Sé muy bien por qué me echaron de mi parroquia.

—Tu parroquia es esta, hijo.

—¿Este sitio? —Gregory se sonrió con amargura—. Hasta el padre Halloran pensaba que es como un pueblo.

—La razón por la que te trasladaron de San Francisco... —dijo el obispo con calma.

—Perdone que le interrumpa, monseñor, pero conozco bien la razón oficial de mi traslado: se supone que soy «un sustituto de emergencia para suplir al padre Halloran, que se vio obligado a dejar su puesto de manera repentina». Pero conozco también la verdadera razón. Y ¡es mentira!

—Gregory...

—No tuve oportunidad de defenderme —prosiguió Gregory—, ya que ni siquiera se me acusó formalmente. Pero yo sé que me expulsaron de San Francisco porque alguien le dijo que soy un borracho. Y usted lo creyó.

Ya estaba dicho. Por fin había salido a la luz.

—Nadie me dijo que fueras un borracho —replicó el obispo despacio, sin alzar la voz—. Y, si alguien me lo hubiera dicho, jamás hubiese prestado la menor atención. Lo que sí me dijeron es que estabas bebiendo más de la cuenta. Pero no hacía falta que me lo dijeran. Lo sé desde hace

tiempo.

Gregory señaló el vaso del obispo.

—Dígame el nombre de un solo sacerdote que no se tome una copita de vez en cuando. Usted es un buen ejemplo.

—Es cierto que casi todos bebemos —respondió el obispo—. Pero sí, en efecto, solo de vez en cuando.

—¿Está usted insinuando que...?

—No, Gregory. No estoy insinuando que seas un borracho. Estoy seguro de que te pasas días enteros sin probar una gota de alcohol...

—No le quepa la menor duda.

—Pero a veces se te va un poco la mano. Y no se te ocurre nada mejor que ir a dar la extremaunción apestando a alcohol y con la boca tan pastosa que casi no puedes pronunciar una sola palabra.

Gregory guardó silencio.

—¿También es mentira eso? —preguntó el obispo.

El párroco dejó el vaso de brandy en el aparador y se sentó en una butaca.

—Una vez —dijo—. Eso pasó una sola vez. Jamás había ocurrido antes y no volverá a ocurrir más. Sin embargo, por ese simple desliz me arrebataron mi parroquia... la parroquia a la que tantos esfuerzos había dedicado, me desterraron a este... a este erial.

—Te creo, hijo mío —dijo el obispo—. Sé que no había pasado antes y sé que no volverá a pasar nunca más. Y espero que me creas tú a mí también cuando te digo que tu desliz es solo una pequeña parte de la razón por la que se te trasladó a San Miguel. El padre Halloran se tenía que ir de inmediato, necesitaba encontrar a alguien con urgencia y el tuyo fue el primer nombre que me vino a la cabeza. Pensé que así tendrías la oportunidad de empezar de cero en un lugar donde no te conoce nadie. Tal vez habría sido mejor dejar las cosas claras desde un primer momento y sugerirte que te fueras una temporada de retiro espiritual, lo habitual en estos casos, pero no siempre sigo las normas; no siempre se puede. A veces uno se tiene que dejar guiar por el instinto. Y mi instinto me decía que era mejor no forzar la situación y que la vacante en San Miguel era un regalo del cielo. Puede que me equivocara, pero no quería llamar demasiado la atención sobre el asunto de la bebida. No me parecía importante. Lo único que me gustaría saber es por qué has empezado a beber.

—Ni yo mismo lo sé —respondió Gregory.

—¿Estás seguro?

—Bueno, sea como sea —dijo Gregory mientras se levantaba, se metía las manos en los bolsillos y se acercaba a la cristalera—, ahora tengo un problema mucho más grave que la bebida.

—¿Algo que me quieras contar?

Gregory le dio la espalda al obispo y se encogió de hombros.

—No sé si merece la pena. Es una historia muy larga.

—A mí me encantan las historias largas. Como a todos los viejos.

Gregory se volvió hacia el obispo.

—Está bien...

—Adelante.

El párroco le resumió brevemente el caso de Susan Garth al obispo: le habló de su resistencia

a entrar en una iglesia, de la maldición que le había echado a su padre y de la visita que le habían hecho a la casa parroquial para pedirle ayuda.

—¿Cuándo vino a verte? —preguntó el obispo.

—Anoche, con su padre. Por lo visto, ya había hablado con el padre Halloran. Esa es la parte de la historia que encuentro más inquietante, monseñor...

—¿Por qué?

—No sé ni cómo decirlo... En fin, ¿sabe usted si he heredado algún caso problemático al hacerme cargo de la parroquia? ¿Hay algo sobre la marcha del padre Halloran que deba saber? Pensará usted que estoy metiéndome donde no me llaman, pero ¿solicitó él su traslado?

—¿Que si lo solicitó él? —dijo el obispo, negando con la cabeza—. Claro que no. En absoluto. No sé si sabes que el padre Halloran es huérfano...

—Ah, no. No lo sabía.

—Pues, sí. Hace tiempo que quería hacerse cargo de un orfanato. Y yo también lo deseaba, porque me parece que tiene un talento natural para esa labor. Pero no aparecía ninguna plaza en la diócesis y tuvo que quedarse aquí todo este tiempo. Sin embargo, el padre Brenner falleció hace unas semanas, ya sabes que estaba muy mayor, y quedó disponible una vacante en el Orfanato del Ángel Custodio que necesitábamos cubrir lo antes posible. ¿Por qué lo preguntas?

—El padre de la muchacha tiene la teoría de que el padre Halloran había solicitado expresamente el traslado por Susan...

—No, eso no es verdad. Pero ¿por qué lo pensaba?

—Pues —dijo Gregory— por lo que sucedió cuando la muchacha vino a ver al padre Halloran.

—¿Le importaría esperarnos en la sala de estar, señor Garth? —preguntó el padre Halloran—. ¿Te parece si vamos tú y yo a mi estudio a charlar un ratito, Susan?

—De acuerdo, padre —respondió Susan.

A la muchacha, el estudio del padre Halloran le pareció un lugar muy agradable. El lugar más agradable en el que había estado jamás. Era fresco, silencioso y tenía una iluminación muy tenue. Oía muy bien, a una mezcla de cuero y tabaco de pipa. Las paredes estaban llenas de libros, y Susan adoraba los libros. Cuando la puerta se cerró, para ella fue como si el mundo ruidoso y vulgar del exterior se hubiese desvanecido. Podría haberse quedado allí para siempre. Un remanso de paz, eso es lo que era.

El padre Halloran le hablaba con ternura y no paraba de sonreír. Le preguntó qué le pasaba, si ya no le gustaba ir a misa, si le daba miedo algo...

—A mí me lo puedes contar. Sea lo que sea, a mí me lo puedes contar.

—Yo... —Susan, confundida, se encogió de hombros y bajó la mirada—. No sé por qué lo hago, padre. Es terrible, pero de verdad que no sé por qué. —Su tono era respetuoso—. Ojalá lo supiera. Es como si...

—¿Cómo qué?

—Verá, hace algún tiempo me puse mala. Creo que era la gripe. No podía retener nada en el estómago. Solo de pensar en comida me entraban... ganas de vomitar. ¿Me entiende?

El sacerdote asintió.

—Sí, muy bien. Yo también he padecido la gripe unas cuantas veces.

—En un determinado momento, fui a la cocina. Al entrar, vi encima de la mesa un cuenco lleno de estofado, un montón de trozos de carne y verduras nadando en una salsa humeante, y me entraron tales náuseas que no pude dar un solo paso. Tuve que darme media vuelta y salir de allí porque sabía que, si me quedaba un solo segundo más, me pondría a...

El padre Halloran volvió a asentir.

—Pues... algo parecido me pasa con la misa. No es miedo exactamente, pero cuando veo la iglesia, cuando veo la aguja con la cruz en lo alto... —La muchacha tragó saliva y respiró hondo—. Me veo incapaz de seguir. Me quedo paralizada y tengo que marcharme, porque sé que no podré soportarlo si me acerco más. —Y, al decir eso, sus ojos se empañaron—. ¿No le parece terrible, padre?

—Venga, venga. No te preocupes. Lo solucionaremos. Tú no te preocupes. Dime una cosa...

El teléfono sonó en ese preciso instante y el padre Halloran se volvió para contestar. Una anciana de la parroquia empezó a exponerle un problema largo, enrevesado e increíblemente trivial. El padre Halloran tenía una paciencia inagotable y la escuchó con atención, pero le pidió que lo llamara más tarde porque en ese momento estaba ocupado. Mientras hablaba, el párroco no dejaba de mirar la alfombra del estudio.

De repente, vio unos piecitos descalzos con las uñas pintadas de un llamativo color rojo.

Puso fin a la conversación a toda prisa, colgó el teléfono y, al levantar la mirada, se encontró a Susan de pie, delante de él, completamente desnuda.

Era la primera mujer desnuda que veía en toda su vida.

El cuerpo de Susan parecía resplandecer bajo la luz tenue del estudio. El esmalte rojo de las uñas de los pies —su toque secreto— desentonaba con la cara lavada y las uñas sin pintar de las manos. Al padre Halloran se le encogió el corazón. Aquella muchacha necesitaba ayuda urgente. Estaba terriblemente trastornada.

—Vístete, Susan —dijo sin alterarse, sin dejarse llevar por el pánico o la ira.

Levantó los ojos y vio su cara. No era más que una máscara de picardía.

—Hablemos —dijo la muchacha con una voz que no era la suya. Parecía una marioneta a la que otra persona moviese los labios y prestase sus palabras—. Hablemos usted y yo, padre. —Se acercó un poco más al párroco—. Pero vamos a dejar lo de la iglesia. Hablemos de lo que a usted de verdad le interesa. Dígame lo guapa que soy, dígame lo preciosa que le parezco. Dígame todo lo que se le pase por la cabeza. Ande, dígamelo, no me va a molestar. Usted es un hombre, padre. Todos los hombres piensan cosas así.

Susan se inclinó hacia el párroco y empezó a hablarle al oído. Tenía los labios húmedos y el aliento tibio. En toda su vida como confesor, el padre Halloran no había escuchado nada parecido a lo que le dijo en ese momento la niña. El estómago le dio un vuelco. Susan soltó una risita, le cogió la mano y empezó a lamérsela como un perro.

El padre Halloran apartó la mano como si hubiese recibido una descarga eléctrica. La niña le cogió rápidamente la otra y la puso sobre sus pechos.

—No, Susan —dijo el padre, y, al intentar dar un paso atrás, derribó un cenicero.

La muchacha lo estrechó entre sus brazos —que parecían muelles de acero—, lo besó en los labios y le introdujo la lengua en la boca.

—¡Para! —exclamó él, apartándola de un empujón.

La muchacha retrocedió, tambaleándose.

—¡Hipócrita! —dijo ella en voz baja una vez recuperó el equilibrio—. ¡A mí no me engaña! Me desea... Me desea tanto como lo deseo yo a usted. Si supiera que puede salirse con la suya, si supiera que nadie va a enterarse, me agarraría y empezaría a manosearme, ¿verdad? Me tiraría aquí mismo —dijo, dando un golpe con el pie descalzo en el suelo—, y me haría todas las marranadas que le están rondando por la cabeza ahora mismo. Todas y cada una de ellas. Se pondría las botas, gruñiría como un auténtico cerdo, me llenaría de babas y sudor, se vaciaría encima de mí y me pondría perdida con sus porquerías... —Y, con una voz considerablemente más elevada y ronca, exclamó—: ¡Hipócrita! ¡Guarro asqueroso! ¡Cerdo!

En cuanto pronunció esa última palabra, la muchacha se lanzó sobre el padre Halloran —que empezó a gritar «¡Que Dios me ayude!»— y le clavó en el cuello unos dedos finos y fuertes.

Cuando Garth consiguió quitarle de encima al padre Halloran el cuerpo desnudo y desbocado de su hija, las uñas de las manos de Susan estaban tan teñidas de rojo como las de sus pies..., pero por la sangre del célibe.

V. LA CRUZ DEL DOLOR



El obispo seguía dándole vueltas a la rocambolesca historia que acababa de escuchar cuando alguien llamó a la puerta. Gregory se levantó a abrir. La señora Farley, el ama de llaves, le susurró algo al oído. El párroco se excusó y se dirigió a la sala de estar.

Allí lo esperaba Susan Garth.

—Qué hay, Susan.

—Hola, padre.

—¿Qué puedo hacer por ti?

La muchacha se encogió de hombros.

—Se me ocurrió que igual... podría usted ayudarme... que podríamos charlar un rato... o lo que usted quiera.

—¿Sabe tu padre que estás aquí?

—Sí, se lo he dicho.

—Perfecto. Bueno, el caso es que no me pillas en muy buen momento. Ahora mismo tengo visita. Quizá...

La señora Farley entró en la sala de estar y le entregó una nota a Gregory.

—Monseñor se ha enterado de que la niña está aquí —le susurró a modo de explicación.

La nota decía simplemente: «Déjame verla».

El párroco se la guardó en el bolsillo y le dijo a la niña:

—Bueno, pues al final resulta que no has llegado en tan mal momento. De hecho, me gustaría que conocieras a alguien, Susan. ¿Te importa?

—Eh... No, supongo que no.

—Ven conmigo.

La llevó hasta el estudio y abrió la puerta. La estancia apenas había cambiado desde la última vez que Susan la vio. Puede que los libros fueran diferentes; la máquina de escribir no estaba antes allí, y la butaca de cuero donde se había sentado el padre Halloran la ocupaba ahora un anciano corpulento de pelo cano y semblante serio.

—¿Quiere que me quede, monseñor? —preguntó Gregory.

—No, padre —contestó el obispo secamente—. Puede irse.

—Por favor, padre Sargeant, quédese —le rogó la muchacha—. No quiero quedarme a solas con... —Bajó la mirada y se miró las manos delgadas pero fuertes.

—Puede irse, padre —repitió el obispo.

Gregory salió del estudio y cerró la puerta.

El estudio se sumió en un silencio que, sin embargo, no logró tranquilizar a la muchacha como la otra vez. Parecía cargado de una violencia latente.

—Ven aquí, jovencita. —El tono del obispo era cortante.

Susan se acercó a él a regañadientes.

—Siéntate.

La muchacha tomó asiento enfrente del obispo, en la misma silla en la que se había sentado cuando estuvo allí por primera vez. Entonces todo parecía agradable y acogedor. No había, sin embargo, nada de acogedor en ese anciano adusto e imperturbable.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Susan Garth.

—Yo soy —dijo el obispo con frialdad, por la gracia de Dios, obispo de la Santa Madre Iglesia. ¿Es así como te has dirigido antes a mí?

—No, monseñor.

—Me han dicho que eres un verdadero caso.

—Yo...

—¡No me interrumpas! —exclamó el obispo bruscamente—. Me han dicho que eres un caso, que no paras de decir palabrotas, que insultas a tu propio padre y que tienes pensamientos impuros. Que eres una persona peligrosa, violenta. Que agrediste a tu propio consejero espiritual y que fue necesario reducirte por la fuerza para que no lo mataras. Según cuentan, eres una persona depravada que sale corriendo como llevada por el Demonio en cuanto se acerca a una iglesia. ¿Es verdad todo eso?

—Sí —respondió la muchacha con un hilo de voz—, monseñor.

—¿Es verdad, pues —prosiguió el obispo de forma implacable—, que miraste con ojos llenos de lujuria a un pastor de Dios, que le pusiste las manos encima con intenciones lascivas y que le acusaste de albergar pensamientos obscenos?

La muchacha asintió con la cabeza.

—¿Es verdad que le insultaste diciendo todo tipo de barbaridades?

Susan volvió a asentir.

—¿Son ciertas todas esas acusaciones?

—Sí, son... —murmuró, evitando en todo momento que sus ojos se cruzaran con los del obispo.

—*¡Mírame cuando te hablo!*

La joven vaciló, pero acabó levantando la cabeza y posó la mirada en aquel rostro pétreo.

—Es verdad —respondió—. Es todo verdad.

El obispo se levantó de la butaca despacio, con mucha parsimonia, y se colocó delante de Susan. Se alejó de ella con las manos a la espalda y, sin mirarla, le dijo:

—Al lado del edificio en el que nos encontramos, al lado de esta casa parroquial, se encuentra una iglesia. Tu iglesia, la iglesia de San Miguel. Es solo una de las muchas parroquias que hay en

la diócesis de la que yo, en calidad de obispo, soy responsable. ¿Lo entiendes?

—Sí, monseñor.

Todavía de espaldas, el obispo prosiguió:

—Entonces tienes que comprender que cuando te hablo yo no es como cuando te habla tu padre, tu párroco o las hermanas del colegio. Estás en presencia de tu obispo. ¿Te ha quedado claro?

Susan volvió a asentir con la cabeza, pero el obispo no podía verla.

—*¡Que si te ha quedado claro! ¡Quiero oír tu voz, jovencita!*

—Sí —dijo Susan casi al borde de las lágrimas—, monseñor, me ha quedado muy claro.

El obispo se dio la vuelta.

—Muy bien. Escúchame. Quiero que te levantes.

Susan se puso de pie.

—Ahora quiero que vengas aquí.

La niña dio unos pasos, pero parecía como si caminase directamente hacia el cadalso.

El obispo le tendió la mano.

—¡Cógeme de la mano!

Con los labios temblorosos, obedeció. La mano del obispo —una mano fría, áspera y casi el doble de grande que la de Susan— rodeó por completo la de la niña y la apretó con fuerza.

—Muy bien —dijo él—, ¿ves esa puerta? No, la puerta por la que entraste antes no; esa otra de ahí. ¿Sabes adónde da? Al interior de la iglesia. —El obispo pudo notar cómo la niña daba un respingo—. Directamente al interior de la iglesia, con su altar, sus cirios y su crucifijo.

Susan no podía apartar la mirada de la puerta.

—Pues ahora tú y yo —prosiguió el obispo— vamos a cruzar esa puerta cogidos de la mano y vamos a entrar en la iglesia.

—¡No! —La muchacha trató de soltarse, pero el obispo la agarró con firmeza—. *¡No, no quiero entrar! ¡No puedo!* —Con un enorme esfuerzo, consiguió soltarse y se fue corriendo a la puerta por la que había entrado al estudio. Giró el pomo y lo movió de un lado a otro, pero la puerta estaba cerrada con llave. Empezó a aporrearla y, al final, se desplomó en el suelo temblando, sollozando y tiritando.

El obispo suspiró. Todo el asunto de la puerta había sido, desde luego, simple improvisación; no estaba seguro —al fin y al cabo, hacía mucho tiempo que no ponía el pie en esa casa—, pero tenía la impresión de que la puerta daba al comedor. La casa parroquial no estaba conectada de ninguna manera con la iglesia. Pocas casas parroquiales, de hecho, lo estaban. Pero la muchacha tenía un pánico tan atroz que había mordido el anzuelo.

Se acercó a la muchacha, la levantó del suelo y la acompañó hasta la silla.

—Siéntate, pequeña mía, te lo ruego —dijo con dulzura, y se acomodó en la butaca—. Muy bien. Dices que todas esas cosas horribles son ciertas. Y, sin embargo, tú no eres una mala persona, ¿verdad que no? No, no eres en absoluto una mala persona.

—Sí, sí que lo soy.

—¿Por qué dices eso, pequeña? Está claro que te preocupa haber hecho todas esas salvajadas y que estás arrepentida. Las malas personas no se arrepienten nunca.

Susan guardó silencio. No había dejado de temblar.

—¿Por qué haces esas cosas, pequeña? —preguntó el obispo.

—No lo sé.

—¿Serías capaz de... describirme, de contarme qué es lo que sientes cuando ocurre todo eso, cuando haces y dices todas esas locuras?

La niña vaciló.

—Es... como si no fuera yo. Como si alguien se apoderase de mí...

«La marioneta de un ventrílocuo.» ¿No era esa la expresión que había empleado Gregory?

El obispo le dio unas palmaditas en la mano y se reclinó en la butaca. Y de pronto, con un tono más distendido, añadió:

—¿Te apetecería jugar un rato?

—Bueno, ¿con quién?

—Conmigo.

—Vale...

—Estupendo —dijo el obispo, y se metió la mano en el bolsillo—. Vamos a ver... Necesitamos una moneda de veinticinco centavos... y otra de cincuenta... —Elegió una moneda de cada y volvió a guardar las demás en el bolsillo—. Mira, ¿las ves?

Susan asintió. Tenía los ojos rojos, pero las lágrimas habían cesado.

—Bueno, en primer lugar, tienes que cerrar los ojos. Luego te voy a poner encima del brazo las dos monedas varias veces, y se trata de que adivines si es la de veinticinco o la de cincuenta centavos. ¿De acuerdo?

La niña asintió y a punto estuvo de sonreír.

—Muy bien. Pues, venga, ahora cierra los ojos. —Cuando vio que le obedecía, colocó la moneda de veinticinco centavos sobre su brazo.

—¿Puede ser la de... —titubeó— cincuenta centavos?

—Yo no puedo decirte nada hasta que hayamos terminado. Si no, el juego no tiene gracia —respondió él. Y a continuación la tocó con la moneda de cincuenta centavos.

—Ay, no sé —dijo la niña—. ¿Es la de veinticinco? No estoy segura, igual es la otra.

El obispo dejó la moneda de veinticinco centavos y colocó sobre el brazo de Susan la de cincuenta varias veces seguidas.

—Es la de cincuenta centavos... —aventuró ella—. ¿O la de veinticinco? Sí, creo que es la de veinticinco... No, espere, la de cincuenta.

Mientras la muchacha seguía intentando averiguar qué moneda era, el obispo metió la mano que tenía libre en otro bolsillo con mucho cuidado y empezó a rebuscar.

—La de veinticinco... No, me parece que es la de cincuenta... Sí, sí la de cincuenta... ¿O es la de veinticinco?

Y entonces Susan apartó el brazo y lanzó un terrible alarido de dolor.

—¡Me ha quemado! —dijo a voz en grito mientras abría los ojos—. ¡Acaba de quemarme con algo! ¿Qué era? —Se llevó la mano a la herida y empezó a gimotear presa de la desconfianza y la desesperación.

El obispo apartó la mano de la niña y —lleno de temor, tristeza y perplejidad— echó un vistazo a la quemadura, que se había empezado a poner ya de un intenso color rosa.

Tenía exactamente el mismo tamaño y la misma forma que el crucifijo de su rosario.

VI. LA MUJER DEL CURA SE ROMPE EL LOMO



Cuando Gregory oyó el aullido de dolor, el breviario se le cayó de las manos. Se puso en pie de un salto, cruzó el vestíbulo a toda velocidad y abrió la puerta del estudio.

—¿Qué ha pasado?

—Susan tiene una herida —contestó el obispo con la voz ronca—. ¿Crees que el ama de llaves podría echarle alguna pomada en el brazo?

La muchacha lloriqueaba y se tapaba la quemadura con la mano.

—Sí, ya sé que duele —dijo el obispo—. Ya verás como no es nada. Perdóname, pequeña. El padre te llevará con el ama de llaves. Ella te curará. Cuando termines, siéntate en el vestíbulo y espéranos allí. Puedes leer una revista si quieres.

Gregory se llevó a la muchacha. Una vez solo, el obispo bajó la cabeza y entrelazó las manos. Cuando el párroco regresó, dijo:

—Cierra la puerta, haz el favor.

Gregory le obedeció.

—¿Qué le ha pasado en el brazo?

—¿Has llegado a verlo?

—No.

—Gregory —dijo el obispo—, estoy aterrado. Según dicen, hubo un caso parecido en Baviera, allá por el año 1890. Un chaval pequeño. Y en África poco tiempo después. Y también en China, en los años veinte. Y dos más aquí: uno en Iowa y otro en Illinois. —Se calmó un poco y añadió—: Tú que sabes más de estas cosas, ¿cómo puede explicarse desde un punto de vista psicológico que una muchacha formal y creyente sea incapaz de poner un pie en la iglesia?

—Pues no sabría decirle —contestó Gregory, encogiéndose de hombros—. Podría deberse a alguna experiencia traumática de la infancia que esté asociada en su cabeza a la iglesia, o a algo que la haga sentirse impura, indigna...

—¿Y que insulte a su padre? ¿Qué explicación hay para eso?

—Él insistió en que la muchacha fuera a misa, algo que al parecer era superior a sus fuerzas.

—¿Y las insinuaciones al padre Halloran?

—Bueno —aventuró Gregory mientras se rascaba la cabeza y se paseaba por el estudio—, supongo que los sacerdotes, a pesar del voto de castidad, podemos resultar seductores. Al fin y al

cabo, somos figuras de autoridad, de poder. Entiendo que esto puede resultar en cierta medida atractivo. Y, en el caso de una mente trastornada, esa atracción podría muy bien adoptar la forma de un... Del tipo de sentimientos que Susan manifestó por el padre Halloran. En cuanto a la tentativa de estrangulamiento, tal vez no sea más que la vieja historia de siempre: una mujer despechada.

—Sí —dijo el obispo—, sí. Todo eso es muy sugerente. Y muy verosímil. —Se acarició la barbilla con aire pensativo—. Pero a ver si eres capaz de explicarme cómo puede ser que hace un rato, en esta misma estancia, le haya puesto a Susan unas monedas en el brazo mientras tenía los ojos cerrados y cuando, sin que se diera cuenta, las he cambiado por el crucifijo de mi rosario se haya puesto a aullar de dolor.

Gregory se sentó.

—¿Eso es lo que ha pasado?

—En efecto.

—No le daría demasiada importancia. Si la muchacha reacciona de forma violenta cuando está en una iglesia, es lógico que le pase algo parecido con los crucifijos.

—*¿Aunque no supiese que se trataba de un crucifijo?* —replicó el obispo—. Recuerda que tenía los ojos cerrados.

—¿Está seguro de que los tenía cerrados?

—Sí.

—Pero —vaciló— es posible distinguir la forma redondeada de una moneda y una cruz incluso con los ojos cerrados. El sentido del tacto...

—No es eso lo que dice la medicina —le interrumpió el obispo—. Pregúntale a tu cuñado el psicólogo. Te dirá que las puntas de los dedos están, en efecto, llenas de terminaciones nerviosas extremadamente sensibles, capaces de percibir las más sutiles diferencias de forma entre diversos objetos, pero los brazos no. Pruébalo algún día, ya verás.

Gregory se frotó la frente.

—Reconozco que estoy un poco desconcertado —aseguró—, pero usted me dijo que la muchacha tenía una herida de verdad, que quería que le pusieran pomada en el brazo. ¿Le estaba tomando el pelo o...?

—No te preocupes por eso ahora —contestó el obispo—. Cada cosa a su debido tiempo. —Empezó a divagar, como si estuviese hablando solo—. Claro, la iglesia de San Miguel... Tiene todo el sentido que sea aquí... Y pocos días antes de que se celebre la festividad de San Miguel... —Se volvió bruscamente hacia Gregory—. Vamos a ver cómo de fresco tienes lo que aprendiste en el seminario. ¿Recuerdas quién es san Miguel?

—Claro —respondió Gregory—, el arcángel que venció a Lucifer y lo arrojó a él y a sus huestes al infierno.

—Existe una oración —dijo el obispo— que se pronuncia al final de la misa. Tú mismo la repites cada día. ¿Cómo es?

Gregory, perplejo, pronunció la conocida oración:

—«Arcángel san Miguel, protégenos en la batalla. Sé nuestro amparo frente a la perversidad y las acechanzas del Demonio. Te rogamos humildemente, Señor, que manifiestes tu poder sobre él. Y tú, oh príncipe de las milicias celestiales, con el poder que Dios te ha conferido, arroja al infierno a Satán y a todos los espíritus malignos que vagan por el mundo buscando la perdición de

las almas. Amén».

—Gracias —dijo el obispo—. ¿Sabrías decirme quién compuso esa oración? ¿Te acuerdas de la historia?

—¿Fue Pío X? —se aventuró Gregory—. No, espere, fue...

—Su santidad el papa León XIII —le corrigió el obispo—. Según cuentan, un día, después de misa, su santidad sufrió una extraña indisposición mientras estaba reunido con sus cardenales. Cayó al suelo inconsciente. Llamaron de inmediato al médico para que lo reconociese, pero no pudieron encontrarle el pulso y lo dieron por muerto. Sin embargo, al cabo de un rato el papa volvió en sí, tan inexplicablemente como se había desvanecido, y les contó la visión aterradora que había tenido: la visión de un futuro en el que la humanidad estaba gobernada por las huestes de Satanás. Sin embargo, al final aparecía san Miguel y aplastaba a los ejércitos de Lucifer igual que cuando los arrojó por primera vez al Averno. Y así concluía esa visión tras la cual recuperó el pulso y regresó al mundo de los vivos. Fue entonces cuando compuso la oración en honor a san Miguel que se pronuncia en todo el mundo al final de la misa.

—Sí, ahora me acuerdo de la historia, monseñor —dijo Gregory—. Pero ¿por qué me cuenta todo esto?

—Porque quiero que estés preparado —contestó el obispo—. Quiero que estés preparado para lo que va a ocurrir. Te costará creerlo.

Gregory esperó a que continuara no sin cierta impaciencia.

—He llegado a la conclusión —dijo por fin el obispo— de que la muchacha está poseída. No en un sentido figurado, en un sentido literal y auténtico.

Los ecos distantes del mundo exterior —el fugaz sonido de un claxon, el grito interminable de un chaval que jugaba— se filtraban a través de los muros y llegaban hasta el apacible refugio del estudio convertidos en murmullos confusos.

«Poseída»: he aquí una palabra corta y en apariencia simple gracias a la cual, sin embargo, las piezas dispersas y resquebrajadas del puzle empezaron a encajar en el pensamiento de Gregory. Poseída..., poseída por Satán. «No en un sentido figurado: en un sentido literal y auténtico.»

Por primera vez en su vida, Gregory se vio obligado a pensar seriamente en el adversario de Dios, a concentrar en él todas sus energías mentales, todas sus convicciones y toda su fe. Nunca había dudado de la existencia de Dios, nunca había dudado tampoco de la existencia de Satanás... Pero ¿había creído en él —se preguntó horrorizado en ese momento— de verdad alguna vez? Sintió un escalofrío. Poner en cuestión la existencia del Maligno era una herejía, una falta mucho más grave que tomar una copita de brandy de vez en cuando. De la existencia de Dios se deducía lógicamente la existencia de su Adversario. Gregory creía en Dios de una manera no solo racional, sino también emocional y puede que hasta instintiva; sin embargo, en el Diablo solo creía circunstancialmente. Solo aceptaba su existencia porque nunca se había puesto a prueba su creencia en él, porque dudar de ella era una herejía.

Sabía que no había sido el mejor sacerdote del mundo. Un buen pastor necesita tener la cabeza bien amueblada, y era innegable que Gregory la tenía, pero lo que tiene que tener por encima de cualquier otra cosa es pasión. Y él, como cualquier persona cerebral, identificaba la pasión — algo que, según decía una conocida canción, era obligatorio tener— con el sentimentalismo, con la hipocresía, con eso que en el mundo de la interpretación se conoce como histrionismo, sensiblería o cursilería. Palabras con un matiz peyorativo que significaban más o menos lo mismo; pero qué

curioso —se le ocurrió de pronto a Gregory— que todas ellas remitiesen también a la comida, a la alimentación, al sustento.[5]

Sustento: aquello que nos sostiene.

Cuando Gregory tomó los votos, tenía mucho que ofrecer: una fuerte vocación de servicio, capacidad de trabajo y organización, amor por la Iglesia, por su historia, su literatura y sus enigmas, un vivo interés por la teología y el estudio, agilidad mental y abundantes dotes intelectuales; lo tenía casi todo menos el sencillo fervor de un fanático. Lo había tenido claro desde el principio, pero siempre se repetía lo mismo: «Ningún sacerdote es perfecto, ninguno lo tiene todo, puede que algunos solo dispongan del fervor. Yo seré un buen siervo del Señor, ¿qué más puede esperarse de mí?».

Nunca le había fallado la fe, nunca había puesto en duda la existencia de Dios. La idea de Dios lo sostenía. No es difícil creer en el Señor. Es la bondad que todo ser humano anhela. Es la fuente de toda vida, nuestro Padre que está en los cielos, una idea gloriosa y no hay nada más excelso, más noble, más majestuoso ni más grandioso que él. «Nadie puede burlarse de Dios», pues se trata de una figura que está más allá de cualquier posibilidad de burla. El Diablo, por el contrario, es objeto constante de chanzas y lleva siéndolo siglos: ha sido una marioneta de feria, un urbanita sofisticado, un disfraz para magos y la imagen de una marca de laxantes. No, no es en absoluto difícil creer en Dios —la misma carne ansía creer en el Señor—, pero a cualquier persona inteligente del siglo XX le cuesta olvidar los siglos y siglos de oprobio que han ido moldeando la figura del Diablo, le cuesta tomárselo en serio, tan en serio al menos como a Dios; eso sí es complicado. Y, sin embargo, no tomárselo en serio constituye una herejía.

«¿Seré un hereje? —pensó Gregory con un miedo espantoso—. ¿Habré dejado de ser un pastor de Dios? Y, de ser así —se preguntó—, ¿cuánto tiempo hace que lo sé? ¿Cuánto tiempo llevo tratando de olvidarlo a base de alcohol?»

Hereje. La palabra más aterradora que hay en toda la lengua para un sacerdote, la idea más horripilante que se puede concebir.

Volvió a reparar en el zumbido insistente del reloj eléctrico, en la presencia del obispo y en el dilema que tenían entre manos.

—Poseída —repitió.

—Así es, Gregory.

El párroco asintió con la cabeza muy despacio y empezó a toquetear unos documentos que estaban encima de la mesa.

—Ya veo. —Pero para sus adentros se dijo: «No, no veo nada. Es imposible ver nada aquí, en este estudio tan acogedor rodeado de mis libros. Es imposible ver nada en pleno siglo XX».

—Cuesta creerlo, ¿verdad? —dijo el obispo—. Y, sin embargo, hace miles de años, cuando Cristo aún estaba entre nosotros, tuvo que expulsar al Diablo en infinidad de ocasiones, ¿verdad?

Gregory asintió.

—Y el Diablo se le apareció en el desierto y Cristo lo vio y habló con él.

—Sí, pero como usted mismo ha dicho, eso fue hace mucho tiempo.

—¿Te parece que han cambiado mucho las cosas? —preguntó el obispo.

—Las cosas pueden cambiar mucho en dos mil años.

—Ah, claro, los pequeños detalles sí —convino el obispo—. La forma de hablar de la gente, su manera de vestir, el tipo de construcciones en las que vive, las armas con las que se defiende,

los medios de transporte... Esas cosas sí que cambian. Pero ¿de verdad crees que las cosas importantes, las cosas auténticamente esenciales, cambian *también*? ¿Crees que han cambiado el amor, el odio, el miedo, la compasión, lo que es justo y lo injusto, el sentido del bien y del mal, Dios y el Diablo? —De pronto se le ocurrió una idea—. ¿Qué opinas? ¿Crees que ha cambiado Dios? Dime, Gregory, con el corazón en la mano, sin evasivas, con un sí o un no, ¿crees en Dios?

La pregunta le pilló desprevenido.

—Pero... —fue lo único que alcanzó a decir.

—¿Crees que Dios existe? O ¿no estás seguro?

—Estoy seguro —contestó Gregory una vez consiguió recuperar la calma—. Dios existe.

—¿Como una entidad? ¿Como un ser?

—Sí.

—¿Estás completamente seguro?

—Sí, completamente —contestó Gregory un poco más alto de lo que hubiera deseado.

El obispo parecía satisfecho.

—Y ¿qué me dices de *Diabolus*? —le preguntó a continuación.

A pesar de que Gregory estaba acostumbrado a oír el nombre del Diablo en latín, en ese contexto vernáculo le resultó chocante.

—¿Cómo?

—Me gustaría que me dijeras lo que sabes de él.

En su cabeza brotó un torrente de posibles respuestas: datos, teorías, dogmas, una avalancha de reflexiones y lecturas. Pero lo único que pudo decir, en tono vacilante, fue:

—*Diabolus*, el Diablo, es el mal... La potencia maligna que habita en este mundo, todo lo que en él hay de negativo, perverso y corrupto...

—Sí, sí —le interrumpió el obispo—, pero ¿existe?

—Por supuesto que sí —respondió rápidamente Gregory— pero...

—*¡Pero!* —Las dos sílabas salieron de la boca del obispo como flechas—. Ya veo que «pero» es una de tus palabras favoritas. Es curioso y a la vez preocupante que la repitas con tanta frecuencia cuando hablas de ciertos dogmas de fe. Me echo a temblar cada vez que esta palabra asoma a tus labios.

—Sí, yo también —dijo Gregory en voz baja—, aunque en este caso solo le iba a preguntar si usted cree que el Diablo es igual de real que Dios.

—¿*Solo*? ¿Te parece poco? ¿Estás intentando decir que el Diablo es solo un símbolo? Pero no, no puedes estar diciendo eso, ¿verdad que no?

—Sabe usted bien que no, monseñor. Nosotros no tenemos símbolos. El pan y el vino que tomamos en misa no son una mera representación del cuerpo y la sangre de Cristo: son el cuerpo y la sangre de Cristo, su cuerpo y su sangre reales y tangibles. No puedo, por tanto, sostener que el Diablo es solo un símbolo. Al menos no delante de usted, porque me replicaría al instante que estoy incurriendo en una herejía.

—Desde luego, Gregory —dijo el obispo—. No te quepa la menor duda.

—Pero ¿es una herejía —preguntó el párroco— negarse a creer en un villano de opereta con bigotes? ¿Quiere usted realmente que crea en un bufón grotesco con cuerno y rabo que sostiene un tridente?

—Si eso lo vuelve más real, tan real como este suelo o esta silla, sí. Y más aún si de esa

manera conseguimos acabar con esta discusión sobre los símbolos...

—Fue usted quien sacó el tema.

—Pero solo —contestó el obispo— porque estaba implícito en lo que decías. Mira, Gregory, un símbolo es como una bruma con la que enmascaramos los hechos y ocultamos la cruda realidad. Y puede que algunas personas los necesiten, pero tú y yo no somos niños y tampoco somos tontos. Somos hombres, hombres de Dios.

—*Ojalá* pudiese creer —dijo Gregory—. ¿Le parece que me divierte vivir al borde de la herejía? Nada en esta vida me gustaría más que creer, con una certeza absoluta. Pero tengo una mentalidad lógica...

—¡Una mentalidad lógica! —Los ojos del obispo eran como dos puñales. Hablaba con calma, pero en un tono cada vez más irritado—. Venga, Gregory, por favor. Me aseguras que crees en Dios. Dices que existe, que es real. Sin embargo, eres incapaz de creer con igual firmeza en la existencia de su adversario.

—¡De acuerdo! —dijo Gregory casi a voz en grito—. Llámelo instinto, intuición o, si lo prefiere, fe.

—Ahora resulta que es una cuestión de fe.

—Exacto, para mí es una cuestión de fe —dijo en voz más baja, tratando de controlar el arrebatado de ira—. Existen infinidad de razones lógicas y argumentos de peso que demuestran la existencia de Dios. Los he escuchado todos y los conozco bien. Pero yo no me baso en ellos ni en la razón o la lógica para aceptar la existencia de Dios. Yo la acepto porque me lo *dicen* mis entrañas. Es una simple cuestión de fe. Sin embargo, mi fe en el Diablo es... más débil. Más precaria. Estoy tan seguro de la existencia de Dios como de que estoy aquí, con los pies sobre este suelo y agarrando esta silla. ¡Se lo aseguro!

—Muy bien, Gregory —dijo el obispo casi en un susurro—. Te creo. Pero dime una cosa. ¿Por qué estás tan seguro?

—No lo sé —contestó Gregory rotundamente.

—¿Dirías —sugirió el obispo muy despacio— que estás seguro de la existencia de Dios porque él así lo quiere?

—Supongo que sí.

—¿Sí o no?

Gregory guardó silencio y después contestó:

—Sí.

El obispo acababa de pillarlo en un renuncio.

—¿Podría decirse entonces que estás convencido de que el Diablo no existe porque eso es lo que él quiere?

Gregory levantó las manos.

—Tiene lógica, ¿verdad? —añadió el obispo.

—Me parece que hemos abandonado el terreno de la lógica hace rato —dijo Gregory sonriendo ligeramente.

—Puede que tú sí —replicó el obispo, devolviéndole la sonrisa—. Pero yo no lo he abandonado.

Hizo una pausa para que el argumento se posase y examinó los libros que forraban las paredes del estudio. El párroco tenía una biblioteca muy bien surtida de obras doctrinales y obras escritas

por autores católicos. En ella estaban representadas las grandes figuras intelectuales del catolicismo: los originales en francés de las obras de Claudel, Mauriac y Bernanos; los ingleses Chesterton, Waugh y Greene; san Agustín y Kempis, por descontado; el cardenal Newman; también tenía un ejemplar de *Padre Damián. El apóstol de los leprosos* de Farrow y la *Autobiografía de un sacerdote torturado* de Gerard; la edición completa de *Vidas de los santos*; la *Enciclopedia católica*...

—Tienes aquí a todos los grandes pensadores católicos —dijo el obispo. Al ver el nombre de Kafka y Baudelaire, añadió—: Y también unos cuantos que no lo son.

—¿Cree que me han corrompido? —preguntó Gregory en broma.

—La gente se corrompe sola —contestó el obispo—. Si una persona merece la pena, unos cuantos libros no podrán pervertirla. ¿No odias a la gente que te pregunta si los has leído todos? —preguntó con desenfado.

—Yo siempre les contesto lo mismo —respondió Gregory—. Que sí y que algunos hasta dos veces.

—¿Has leído mucho a Kafka?

—Sí, la verdad es que bastante.

—Veo que tienes los *Pequeños poemas en prosa* de Baudelaire —dijo el obispo, acariciando el lomo de un libro—. ¿Te acuerdas de uno en el que dice: «El engaño más ingenioso del Diablo consiste en persuadirnos de que no existe»?

—No, de ese en concreto no. Pero, en cualquier caso, no olvide que es un autor herético. Me parece un tanto aventurado traerlo a colación para reforzar su argumento.

—Bueno —dijo el obispo, riéndose—, me ha dado la sensación de que no estaba teniendo demasiado éxito con las argumentaciones doctrinales, ¿no crees? —Se volvió hacia la librería y acarició otro volumen—. Y luego está Kafka. Mentiría si te dijera que conozco bien su obra, pero tengo grabada en la memoria esta cita suya: «Una de las artimañas más eficaces del Diablo para engatusarnos consiste en obligarnos a discutir con él. Es como una riña con una mujer que acaba en la cama». —Entonces se volvió hacia Gregory—. Nunca he estado en contra de tus devaneos con la psiquiatría, Gregory. Supongo que te pareceré un carcamal, pero intento estar siempre al día. Conozco el trabajo que ha hecho el padre Devlin, el psicoanalista, en Chicago. Y todos esos trabajos me gustan, pero me pregunto si no te estarás dejando seducir por la visión más materialista sobre la posesión y el exorcismo. Sé bien, por ejemplo, que para muchos psiquiatras la posesión infernal no es más que una forma trasnochada de referirse a la enfermedad mental. Sé también que el caso que cuenta san Lucas de la mujer a la que Satanás tuvo atada dieciocho años puede considerarse un episodio de parálisis histérica, y que lo que Cristo curó en el exorcismo que recoge san Marcos es un caso de lo que hoy llamaríamos manía aguda. La idea de que existe una lucha entre Dios y el Diablo por hacerse con el dominio del alma humana solo se acepta si se traduce a los términos de la jerga freudiana y se convierte en una batalla entre el superego y el ello por el control de la psique. Todas estas teorías son brillantes y muy sugerentes. Pero tú sabes perfectamente, Gregory, que las personas inteligentes son capaces de explicar cualquier cosa a su manera. De hecho, yo mismo podría utilizar estos razonamientos para explicar el psicoanálisis *a mi manera*.

—¿Usted cree?

—Desde luego. Si resulta que, tal y como sugieren estos argumentos, los exorcistas del pasado que creían estar expulsando al Demonio en realidad practicaban una suerte de psicoterapia

primitiva sin ser conscientes de ello, ¿no podríamos acaso dar la vuelta al razonamiento sin forzar demasiado la lógica?

—¿Darle la vuelta? —preguntó Gregory—. ¿Cómo?

—¿No podríamos decir que los psicoanalistas de hoy en día, a pesar de que creen estar tratando de forma científica a sus pacientes, practican sin saberlo una suerte de exorcismo moderno y se dedican a expulsar al verdadero Demonio de sus cuerpos? Sí, es cierto que dan un nombre distinto al tratamiento, que tienen un ritual diferente, que emplean otro vocabulario y que se niegan a reconocer a *Diaboluscuando* lo ven, pero todo eso puede explicarse muy fácilmente con la cita de Baudelaire. Es lo que *quiere* el Diablo. Su treta más brillante es convencernos de que no existe.

Gregory no pudo evitar sonreírse: era una ocurrencia bastante pintoresca.

—Tanto el mártir católico Tomás Moro —prosiguió el obispo— como el teólogo protestante Martín Lutero, autores a los que es tan legítimo citar como a Baudelaire y Kafka, sostenían que no había herramienta más poderosa para vencer al Diablo que el escarnio. Según Lutero, el Demonio «es incapaz de aguantar que lo denigren». Y, en opinión de Moro, «el Diablo no puede soportar que se burlen de él». Tengo que decir que estoy mucho más de acuerdo con Baudelaire que con estos dos caballeros. El Demonio *quiere* que nos burlemos de él, que lo denostemos, que destruyamos su leyenda, quiere que lo demos por muerto para poder continuar con su labor sin impedimentos. Se han exagerado mucho los bulos sobre su presunta muerte. *Diabolus* vive y está dentro de esta muchacha. Ha tomado posesión de su cuerpo y de su mente. Y te corresponde a ti evitar que tome también posesión de su alma.

—¿A mí?

—Sí, oficiando la *Adjuratio solemnis*. ¿Cuánto hará que te ordené sacerdote, Gregory? ¿Veinte, veintiún años?

—Algo así.

—¿Te acuerdas de la ceremonia?

—Muy poco.

—Yo sí me acuerdo —dijo el obispo—. Es mi obligación recordarla. Impartir las órdenes sagradas a los aspirantes forma parte de mis atribuciones. Por un lado están las órdenes mayores y por otro las menores. Son bastantes. Tal vez lo hayas olvidado, pero una de las órdenes menores es la de exorcista y, cuando te otorgué esa orden, tuve que pronunciar las siguientes palabras —levantó ligeramente la voz—: «Recibe el poder de imponer las manos sobre toda criatura poseída y, a través de tus manos, de la gracia del Espíritu Santo y del rito del exorcismo, obtén el poder de expulsar al Diablo de su cuerpo». ¿Las recuerdas?

—Sí...

—«Confía a la memoria —dije después— que se te otorga este *derecho*.» Los médicos y los psiquiatras no pueden ayudar a esta muchacha, tú sí. Solo tú tienes el poder de ayudarla.

—¿Cómo? —preguntó Gregory a punto de echarse a reír—. ¿Expulsando al Diablo de su cuerpo?

El obispo asintió.

—Estoy corriendo un enorme riesgo, Gregory. La *Adjuratio solemnis* tiene que ser oficiada por un sacerdote intachable, un sacerdote con una fe inquebrantable, un siervo del Señor cuyo estado de gracia esté fuera de toda duda. Si le preguntara al cardenal, sé perfectamente lo que me

contestaría: «¿El padre Sargeant? ¿Estás bien de la cabeza, Conrad?». Pero no me interesa su opinión. Asumo toda la responsabilidad por un acto que, incluso en manos del sacerdote más recto, entraña un grave peligro. Si algo saliera mal, si ocurriese algo espantoso, lo cual es perfectamente posible, seré castigado con tal severidad que mi espíritu podría quebrarse. Soy un hombre ya mayor, Gregory. Y el espíritu de un viejo es igual que sus huesos. Sin embargo, por ti estoy dispuesto a afrontar ese riesgo. ¿Estás dispuesto tú también?

Gregory frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No, no lo estoy. Para empezar, por una simple cuestión práctica. Un exorcismo puede durar días o semanas y exige dedicación absoluta. ¿Quién oficiaría la misa?

—Eso —dijo el obispo— más que una razón es una excusa, Gregory. Es lo último de lo que deberías preocuparte. Le pediré al padre Stefanski, el responsable de la parroquia más cercana, que nos mande a su ayudante. Estoy seguro de que puede pasarse unos días sin el muchacho.

—Se me ha olvidado todo lo que sabía del exorcismo.

—Volveré a enseñártelo.

—No he practicado jamás un exorcismo.

—Al contrario, lo haces constantemente —replicó el obispo—. Cada vez que bendices algo, cada vez que rocías algo con agua bendita, estás oficiando uno. En cierta manera, usas ese poder cada día. Ahora tienes que emplearlo con toda su potencia.

—No puedo.

—Tienes que hacerlo.

—¿Expulsar del cuerpo de una niña a una criatura medieval en la que no creo?

—Esa —dijo el obispo— es precisamente la razón por la que debes hacerlo. Es la única manera de que se disipen tus dudas. Lo único que puede salvarte.

—¿De qué?

El obispo no estaba seguro de saberlo muy bien. Todo lo que había dicho hasta ese momento era fruto de la improvisación; las intuiciones se habían ido adhiriendo a sus palabras como filamentos de acero a un imán. Cuando Gregory quiso saber de qué tenía que salvarse, estuvo a punto de contestarle que de la botella de brandy. Estuvo a punto de decir infinidad de cosas, pero se sintió incapaz. Estuvo a punto de hacer un comentario sobre lo bien que parecían encajar todas las piezas: el santo en honor al cual se había bautizado la iglesia, la festividad que estaba a punto de celebrarse, la sustitución del padre Halloran. ¿Era una simple casualidad que el padre Halloran hubiese sido huérfano? ¿Por qué habían tardado tanto en ofrecerle un puesto en un orfanato? Y ¿por qué, cuando por fin se lo dieron, habían elegido a Gregory para que ocupara su lugar en la parroquia de la muchacha afectada? Era todo parte de un plan mucho más grande, tan grande que el obispo solo alcanzaba a ver una pequeña parte de él. Puede que al padre Halloran lo hubieran trasladado porque era un hombre de convicciones firmes y fe inquebrantable, mientras que Gregory...

Pero un grito espeluznante y un fuerte golpe procedentes del vestíbulo impidieron que el obispo dijera ninguna de estas cosas.

Sin ser conscientes de haber abierto la puerta del estudio ni de haber salido corriendo, Gregory y el obispo llegaron al vestíbulo.

Susan estaba de pie en mitad de la estancia, riéndose. De pronto dejó de reír y empezó a gritar, como un animal al que acaban de atravesar con una lanza. Y enseguida volvió a echarse a reír.

Una imagen sagrada —una imagen de la Virgen por lo demás bastante fea y de escaso valor— colgaba ridículamente de la pared y se bamboleaba de un lado a otro con el marco partido y el cristal hecho añicos. El objeto con el que había sido golpeada yacía a cierta distancia, lo cual daba cuenta de la violencia del golpe y de la fuerza con la que había sido lanzado. Se trataba de un volumen encuadernado en tela negra: el breviario de Gregory. La cubierta estaba doblada y el lomo roto. En momentos cruciales, a uno pueden pasársele por la cabeza las ideas más extrañas: al ver el breviario profanado, el párroco recordó, por primera vez en muchos años, que en el seminario solían llamarlo en broma «la mujer del cura».

Susan le dirigió a Gregory una sarta de obscenidades. El obispo y él tuvieron que emplearse a fondo para arrastrar a la muchacha desquiciada hasta el dormitorio y encerrarla allí.

VII. ADJURATIO SOLEMNIS



«En el Averno, los demonios se gritan unos a otros: “Martiriza, despelleja, masacra, degüella y asesina sin descanso; date prisa, pon a este sobre las brasas incandescentes y arroja a aquel otro al horno o al caldero hirviendo”. Las mujeres licenciosas habrán de llevar en sus brazos un dragón envuelto en llamas o, mejor dicho, un demonio con forma de dragón cuya cola de serpiente se les enroscará entre las piernas para inmovilizarlas, cuyas garras se les clavarán en la carne, cuya boca fétida y babeante se les acercará a la cara para escupirles llamas de fuego, azufre y veneno, cuya horrible nariz bulbosa les echará encima un aliento pestilente y venenoso. Les hará sufrir un millón de suplicios distintos, un millón de cólicos y retortijones; y los condenados, en compañía de los demonios, aullarán: “¡Mirad a esa buscona! ¡Mirad a esa fulana! ¡Bien merecido se tiene que la torturen! ¡No paréis, no paréis, diablos! ¡No paréis, demonios! ¡No paréis, furias infernales! ¡Mirad a esa ramera! ¡Mirad a esa furcia! ¡Lanzaos sobre esa puta, causadle todo el dolor que os sea posible!”.»»

A Gregory le parecía poco probable que Susan hubiese tenido acceso a un obra del siglo XVII tan extraña como las *Merveilles de l'autre monde* del abate François Arnoux, canónigo de Ruán. Sin embargo, en su idea de los tormentos que debían padecer las «mujeres licenciosas» en el infierno podían percibirse claros ecos de las páginas escritas por el abate.

Los tormentos de los condenados: gárgolas sonrientes que atravesaban con un tridente a sus víctimas desnudas y las llevaban en alto, o las ensartaban en un espetón y les daban vueltas en el fuego, o las embutían en las grietas que se abrían entre las rocas, o las empalaban en unas ruedas llenas de pinchos... Docenas de ilustraciones medievales le vinieron a Gregory a la cabeza: todas esas abigarradas escenas infernales cuya descripción con detalle constituía el repertorio básico de cualquier dibujante que se preciase.

«Y en eso —se dijo Gregory— es en lo que se supone que debo creer.»

Con todo, la niña tenía de verdad una quemadura en el brazo. La había visto con sus propios ojos cuando la llevaron al dormitorio. Estaba marcada como el ganado.

El obispo le había sugerido que llamase al padre de Susan para preguntarle si la muchacha podía quedarse un poco más con ellos. Gregory se recluyó en el estudio y cogió el teléfono.

Pero la primera persona a la que llamó no fue Garth.

—Tienes la oreja como un tomate —le dijo Virginia Shannon a su marido mientras este daba vueltas por la cocina buscando una caja de cerillas.

—Es que me he pasado media hora al teléfono —respondió él entre calada y calada a su pipa. Cuando el tabaco prendió, unos hilos de humo fragante empezaron a salir de la cazoleta en finos arabescos. Shannon apagó la cerilla y añadió—: Era tu hermano.

—¿Brian?

—No, Greg. ¿Qué estás haciendo? Huele de maravilla.

—Una tarta tatin de cerezas para esta noche.

—Creía que íbamos a salir.

—Ya lo creo que vamos a salir. Pero luego siempre estás buscando algo que picar antes de acostarte... Así le dejamos también algo a la canguro.

Shannon soltó un gruñido.

—Espero que tenga la consideración de guardarle al menos un trozo al cabeza de familia.

—¿Qué quería Gregory?

—Nada, cotorrear un poco. Rollos del trabajo. Quería preguntarme unas cosas sobre un artículo que está escribiendo. —Shannon se sentó en una de las sillas de la cocina y puso el codo encima de la mesa.

—Por cierto, ¿cómo llevas tú el artículo que estabas escribiendo para *Psychiatric Quaterly*? ¿Lo has acabado ya?

—No me queda nada. Me faltan unas cuantas correcciones a lápiz. Luego lo pasaré a máquina y lo mandaré.

—¿Te ha dicho Gregory algo de la nueva parroquia?

—Poca cosa. Que está contento. ¡Ni se te ocurra tirar ese café!

—Pero si está helado. Es de esta mañana.

—Da igual. —El doctor Shannon sacó unos cubitos de hielo de la nevera, los echó en un vaso alto y se sirvió el café—. Café con hielo. Lo mejor para este calor.

Su mujer se estremeció.

—Tiene que saber a rayos.

—Vaya tontería. ¿Quieres un poco?

—No, gracias. —Virginia frunció ligeramente el ceño y sus cejas se juntaron—. Me alegra que a Greg le guste la nueva parroquia, aunque me sorprende un poco. Por lo que he oído, es un sitio muy pequeño y un poco... provinciano.

—Yo solo te he dicho que él *dice* que le gusta, no que le guste. De todas formas, parece que no para. Ahora está escribiendo un artículo sobre los estigmas. Ha oído hablar de un caso en el que la mente de una persona se ha apoderado de su cuerpo hasta el punto de producir cambios orgánicos, y quería saber más cosas del asunto. Así, sin consultar la bibliografía, solo he podido contarle lo poco que recuerdo de memoria: que se han dado casos de ceguera histérica, de parálisis histérica e incluso de embarazos históricos en los que el vientre de la mujer afectada no para de hincharse a lo largo de nueve meses a pesar de no albergar ningún feto en su interior. Me ha preguntado por las lesiones históricas. Yo no he visto jamás una lesión de ese tipo, o eso creo al menos, pero una vez leí un artículo sobre una mujer a la que le salían llagas en la espalda como si la hubiesen azotado, aunque nadie la había rozado siquiera. Y luego está el caso de Theresa Neumann...

—Ah, sí, la mujer de Baviera que murió hace poco, ¿no?

—Esa misma.

—Le sangraban los pies y las manos como si se los hubiesen atravesado con unos clavos.

—En efecto. Todos los viernes, el día que Cristo fue crucificado. Algunos médicos lo atribuyen a la histeria, claro. Gregory me ha dicho algo muy interesante. Al parecer, las hemorragias no constituyen un milagro para la Iglesia. Lo ignoraba, la verdad. Luego me ha contado el caso de una niña que es incapaz de poner el pie en la iglesia y a la que, por lo visto, le salió una quemadura con forma de cruz cuando la rozaron con el crucifijo de un rosario. A mí me ha recordado bastante al caso de las falsas llagas, al del falso embarazo y a todos los demás, pero luego me ha dicho... Oye, me parece que a esto le hace falta un poco de azúcar.

Su mujer le alcanzó el azucarero y una cucharilla.

—Gracias... Mucho mejor ahora, sí. Bueno, pues resulta que la niña esta tenía los ojos cerrados y no era consciente de que la habían tocado con un crucifijo y, claro, tu hermano quería saber qué explicación podía darle a eso el doctor Shannon. La verdad es que siempre me viene con unas historias rarísimas. Lo único que se me ha ocurrido decirle es que algo, quizá el ruido de las cuentas del rosario, pudo poner sobre aviso a la muchacha.

—Se te ha vuelto a apagar la pipa.

—Ya, ya lo sé. Lo intento una vez más y, si no, me paso otra vez a los cigarrillos.

Virginia encendió una cerilla y la sostuvo sobre la cazoleta mientras él daba unas caladas.

—No te habrás tragado —dijo ella cuando las volutas de humo empezaron otra vez a elevarse — el rollo del «artículo» y «el caso del que he oído hablar», ¿verdad?

—Claro que no. Es lo mismo que dice todo el mundo. «Doctor, tengo un amigo con un problema...» Me encantaría saber qué está pasando en San Miguel.

Cuando colgó el teléfono, Garth sintió que el estómago le daba un vuelco del pánico. El auricular negro del teléfono estaba mojado de sudor. Se secó las manos en el pantalón. «Nos gustaría pasarnos por su casa esta tarde para charlar un rato con usted, señor Garth. El obispo y yo...»

¿Qué demonios querría el cura ese? ¡Y un obispo! ¿Qué pintaba un obispo?

Era una sandez. Y también había sido una estupidez por su parte acudir a un cura en busca de ayuda. Primero a Halloran, que se había quitado de en medio enseguida. Y ahora a este tal Sargeant, al que no se le había ocurrido mejor idea que meter en el asunto a un obispo. Tal vez habría sido mejor ir a un psiquiatra.

Aunque no, bien pensado no habría sido mejor. Eran todos unos cotillas.

Se puso a dar vueltas por el dormitorio y se sentó en la cama, con las manos y los labios rígidos y la respiración acelerada. Miró con impotencia y desesperación el estampado de flores de la pared, desvaído y cubierto por una capa de polvo, y el espacio con forma de cruz, ligeramente más limpio, en el que una vez estuvo colgada una imagen de Dios.

«Un hombre, no un dios. Un judío chalado.»

Echó un vistazo al rostro fofa y anodino de su mujer, que reposaba sobre el vestidor en un marco ovalado. Y después a Susan, con tan solo un año, tumbada bocabajo y sonriendo. Igual de desnuda que lo estaría quince años después frente al padre Halloran. Volvió a sentir una punzada en el estómago y en sus oídos retumbaron los latidos aciagos de su corazón.

Sonó el timbre de la puerta y se quedó paralizado. ¿Qué es lo que querían? El timbre volvió a sonar. Se levantó de la cama con la boca seca y se dirigió a la puerta.

Antes de que Gregory pudiese presentarle al obispo, Garth dijo:

—¿Dónde está Susan?

—Sigue en la casa parroquial —contestó Gregory.

—¿Ha pasado algo?

—¿Podemos pasar un momento?

—Ay, sí. —Garth reparó en la falta de educación y se echó a un lado—. Claro, adelante.

Gregory procedió a hacer las presentaciones. El anfitrión, que no sabía muy bien cuál era la etiqueta que debía seguir, se olvidó de arrodillarse. Pero el obispo, muy educadamente, decidió saltarse el protocolo y le dio la mano. En cuanto se sentaron, Garth volvió a preguntar:

—¿Ha pasado algo?

—No tiene usted de qué preocuparse —contestó Gregory—. Susan ha tenido otro de sus ataques, nada más. El obispo estaba allí en ese momento y entre los dos hemos conseguido calmarla. Ahora está descansando.

—¿Ha hecho algo... malo?

—No, nada en absoluto.

—Señor Garth —intervino el obispo—, al padre Sargeant y a mí nos gustaría que Susan se quedara con nosotros un poco más para ver si podemos ayudarla...

—Y ¿cómo piensan ayudarla? —preguntó de inmediato Garth.

—Tratando de hablar con ella, naturalmente.

—¿Como un psiquiatra?

El obispo detectó el brillo en la mirada de Garth y recordó al instante lo que Gregory le había contado de su aversión por los psiquiatras, a quienes —con esa insolencia propia de las gentes ignorantes— al parecer consideraba unos charlatanes indecentes.

—No, no tiene nada que ver —respondió.

—Bueno —dijo Garth—. Entonces me parece bien. Le agradezco mucho que se tome tantas molestias por mi hija, señor. Monseñor. ¿Cuánto tiempo necesitan tenerla con ustedes?

—No sabemos muy bien cuántos días tardará...

—¿Cómo que días?

—Sí, señor Garth, necesitaremos unos días.

—Creí que iban a decirme unas cuantas horas. Pero días... —Se levantó y empezó a andar de un lado a otro, negando con la cabeza—. Buf, no sé.

—Comprendo su reticencia, señor Garth —dijo el obispo—. Pero piense que, si un médico decidiese ingresar a su hija en un hospital, estaría muchos más días fuera y, además, lejos de usted. En este caso, sabe que la tiene aquí mismo, a la vuelta de la esquina, y que está a nuestro cuidado.

—Bueno —dijo Garth—, visto así... Sin embargo, me preocupa un poco que esté varios días con el padre y con usted a solas... ¿Se ha enterado de lo que pasó cuando la dejaron apenas unos minutos con el padre Halloran?

El obispo asintió.

—Sí, lo sé. Pero el padre Sargeant y yo sabremos arreglárnoslas, señor Garth. —Al ver que

guardaba silencio, añadió—: Necesitamos su consentimiento.

—De acuerdo.

—¡Estupendo!

—Esperen, voy a por mi chaqueta y los acompaño.

—¿A la casa parroquial? —dijo Gregory.

—No creo que sea buena idea —terció el obispo.

—Pensé que... en fin, voy a estar unos días sin ver a mi hija y pensé que podría hablar con ella un rato.

—Susan está descansando, señor Garth —dijo el obispo—. Le conviene descansar.

—¿No puedo siquiera...?

—Solo queremos lo mejor para su hija —dijo Gregory.

—Está bien —se lamentó al fin el señor Garth—, está bien.

—Adiós, señor Garth —dijo el obispo, de camino a la puerta.

Gregory lo siguió y añadió:

—Le llamaremos y le iremos contando cómo está su hija.

—Les llamaré yo a ustedes, padre —dijo Garth justo antes de que se cerrara la puerta—. Todos los días. Susie es la niña de mis ojos y quiero saber cómo se encuentra en todo momento. En todo momento.

Ya en el coche, Gregory dijo:

—Ha manejado usted muy bien la situación.

—¿Tú crees? —dudó el obispo—. Me da que sospecha algo. Todavía no sabe muy bien qué, pero la sospecha ya ha sido plantada en su cabeza. No tardaremos en volver a saber de él. Ten por seguro que te va a llamar todos los días. Tenemos que actuar con la máxima cautela. Y no podemos perder ni un segundo. Es necesario empezar en cuanto volvamos a la casa parroquial.

—¿Nada más llegar? —preguntó Gregory con los ojos clavados en la carretera.

—¿Cuándo querrías empezar tú?

—¿Yo? Si por mí fuera, no lo haría nunca.

—¿Sigues teniendo dudas?

Gregory se encogió de hombros.

—Me preocupa la niña...

—¡Y a mí!

—Para una persona en su estado mental, lo que usted quiere hacer puede resultar traumático. El simple pánico puede volverla loca... o causarle un infarto. No sabemos lo que puede pasar.

—Debemos correr ese riesgo. ¿O crees que es mejor dejarla en su estado actual? Esa pobre niña está sufriendo.

—Algo dentro de mí me dice que hay una explicación natural para todo esto.

—Acuérdate de Baudelaire —dijo el obispo muy despacio—. Ese algo al que te refieres bien podría ser el propio adversario al que nos enfrentamos. Y en cuanto a la explicación natural... Vaya truco tan vulgar y tan materialista, Gregory, vaya truco tan manido. Un materialista dirá que es natural cualquier cosa que le pongas delante de los ojos. Pero, en cuanto le ofreces pruebas irrefutables de que existen fenómenos sobrenaturales, lo primero que te dirá es que hay que redefinir el concepto de lo natural para poder dar cuenta de ese nuevo fenómeno. Y así se pasan la

vida entera sin llegar nunca a ninguna parte. Igual que tú.

—Yo no soy ningún materialista.

—Demuéstramelo.

—¿Qué pasa? ¿Ahora soy culpable hasta que se demuestre lo contrario?

Visiblemente irritado, el obispo replicó con brusquedad:

—Tú mismo te has inculcado con todo lo que has dicho hoy. Además, no tengo ninguna obligación de respetar las garantías de una democracia. La Iglesia no es un tribunal y, desde luego, no se rige por principios democráticos.

Después de pensarlo unos instantes, Gregory reprodujo la conversación telefónica que había tenido con su cuñado.

—Una explicación natural —dijo el obispo una vez terminó—. Poco más puede esperarse de un científico. Pero me sorprende que un sacerdote como tú encuentre esta explicación más razonable que la sobrenatural. Me sorprende y me duele.

Estaban aproximándose a la casa parroquial. Gregory redujo la velocidad.

—Yo no creo que la explicación de mi cuñado —precisó el párroco— sea más aceptable que la suya, monseñor. Lo único que digo es que habría que tomar en consideración ambos puntos de vista.

—De acuerdo —dijo el obispo—. Y, una vez los hemos tomado en consideración, ¿qué hacemos?

Gregory, que estaba concentrado en aparcar, no contestó.

—¿Ves? Estás paralizado por las dudas y la indecisión. No sabes qué hacer. Solo buscas excusas para seguir de cháchara en lugar de ponerte manos a la obra. No haces más que dar largas y perder tiempo. Pero, gracias al Señor, ya estamos en la casa parroquial y no podrás seguir dando rodeos. Déjame salir del coche...

No cabía duda de que los sacerdotes —que Dios los bendiga a todos— eran unas criaturas de lo más peculiar. Y los obispos, a quienes bien podría considerarse sacerdotes elevados a la máxima potencia, eran seres aún más extraños. La señora Farley llevaba tantos años trabajando como ama de llaves en la casa parroquial de San Miguel que cuando empezó podían contarse sus canas con los dedos de una mano. A lo largo de todo ese tiempo, había visto pasar por allí a infinidad de sacerdotes. Sin embargo, este último, el padre Sargeant, era con diferencia el más raro de todos. Y, en cuanto al obispo Crimmings, mejor no decir nada.

Antes de marcharse con el padre, monseñor le había dicho que cerrase todas las ventanas. ¡Con el tiempo que hacía! Que las cerrase, las asegurase y echase las cortinas. Que cerrase con llave todas las puertas y no dejara entrar a una sola persona, ni aunque asegurase venir en nombre del mismísimo cardenal. Que llamase a los Barlow, las personas con las que el párroco iba a cenar esa noche, para avisarles de que no podría ir. Y que después sacase de la habitación donde descansaba la hija de Garth todos los objetos que se pudiesen romper, como fotografías, jarrones y demás. Al menos esto último sí tenía sentido, después de lo que había pasado en el salón con el breviario y la imagen de la Virgen María.

Y una cuerda, monseñor le había pedido también que buscara una cuerda; una cuerda bien gruesa, dijo; la del tendadero podría servir siempre que fuera resistente...

Ah, las cosas no habían vuelto a ser iguales en San Miguel desde que la niña de los Garth empezó a venirle al padre Halloran con sus problemas. Esa lunática había llevado al pobre

hombre por la calle de la amargura, y ahora le tocaba al padre Sargeant llevar la cruz sobre sus hombros. En un manicomio, ahí era donde tenía que estar. Con una buena azotaina bastaría para meterla en vereda y sacarle todas las tonterías que tenía en la cabeza.

Pero le habían pedido que la tratara bien. Que la tuviese en palmitas. Sí, los sacerdotes eran unas personas verdaderamente raras.

Ahí los tenía otra vez a los dos, acercándose a la puerta principal. Más le valía bajar a ver si necesitaban algo...

—¿Cómo está la niña? —le preguntó Gregory al ama de llaves en cuanto esta entró en el salón.

—Sigue como un tronco, padre. Pero tiene el sueño muy agitado. No para de moverse y murmurar cosas. He cerrado la puerta con llave.

—Muy bien —dijo Gregory—. Señora Farley...

—Dígame, padre.

—Tenía usted familia cerca de aquí, ¿verdad? Una hermana, ¿puede ser?

—Sí, padre. Vive con su marido y sus seis hijos a pocos kilómetros. ¿Por qué lo pregunta?

—No sería mala idea que se fuera a pasar unos días con ellos, señora Farley.

—Santo cielo, padre. ¿Por qué?

Gregory lanzó una mirada de auxilio al obispo.

—Mire, señora Farley —dijo el anciano—, es posible que las cosas se pongan un poco feas por aquí los próximos días. Puede que corra usted hasta peligro.

—¿Cómo voy a correr peligro en la casa parroquial, monseñor?

—Podría darse el caso. Así que, por su propia seguridad...

—No entiendo nada, monseñor.

—Siéntese, señora Farley —dijo el obispo.

El ama de llaves obedeció y él también tomó asiento.

—Voy a intentar explicárselo —prosiguió—, pero antes tiene que prometerme que no hablará de este asunto con nadie. Ni con su hermana ni con su cuñado, ni desde luego tampoco con la niña que está arriba.

—Claro... Se lo prometo, monseñor.

—La muchacha se encuentra en muy mal estado. Incluso al padre Sargeant le cuesta aceptar lo que le pasa. Está... —El obispo se interrumpió e intentó plantearlo de otra manera—. Lleva usted muchos años viviendo entre sacerdotes y estoy seguro de que, después de tantos años, le resultarán familiares muchos de los términos y expresiones que solemos utilizar. ¿Ha oído alguna vez la palabra «exorcismo», señora Farley?

La señora Farley, intrigada y perpleja, llevaba con el ceño fruncido desde que le pidieron que se fuera unos días con su hermana. En ese momento, sin embargo, su rostro empezó poco a poco a relajarse y adoptó una expresión serena e impasible que, sin embargo, reflejaba mejor que ningún ceño el asombro y el interés que sentía. El salón se sumió en un silencio absoluto. Cuando el ama de llaves volvió a hablar, su voz tenía un tono extrañamente apagado.

—Ah, comprendo. Así que eso es lo que le pasa a esa pobre criatura.

El obispo abrió la boca para intervenir, pero la señora Farley continuó:

—Hace mucho tiempo, cuando yo no era más que una mocosa y vivía en Europa, en nuestro pueblo había un hombre al que todo el mundo tomaba por loco. Lo oía chillar por las noches; unas

veces reía y otras hablaba a voz en grito y soltaba una sarta de barbaridades que yo por aquel entonces no entendía. Aunque lo trataron todo tipo de médicos y curanderos, ninguno fue capaz de hacer nada por él. El jefe de policía decidió meterlo una temporada en la cárcel, pero todo el pueblo lo oía dando alaridos por la ventana de la celda; daba la sensación de que se pasaba el día entero gritando y parecía tener una fuerza sobrehumana. Un día, el sacerdote de la parroquia pidió que le dejaran verlo. En cuanto terminó de examinar a aquel desgraciado, le escribió una carta al obispo, en aquellos días no había teléfono en el pueblo, y se pasó varios días esperando la respuesta. Al cabo de un tiempo recibió el permiso de las autoridades eclesiásticas para hacer algún tipo de rito con aquel hombre. Se encerró con él en su celda y fue espantoso. Los gritos que habíamos oído hasta ese momento no eran más que simples susurros en comparación con lo que se nos vino encima. Era como oír el lamento de los condenados retorciéndose entre las llamas del infierno. Nadie en el pueblo pudo pegar ojo, tenías que estar día y noche tapándote las orejas con las manos.

»Y de pronto todo acabó. Después de diez días, a la una en punto de la tarde, los gritos cesaron. Aquel pobre hombre había muerto. Pero, según dicen, tenía dibujada en el rostro una expresión de paz y serenidad que nadie recordaba haberle visto jamás. —La señora Farley, que llevaba todo ese tiempo mirando al infinito, con la vista nublada por los recuerdos, de pronto clavó los ojos en el obispo—. Sí, monseñor. Me suena la palabra “exorcismo”.

—Susan Garth...

—Lo sé, monseñor.

—Y ¿no le cuesta trabajo aceptarlo?

—¿Por qué iba a costarme? Yo oí los gritos de ese hombre, monseñor. Yo lo *oí*. Ningún ser humano grita así. Ni siquiera los animales.

El obispo asintió y miró a Gregory. No se intercambiaron una sola palabra.

—¿Comprende ahora —le preguntó el párroco a la señora Farley— por qué sería mejor que se fuera unos días?

—Sí, padre —contestó ella—. Pero, si no les importa, me gustaría quedarme. No me sentiría bien dejándolos solos en semejante situación. ¿Quién les va a preparar la comida, quién va a recoger la casa y asegurarse de que duerman un poco? Sé que son ustedes dos personas muy capaces, pero estoy segura de que en estas circunstancias les vendrá bien un poco de ayuda.

—Por supuesto que sí —dijo el obispo—. Pero nos preocupa su seguridad.

—¿Por qué tenemos que estar asustados?

—Como bien sabe, señora Farley, la criatura que se encuentra dentro esa pobre niña podría ser el mismísimo adversario de Dios.

—Él es quien debería tener miedo —dijo, chasqueando sus dedos regordetes—. Ya hace falta ser bobo para enfrentarse a un pastor del Señor y a un obispo de la Santa Madre Iglesia a las puertas mismas de la casa de Dios. ¡Menudo descaró! Si sabe lo que le conviene, en cuanto ustedes empiecen a hablar, saldrá corriendo por donde ha venido. Yo no le tengo miedo. No es más que basura, simple escoria; bastará con plantarle cara y mostrarle el poder de nuestro Señor para que se ponga a gimotear como un cachorrillo. Si no tiene inconveniente, monseñor, de verdad que preferiría quedarme con ustedes.

—Está bien, señora Farley, puede quedarse —dijo el obispo.

—Se lo agradezco mucho, monseñor —respondió el ama de llaves—. ¿Quieren que les

prepare algo de comer?

—Ahora mismo no, señora Farley. Al padre y a mí nos gustaría quedarnos aquí en el salón una media hora sin que nadie nos moleste. Cierre la puerta con llave cuando salga, por favor.

—De acuerdo, monseñor. No duden en llamarme si necesitan algo.

La señora Farley salió. El párroco y su superior pudieron oír cómo echaba la llave.

—Supongo que tienes mucha hambre, Gregory —dijo el obispo—, pero he pensado que preferirías ayunar. Es lo habitual en estos casos.

—Sí, por supuesto.

—Te acompañaré. —Con el rostro ensombrecido por la preocupación, el obispo se acomodó lentamente en una silla—. Gregory... —añadió al cabo de unos instantes.

—Dígame.

—Empiezo a pensar que tal vez no deberíamos hacer esto.

—¿Cómo? —El párroco cruzó el salón y se sentó junto al obispo—. Y ¿lo dice ahora? ¿Por qué?

—Por la historia que acabamos de oír. Aquel hombre... murió.

—De eso es de lo que intentaba advertirle, monseñor. Del inmenso riesgo que corremos.

—Lo sé, lo sé. —La enorme cabeza cana del obispo se movió rítmicamente de arriba abajo—. Pero tú me hablabas de conjeturas. Esto es un hecho.

—¿Quiere que lo dejemos?

—¿Tú no?

—No estoy seguro... Pero no es propio de *usted* tener dudas.

—No son dudas. Al menos no como las que tienes tú. Yo *creo*. Sí, creo absolutamente. Pero, Gregory... —El obispo se levantó y empezó a andar con nerviosismo—. Ser el responsable de la muerte de una persona... ¿Te haces una idea de lo terrible que es eso?

—Hay cosas mucho peores que la muerte —dijo el párroco con calma.

El obispo buscó los ojos de Gregory y lo miró fijamente.

—Gracias —dijo—. Gracias, hijo mío. ¿Estás preparado para confesarte?

—Sí.

El obispo sacó un estuche del bolsillo interior, lo abrió y cogió una estola de color ciruela doblada en forma de lazo. Besó la cruz que estaba bordada en la parte superior y se colocó la banda de seda alrededor del cuello.

—Que la misericordia de Dios caiga sobre mí al ponerme esta estola para poder escuchar la confesión de este siervo como lo haría nuestro Señor.

Gregory se arrodilló al lado de la butaca.

—Perdóneme, padre, porque he pecado. Mi última confesión fue hace tres días. Estos son mis pecados...

Alrededor de veinte minutos después, Gregory estaba diciendo lo siguiente:

—Me arrepiento de todo corazón de todo lo malo que he hecho y de lo bueno que he dejado de hacer... —Y, con las manos entrelazadas, pronunció el acto de contrición mientras el obispo le daba la absolución.

—*Ego te absolvo a peccatis tuis* —dijo para concluir el obispo. Y, mientras hacía la señal de la cruz sobre el penitente, añadió—: *In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti*.

—Gracias, padre —dijo Gregory antes de levantarse.

Mientras Gregory encendía las velas ceremoniales, cuyo lúgubre resplandor proyectó sobre las paredes desnudas del pequeño dormitorio unas sombras enormes que no paraban de moverse, el obispo se dedicaba a hojear el *Rituale Romanum*. Los dos vestían sotanas negras —la del obispo tenía bordados de color rojo— y llevaban estolas alrededor del cuello. Gregory se había puesto, además, una sobrepelliz.

—Gregory, por favor —estaba diciendo el obispo—, recuerda que nadie salvo la señora Farley y nosotros dos debe saber qué es lo que vamos a intentar aquí. Es fundamental que Susan, sobre todo, no sepa nada. Si llegase a sospechar algo, por mucho que consigamos, las dudas te corroerían de por vida. Te dirías que es como lo de las cuentas del rosario, que sabía lo que esperábamos de ella y ha reaccionado en consecuencia. Ahora bien, si no sabe nada...

Al ver que Susan entraba en el cuarto acompañada de la señora Farley, el obispo guardó silencio. La muchacha parecía más calmada. Llevaba la misma ropa que antes, pero en lugar de los zapatos y los calcetines gruesos, tenía puestas unas babuchas grandes que le había dejado el ama de llaves.

—¿Qué tal, Susan? —dijo el obispo—. ¿Por qué no vienes aquí y te pones cómoda? —preguntó, señalando la cama.

Susan lo miró, luego miró a Gregory y volvió a mirar al obispo. Parecía impresionada por los ropajes ceremoniales que llevaban puestos.

—Están ustedes tan...

—¿Elegantes? —sugirió el obispo—. A todo el mundo le gusta arreglarse un poco de vez en cuando. Me reconocerás que nuestros trajes son de lo más colorido. Siéntate, pequeña. —La niña se sentó al borde de la cama visiblemente incómoda—. ¿No te apetece echarte y descansar un poco?

Susan balanceó los pies para descalzarse y se tendió mirando al techo.

—Eso es, muy bien —añadió el obispo, y le hizo un gesto a la señora Farley para que saliese del dormitorio.

—Bueno —dijo Gregory—, ahora voy a rezar un poco. No te molesta, ¿verdad que no, Susan? La muchacha negó con la cabeza.

El obispo le dio el libro de rituales al párroco. Este se aclaró la garganta y empezó a leer del latín en voz alta. Al principio, su tono era vacilante. Pero luego, a medida que su cabeza iba traduciendo de forma casi automática las palabras de aquella lengua clásica, se volvió más firme.

—«Oh, tú, arcángel san Miguel, glorioso príncipe de la milicia celestial, protégenos en esta batalla contra las fuerzas invisibles del mal. Ven en auxilio de los hombres, a quienes Dios creó a su imagen y semejanza, y líbranos de la tiranía del Demonio con una gran demostración de tu poder.»

Susan cerró los ojos poco a poco, como si hubiese empezado a hacerle efecto un poderoso narcótico. Gregory siguió leyendo:

—«Ofrece nuestras plegarias al Altísimo para que descienda sobre nosotros cuanto antes la misericordia del Señor. Prende al dragón, esa serpiente antigua que es Satán, y arrójalo encadenado al abismo para que no vuelva jamás a seducir a las naciones.»

El párroco flaqueó un instante. Levantó la cabeza, miró al obispo y este le indicó que

continuase.

—«En nombre de Jesucristo nuestro Señor...»

Susan empezó a mover la cabeza frenéticamente de un lado a otro, como si tuviese fiebre.

—«... con la intercesión de la inmaculada Virgen María, madre de Dios...»

La respiración de la muchacha parecía cada vez más agitada, su pecho subía y bajaba de manera ostensible.

—«... del arcángel san Miguel...»

El estruendoso temblor de sus dientes resonaba por todo el cuarto.

—«... de los apóstoles Pedro y Pablo...»

Su cuerpo menudo empezó a retorcerse y convulsionarse encima de la cama.

—«... y de todos los santos...»

La joven dio un grito espantoso. Se incorporó como un resorte, salió disparada de la cama y se estrelló contra la pared que tenía enfrente con un fuerte golpe.

—¡Señora Farley! —gritó el obispo abriendo la puerta—. ¡Traiga la cuerda, señora Farley!

VIII. EL DIABLO SE MANIFIESTA



Con la cara pegada a la pared, como si la tuviese sujeta una mano gigantesca, los brazos extendidos y las uñas clavadas en el yeso, Susan parecía una mártir crucificada de espaldas.

Cuando intentó llevarla de nuevo a la cama, Gregory se dio cuenta de que era incapaz de moverla, y no consiguió separarla de la pared hasta que lo ayudaron el obispo y la señora Farley. Su cuerpo parecía pesar cien kilos y, mientras la arrastraban hacia la cama, intentaba agarrar la alfombra con los dedos de los pies.

—El colchón —dijo el obispo casi sin aliento por el esfuerzo—. Quitad el colchón. No hace más que estorbar y lo más probable es que se ponga perdido.

La señora Farley levantó el colchón, lo sacó al vestíbulo y volvió al dormitorio.

Gregory y el obispo tumbaron a la muchacha encima de la cama, con la espalda pegada a los muelles afilados del somier. Seguía con los ojos cerrados y se resistía con la fuerza de un hombre fornido.

—Coge esta cuerda —dijo el obispo— y pásasela por los tobillos. ¡Con fuerza! Luego átale los pies a la cama. Yo me encargo de las manos.

Una vez la hubieron atado, con los brazos y las piernas extendidos en forma de aspa enorme y la cuerda cortándole la carne de las muñecas y los tobillos, Gregory la miró y se dijo con pesadumbre: «El potro». Estirada y atada al somier metálico, retorciéndose presa de una extraña agitación interior, la niña parecía una víctima en algún calabozo medieval a quien hubiesen colocado en un potro para desmembrarla.

«En este potro —pensó el párroco—, no se va a desmembrar su cuerpo, no se va a tirar de sus extremidades hasta que los tendones se le desgaren y los huesos se le descoynten; pero ¿qué parte de su ser se quebrará? ¿Su mente, tal vez?» ¿Podía acaso partirse un alma? ¿Podía romperse un alma en mil pedazos y salir volando hacia el abismo eterno? Le había recordado al obispo que hay cosas peores que la muerte. También hay roturas más graves que las de un hueso.

El obispo tenía el rostro brillante de sudor.

—Sigue con el salmo —le dijo a Gregory.

El párroco abrió el libro de rituales y leyó:

—«Que el Señor se levante y sean dispersados sus enemigos y huyan de su presencia todos aquellos que lo odian».

Gregory alargó el brazo. El obispo le alcanzó un crucifijo macizo y el párroco lo levantó.

—«He aquí la cruz del Señor; huid, potencias enemigas.»

De los labios de Susan escapó un gemido, como el de una larga enfermedad.

El obispo, que no necesitaba ayudarse de ningún libro para seguir el ritual, dio el responso:

—«Oh, tú, león de la tribu de Judá, raíz de David, proclámate vencedor».

—«Que la misericordia del Señor sea con nosotros» —leyó Gregory.

—«Como lo esperamos de ti, Señor.»

Los murmullos que emitía Susan se transformaron en un gruñido, en un gruñido animal de odio y pánico. Aunque seguía con los ojos cerrados, empezó a fruncir y separar los labios en una mueca horripilante que dejaba ver sus dientes apretados.

—Santo Dios —murmuró la señora Farley alejándose de la cama—. Santo Dios, miren su cara... ¡Miren su cara! Parece un animal. Que Dios nos asista... Que Dios nos asista a todos...

—«Te exorcizamos...» —leyó Gregory.

Un aullido rasgó el aire; el aullido del mártir al que le atraviesan las entrañas con un palo.

—«... te exorcizamos, espíritu maligno, potencia diabólica...»

Y entonces Susan por fin habló:

—Paren. —Su voz no era más que un murmullo ronco y ahogado—. Detengan esta farsa. —Seguía sin abrir los ojos.

Gregory se percató de la interrupción, pero no hizo el menor caso; aunque sintió miedo, la recibió como una señal inequívoca de que iba por buen camino y siguió leyendo.

—«... asedio del adversario infernal, legión, congregación y secta diabólica, en el nombre y virtud de Nuestro Señor Jesucristo...»

Cuando Gregory se detuvo el tiempo necesario para hacer la señal de la cruz, la voz que salía de los labios de Susan preguntó lo siguiente:

—¿Quién es esta persona cuya voz se me clava en la carne?

—«... para que salgas y te alejes de la Iglesia de Dios, de las almas creadas a imagen de Dios y redimidas por la valiosa Sangre del Divino Cordero...»

Gregory volvió a hacer la señal de la cruz y la voz que hablaba a través de Susan intervino de nuevo:

—¿Quién me está torturando así? ¿Quién osa torturarme de esta manera?

El párroco levantó la vista del libro. Vio a la muchacha contorsionándose y agitándose con el rostro crispado de terror.

En ese instante, por primera vez desde que dio comienzo la ceremonia, Susan abrió los ojos. A medida que levantaba lentamente los párpados, Gregory se percató de que no le hizo falta ni mirar a su alrededor ni ajustar o aguzar la vista: lo miraba directamente a él, como si hubiese tenido los ojos clavados en él todo ese rato, incluso con los párpados cerrados. Y los tenía llenos de un odio demencial.

—¡DESGRACIADO INSOLENTÉ!

Gregory sintió la tentación de apartarse por un momento de la liturgia para hablar directamente con la muchacha. Sin embargo, lo pensó mejor y terminó pacientemente el ritual, incluyendo la última plegaria y la aspersión del agua bendita. Durante todo ese proceso, los comentarios hirientes de Susan ahogaron sus palabras en varias ocasiones; aun así, el párroco siguió tenazmente hasta el final.

Cuando acabó, la criatura atada a la cama volvió a preguntar:

—¿Quién me esta haciendo esto? ¿Quién se atreve? Decidme cómo se llama.

—Aquí lo único que importa —contestó Gregory— es tu nombre.

—Me llamo... —La criatura se interrumpió y estalló en una carcajada—. Ah, eso va a tener que averiguarlo usted.

—¿Quién eres?

—¿Yo? —dijo, imitando una vocecilla infantil—. ¿Cómo que quién soy yo? Lo sabe muy bien. No soy más que una niña pequeña. Una niña encantadora de pelo pajizo. Eso es lo que soy, una niña pura e inocente. —Y se echó a reír otra vez.

—Una niña —repitió Gregory.

—Sí.

—Pura e inocente.

—Tan pura como la nieve —dijo con voz cantarina—. Una niña inmaculada, sin una sola mancha...

—Sin una sola mancha —insistió Gregory, y luego preguntó—: ¿Eres tú la misma niña pura e inmaculada que se le insinuó al padre Halloran?

—¡MENTIRAS! —exclamó—. ¡NADA MÁS QUE MENTIRAS!

—Así que mentiras, ¿eh?

—Sí, hasta la última palabra. —Y añadió con picardía—: Me cree, ¿verdad?

Gregory alcanzó una silla, la colocó al lado de la cama y se sentó.

—¿Por qué no me cuentas lo que pasó? —dijo—. Dame tu versión.

—Mi versión... —La niña entornó los ojos y recorrió el techo con la mirada—. No creo que le haga mucha gracia oír hablar de estas cosas. Me cuesta creer que pueda entenderlas siquiera.

—¿Por qué?

—¿Qué sabe de ese tema? Usted no es un hombre, es solo un cura.

—En efecto, soy un sacerdote —replicó Gregory—. Pero también un hombre.

—Y ¿qué es eso? —dijo, riéndose—. Venga, cuéntemelo. ¿Qué es un hombre? —Al ver que Gregory guardaba silencio, continuó—: ¿No quiere? Bueno, pues déjeme que se lo explique yo —empezó a susurrar con una voz tan ronca que Gregory tuvo que inclinarse para poder oírla—. Un hombre —murmuró despacio, vocalizando con mucho cuidado— no es más que un montón de mierda, creado a imagen y semejanza de la mierda, que se pasa toda su miserable existencia buscando a otras mierdas como él para que lo entierren. —Se echó a reír silenciosamente y todo su cuerpo se convulsionó. Cuando se le pasó el ataque, prosiguió en un tono un poco más alto—: Y a esa unión de las mierdas el hombre le da los nombres más bellos. ¡La llama amor! ¡Hechizo! ¡Éxtasis! Y muchas otras cosas, todas ellas igual de bonitas. Pero... —volvió a bajar la voz y empezó a cuchichearle a Gregory al oído— es un mentiroso. Porque no tiene nada de bonito y él tampoco. No es más que mierda.

—Y tú —susurró Gregory—, ¿también eres mierda?

—Por supuesto que sí. Soy un ser humano, ¿verdad? Una niña pequeña con la cabeza llena de garradas. —Y entonces chilló—: ¡MIERDA!

El grito en el oído hizo que Gregory se echase atrás. Susan empezó a reírse. El párroco, molesto, alejó la silla de la cama y abrió otra vez el libro.

—Anda, ¡qué bien! —se burló la muchacha—. ¿Va a leerme otro poquito? Es usted un cielo. Gregory repitió el ritual desde el principio. La muchacha no le interrumpió hasta que pronunció las siguientes palabras:

—«No oses, pérfida serpiente, engañar a la humanidad...»

—La humanidad entera es una mierda.

—«... perseguir a la Iglesia de Dios...»

—La Iglesia es una montaña de mierda, una congregación de mierda.

—«... hostigar a los elegidos del Señor y cribarlos como el trigo...»

—Cribar la mierda.

Gregory volvió a santiguarse y siguió leyendo:

—«Te lo ordena Dios padre...»

—¡Padre de la mierda!

—«... te lo ordena Dios hijo...» —Mientras leía, el párroco se santiguó de nuevo.

—¡Hijo de la más apestosa mierda!

Gregory se santiguó una vez más.

—«... te lo ordena el Espíritu Santo...»

—Deténgase —dijo entonces la muchacha.

—«Te lo ordena Cristo —prosiguió Gregory mientras se hacía de nuevo la señal de la cruz—, la palabra eterna hecha carne.»

—Deténgase —dijo la niña más alto.

—«Te lo ordena el santo sacramento de la cruz» —leyó Gregory, santiguándose nuevamente.

—¡Pare! ¡Pare! ¡PARE! —dijo la niña a voz en grito—. ¿Qué es lo que quiere?

(Así, pensó Gregory, debían de gritar en los calabozos de la Inquisición aquellos pobres desdichados cuando les introducían en el cuerpo las cuñas y no podían soportar más el dolor.)

Algo parecido debió de pasársele también por la cabeza a la señora Farley, porque al oír los alaridos de la muchacha se puso de rodillas.

—¡Oh, padre! —gimió—. ¡Padre Gregory! La pobre lo está pasando muy mal. ¿Es necesario continuar?

Gregory no hizo el menor gesto.

—¿Es necesario que sigamos haciéndola sufrir? —preguntó entre lágrimas la señora Farley.

—Continúa, Gregory —dijo el obispo.

—Yo... —el párroco intentó hablar, pero no pudo.

—Continúa —insistió el obispo.

El padre Sargeant se dio la vuelta de repente y salió del cuarto. El obispo lo siguió y, una vez en el pasillo, empezaron a discutir en voz baja.

—Pero ¿es que no la ha visto? ¿No ha visto cómo está? —preguntó Gregory—. ¿Cómo quiere que siga?

—¡Debes continuar!

—¡Debes, debes! Muy bien, pues, si tan necesario es, hágalo *usted*. —Le tendió el libro al obispo, que a punto estuvo de cogerlo—. Si está dispuesto a jugar con la salud mental de la niña o con su vida, siga *usted*. Tenga, coja el libro. ¿Está usted dispuesto?

—¿Que si estoy dispuesto? —Con un movimiento rapidísimo, el obispo tiró el libro al suelo

—. Estoy dispuesto a cualquier cosa. A cualquier cosa que esté a mi alcance. ¿De verdad me preguntas a *mi* si estoy dispuesto? Yo no soy ningún descreído, ningún charlatán. Yo no soy ningún *cobarde*.

Seguían discutiendo en mitad del pasillo. Sin darse cuenta, habían elevado el tono y sus voces acaloradas resonaban por toda la casa. Se quedaron quietos, mirándose a los ojos.

Del dormitorio les llegó la risa maliciosa de Susan. Resultaba imposible malinterpretarla: era una risa de triunfo.

Eso bastó para arrancarlos del punto muerto en que se encontraban. Gregory se agachó para coger el libro. Le quitó el polvo y entró renqueante en el dormitorio, seguido del obispo.

El párroco se inclinó sobre la muchacha, abrió el libro y pasó algunas páginas. Una vez encontró el pasaje donde se había quedado, lo cerró bruscamente y bajó la mano. El obispo lo observaba con atención.

Negación. Esa era la energía escalofriante que emanaba de esa niña, de ese ser. El párroco recordó una frase del Mefistófeles de Goethe: «Soy el espíritu que niega». Y se acordó también del Teatro de la Ópera de Roma, donde hacía muchos años había visto la adaptación que hizo Boito de esa misma obra; se acordó del barítono, con su voz vibrante y la cara cubierta por una tétrica máscara, que cantó esa misma frase: «*Son spirito che nega*»; se acordó de la manera tan inquietante en que fueron apagándose esas palabras, como si la música descendiese hasta el mismísimo Averno, y de cómo se repetía la palabra «no» sobre un cambio de acorde tan brusco que parecía como si bajo los pies de los espectadores se hubiese abierto una trampa.

«También tú —pensó Gregory mientras miraba a Susan Garth— eres un espíritu que niega, ¿verdad? También tú quieres lanzarme a la cara todos estos “noes” para que me ahogue en un mar de dudas y negaciones. A ver qué consigues. De momento, vamos a intentar arrancarte un “sí”, una afirmación, alguna certeza. Vamos a intentar arrancarte la verdad.»

—¿Quién eres? —preguntó con voz monótona y cansada.

—Ya me ha hecho esa pregunta —respondió la niña.

—¿Quién eres? —repitió Gregory con el mismo tono.

Susan volvió a adoptar la misma vocecilla infantil y, casi canturreando, dijo:

—Me llamo Susan Garth. Tengo dieciséis años. Voy al Instituto del Sagrado Corazón. Vivo en...

—¡LA MADRE DE DIOS! —gritó Gregory.

Ninguno de los presentes en el pequeño dormitorio se atrevió a abrir la boca. Ni siquiera se les oía respirar. La sombra de Gregory se proyectaba sobre la pared alargada e inmóvil, ya que las velas no se movían un ápice: eran como pequeñas esculturas finas y puntiagudas. Una corriente de aire las agitó súbitamente. Las sombras empezaron a bailar y el embrujo se rompió.

Aun así, todos siguieron callados.

—Gregory, por favor, continúa —le suplicó el obispo en voz baja.

El padre Sargeant asintió.

—En nombre de Jesús —dijo con una voz firme que fue elevándose más y más con cada frase — y de su madre, la inmaculada Virgen María, que aplastó la cabeza de la serpiente... —Alargó la mano, cogió el crucifijo y lo levantó—. ¡Dime la verdad!

Susan se sonrió.

—«“Y ¿qué es la verdad?”, preguntó Pilatos...»[6] —Pero, bajo ese tono de burla, la voz le

temblaba de pánico.

—¿Quién eres? —gritó implacablemente Gregory—. ¿Qué tipo de criatura eres? ¿Cómo te llamas?

—Basta —imploró Susan—, basta...

—¡QUE ME DIGAS CÓMO TE LLAMAS!

—Basta... basta... —La muchacha puso los ojos en blanco; su pecho y su vientre empezaron a subir y bajar entre convulsiones; tenía la ropa pegada al cuerpo por el sudor.

—¡TU NOMBRE!

—Se lo diré... Le diré mi nombre.

—PERO ESTA VEZ... ESTA VEZ QUIERO LA VERDAD.

—La verdad... Claro..., le diré la verdad. —Sacó la lengua reseca y trató de pasársela por los labios agrietados—. Soy... —Soltó un suspiro y la voz se le quebró.

—Agua —susurró el obispo—. Traedle agua.

La señora Farley echó un rápido vistazo al cuarto; pero, como se habían llevado todos los objetos que pudieran romperse, no encontró ninguna jarra o garrafa. Salió como una exhalación al cuarto de baño de al lado.

Mientras el ama de llaves llenaba de agua el vaso para los cepillos de dientes, Gregory le dijo a la muchacha:

—Si me mientes otra vez, si en esta ocasión no me dices la verdad, sufrirás las consecuencias. ¿Me entiendes? Me aseguraré de que sufras las consecuencias...

La señora Farley volvió con el vaso de agua y se lo acercó a la niña.

—Suficiente —dijo el obispo.

—No, quiero más, más —suplicó la niña, atragantándose. Bebía con tal desesperación que el agua empezó a caerle por la cara y el cuello y a derramarse por la ropa ya de por sí empapada hasta llegar a los muelles del somier y, finalmente, al suelo. Se acabó el vaso.

—Ahora —insistió Gregory—, dime de una vez quién eres. Dime cómo te llamas.

—Soy... —La voz de la niña era tan débil que tuvieron que agacharse para poder escucharla—. Se me conoce por muchos nombres. El hijo de la mañana. El portador de la luz. El príncipe de las tinieblas. El enemigo. El adversario. Lucifer. Satán. *Diabolus*. El Diablo.

Gregory se volvió hacia el obispo, y este creyó ver en su rostro una expresión de orgullo. O ¿se trataba otra cosa? ¿Incredulidad, tal vez? ¿Desdén? ¿O la mera histeria del combate que estaba librando?

De pronto empezaron a oírse jadeos y arcadas. Cuando se volvieron, pudieron contemplar con repugnancia y lástima cómo la niña empezaba a vomitar copiosamente. Su cuerpo se veía sacudido por los espasmos, se le habían agarrotado las manos y los pies, y por la boca le salía a chorros una sustancia pestilente que la empapaba, salpicaba la pared y resbalaba por ella formando hilillos viscosos.

IX. EL INFIERNO ES UN LUGAR TENEBROSO



El rey estaba decidido a resistir. Lanzaba gritos desafiantes a sus adversarios exhaustos y, al retroceder, sentía cómo las piedras rugosas del castillo le arañaban los hombros de la armadura. De fondo solo se oían los gritos y el fragor de la contienda. Aunque la cabeza le daba vueltas, era capaz de vislumbrar las terribles consecuencias que tendría rendirse: la capitulación, hincar la rodilla ante el joven pretendiente para besar el suelo, verse obligado a padecer el escarnio de la chusma, la degradación y la terrible vergüenza. No, rendirse no era una opción. Prefería la muerte...

(Gregory se removía inquieto. Parecía estar inmerso en uno de esos sueños reales, intensos y cinematográficos que con tanta frecuencia tenía. Unas veces eran increíblemente bellos y otras aterradores; su significado en ocasiones era evidente, aunque por lo general le resultaban enigmáticos e incluso descabellados; a menudo no eran más que pastiches absurdos, más propios de un erudito que de un sacerdote, tejidos con ecos de alguna pieza teatral y retazos de obras literarias, entre las cuales solían destacar la Biblia y las tragedias de Shakespeare...)

El rey levantó un brazo cansado para protegerse con el escudo. «Ponte en guardia, Macduff», dijo con una sonrisa serena. Y a continuación, con los dientes apretados, susurró las que serían sus últimas palabras: «Y que la maldición caiga sobre quien primero diga “¡basta!”».[7]

En cuanto pronunció la última sílaba, se lanzó sobre el acechante Macduff y lo obligó a salir al balcón. El rey agarró el sable con las dos manos y lo blandió con fiereza, describiendo unos arcos amplios y letales. La hoja silbaba al rasgar el aire.

Macduff evitó hábilmente los espadazos y esperó a que le llegara su oportunidad. Por fin la vio: el rey, enloquecido, echó los brazos atrás para asestar un fuerte golpe y quedó desprotegido. Macduff le clavó la espada en las tripas. Gregory soltó un aullido; el sable se le cayó al suelo con un enorme estruendo. Macduff sacó levemente la espada de su cuerpo y la retorció con saña mientras el rey exhalaba un lamento de dolor.

Con la visión borrosa, Gregory pudo ver a su enemigo levantar la espada para darle el golpe de gracia. Apuntó al cuello del monarca: pretendía segarle la cabeza de un solo tajo. La espada zumbó en el aire...

Gregory tenía delante a las tres brujas: esas criaturas del mundo antiguo con las que ya se había encontrado dos veces cuyas confusas profecías habían causado su defenestración. Estaban

rodeadas por la oscuridad y sus cuerpos desnudos, enjutos y luminosos resplandecían entre las sombras. Sonreían, se confundían unas con otras y, en un determinado momento, empezaron a cambiar de forma hasta que se fundieron en una sola presencia que saludó a Gregory con una mueca silenciosa.

El ente le tendió la mano. Gregory se sintió impelido a cogerla. Fue conducido a través de un páramo reseco. A lo lejos se oía un lamento, como un montón de gaitas sonando al mismo tiempo. A medida que se acercaba al origen de aquel estruendo, Gregory se dio cuenta de que en realidad se trataba de una mezcla de sollozos y gritos humanos. Algunos empezaban muy bajo —eran apenas un gruñido que provenía de las entrañas— e iban subiendo de intensidad en un tortuoso *crescendo* que terminaba en un chillido desgarrador. Otros eran poco más que gemidos inquietos y febriles. El más espantoso era el grito atronador y constante de una mujer que solo se interrumpía para tomar aire y poder seguir con ese lamento espantosamente regular y tenaz.

Cuando la niebla se disipó momentáneamente, Gregory vio a la mujer y se detuvo. Estaba sentada en un trono, completamente desnuda, y sus carnes rollizas refulgían bajo aquel resplandor de color rojizo. En la cabeza llevaba una corona, en las manos sujetaba dos mazas y sobre su regazo reposaba un cetro real. Era su mujer, la reina. El cetro, las mazas y la corona estaban candentes.

Con una reverencia burlesca, el espectro que acompañaba a Gregory le señaló un trono situado al lado de la mujer. «¡Salve, Macbeth! —dijo, riéndose entre dientes—. ¡Salve a ti, que serás rey!»[8]

De camino al trono, Gregory se tropezó. Miró al suelo y vio a Banquo tendido en el páramo y envuelto en la niebla. De su rostro se había borrado esa expresión de astucia que conocía tan bien: esa media sonrisa y esos ojos entornados con los que se había aproximado a él tras la muerte del rey Duncan. ¿Qué fue lo que le había susurrado entonces? «Ahora ya eres rey, Glamis y Cawdor, todo, como las brujas prometían.»[9] Después había bajado la voz y le había dicho con un gruñido: «Y me temo que no has jugado limpio para conseguirlo».[10] Gregory se había quedado pálido y se había llevado la mano a la espada, pero Banquo —después de mirar a izquierda y derecha— había desaparecido. «Si hablaron con verdad, ¿por qué no ha de ocurrir lo mismo también con mis oráculos para darme esperanza?»[11] Gregory había decidido en aquel momento que Banquo debía morir. Y ahí estaba ahora, mirando a quien lo había apuñalado y gimiendo de dolor y sorpresa. Asesino y víctima se miraron el uno al otro y por primera vez repararon en la verdad más terrible de la condenación de las almas: que no hay diferencia entre quien comete una maldad y quien desea en lo más profundo de su corazón que esa maldad sea cometida.

Con una voz cavernosa, Banquo susurró: «Es extraño. —Y, con una mezcla de perplejidad y repentina lucidez, añadió—: A veces, para llevarnos seducidos a la perdición, los instrumentos de lo oscuro dicen la verdad, nos cautivan con juegos inocentes para traicionarnos de una manera irreparable».[12]

Una nube amarillenta de azufre se cernió entonces en torno a Banquo, que empezó a ahogarse. Gregory ya no podía verlo, porque el infierno (tal y como había dicho su propia esposa en un instante de revelación) es un lugar tenebroso...

Gregory se despertó de repente, empapado en sudor, gritando palabras ininteligibles y tratando de dar respuesta a unas preguntas que nadie le había formulado en el mundo de la vigilia.

Estaba completamente vestido, en la casa parroquial, sentado en una butaca del salón. Por fin

se acordó de lo que había pasado. Monseñor y él habían decidido detener el exorcismo que llevaban celebrando toda la noche y hacer una pequeña pausa. Mientras la señora Farley preparaba un desayuno frugal, Gregory se había sentado en la butaca del salón para descansar unos minutos. Había cerrado los ojos y...

¿Qué podría significar ese sueño? La idea de que alguien pudiese ser condenado por un acto que no había cometido era ridícula y no tenía el menor fundamento teológico. Entonces, ¿por qué lo había soñado? Esa pequeña cabezada no le había servido para recuperar fuerzas. Echó un vistazo al reloj: eran casi las ocho de la mañana. Hizo un esfuerzo para levantarse y, con la cabeza llena de dudas, se dirigió trabajosamente al comedor.

X. NO PRETENDAS SABER MÁS



El cielo parecía una ventana sucia, cubierta por una capa gris de mugre que no dejaba pasar un solo rayo de sol. Cuando la señora Farley abrió las cortinas, una luz plomiza entró en el comedor.

—Miren —farfulló el ama de llaves mientras negaba con la cabeza—. Ni una sola nube en una semana y fíjense cómo está ahora. Y eso que el pronóstico decía que iba a seguir el buen tiempo. —De la iglesia llegaron los murmullos de la primera misa de la mañana—. Y además en domingo.

—Ah, es cierto —dijo Gregory—. No había caído en la cuenta de que hoy es *domingo*. —Se pasó la mano por el rostro demacrado e hirsuto—. A ver qué tal le va al ayudante del padre Stefanski.

—Pues, a juzgar por el revuelo que se oye en la iglesia —dijo el obispo, sirviéndose una taza de café—, parece que muy bien. No te preocupes por eso.

La señora Farley destapó una fuente llena de tostadas con mantequilla.

—Venga, al ataque —dijo.

—Yo prefiero seguir con el café —aclaró Gregory, que aún seguía dándole vueltas al sueño que había tenido.

—Se ha pasado la noche entera a base de café, padre —le advirtió con seriedad la señora Farley—. Si no come algo, me va a tocar a mí cuidarlo cuando se ponga malo.

—No es mala idea —admitió el obispo, que bendijo rápidamente la mesa y cogió una tostada.

Gregory empezó a jugar con una rebanada de pan y un segundo después ya la estaba devorando.

—Puedo hacerles unos huevos revueltos en un periquete si les apetece —dijo la señora Farley.

—No hace falta, de verdad —contestó Gregory.

—Los huevos no son lo mío —puntualizó el obispo—, pero no le haría ascos a un poquito de mermelada...

La señora Farley asintió y se dirigió a la cocina.

—¿Cuántas veces hemos repetido el ritual? —preguntó Gregory—. He perdido la cuenta.

—Yo diría que seis —respondió el obispo—. Seis veces de principio a fin, claro. No cuento las veces que la niña nos ha interrumpido y hemos tenido que volver a empezar.

—¿Cuánto cree que podemos tardar?

El obispo se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea. En el caso que nos ha contado la señora Farley fueron diez días. Y sé de otro en el que tardaron veintitrés.

—¡Veintitrés días, qué barbaridad!

El obispo asintió.

—Sí, fue en Earlig, Iowa, en 1928. Se enfrentaban a un adversario muy duro. Y nosotros también. —Mientras pronunciaba estas palabras, el obispo levantó la cabeza para mirar al párroco, pero Gregory no le contestó—. ¿Sigues teniendo dudas? ¿Sigues teniendo dudas aun después de que nos haya dicho su nombre?

—Sigo...

La señora Farley volvió al comedor con varios tarros de mermelada.

—Tienen de fresa, de ciruela y, por supuesto, también de albaricoque —dijo, dejándolos todos encima de la mesa.

—Gracias —dijo el obispo.

El ama de llaves volvió a la cocina.

—Sigo reservándome mi opinión —prosiguió Gregory—. Los labios que pronunciaron ese nombre eran los labios de un ser humano.

—Sí, pero era *él* quien los movía, como si fueran los de una marioneta que se limita a repetir sus palabras.

—Tal vez. Pero cabe también la posibilidad de que fueran las palabras de la propia niña. Todos esos nombres de Satanás... Puede haberlos leído en cualquier parte. Le encantan los libros.

—¿Y las obscenidades?

La niña no había tardado mucho en empezar a soltar una verdadera sarta de obscenidades. Al principio no eran más que epítetos, pero a medida que el suplicio alcanzaba cotas cada vez más insoportables, se fueron convirtiendo en insinuaciones; unas insinuaciones tan repugnantes y retorcidas que Gregory y el obispo se vieron obligados a pedirle a la señora Farley que saliera del cuarto.

—¿De qué libro las habrá sacado? —añadió el obispo.

—Pues no le quepa la menor duda de que hay libros así —respondió Gregory—. O podría haberlas sacado también de cualquiera de las docenas de pintadas que hay de aquí a su casa, todas ellas ilustradas con imágenes bien explícitas por si hubiese algo que no comprendiera. Y, en cuanto a la forma un tanto grandilocuente de hablar... Me temo que es el lenguaje propio de nuestra época y que se lo puede uno encontrar en cualquier novela histórica barata o en cualquier película de aventuras. O puede que lo haya aprendido de la televisión.

—Pero ¿por qué?

—Eso ya no lo sé. —Gregory se encogió de hombros y se retrepó en la silla—. ¿Por qué en Salem fingieron sufrir convulsiones todas esas jovencitas histéricas? ¿Por qué acusaron a una pobre viuda de haberlas hechizado para después echarse atrás cuando ya era demasiado tarde y la pobre mujer había quedado reducida a un amasijo de carne chamuscada en la hoguera? Y ¿por qué reconocían después que habían mentido y que todo era producto de su imaginación? Tampoco sé cuál es la respuesta a esas preguntas. Pero algo me dice que es una buena manera de llamar la atención.

—Entonces, según tú, esta niña...

—Lo único que digo es que, por el momento, me reservo la opinión. Como usted sabe, no soy yo el único que necesitaba ver pruebas sólidas y palpables para creer. «Si no veo en tus manos la señal de los clavos y meto mi dedo en el lugar de los clavos y mi mano en tu costado, no creeré.» Y el Señor no tuvo inconveniente en ofrecerle a ese descreído las pruebas que necesitaba. «Luego le dijo a Tomás: “Acerca aquí tu dedo y mira mis manos, y tiende tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel”.»»

—Sí —dijo el obispo, sirviéndose otra taza de café—. Una cita muy bien traída, pero ¿por qué te dejas el final? «Jesús le dijo: “Porque me has visto has creído; dichosos los que sin ver creyeron”.»»

—De acuerdo —replicó Gregory mientras se levantaba y se acercaba a la ventana—, dichosos sean. Pero lo cierto es que a Tomás no se le negaron esas pruebas. Tampoco se le negó la santidad. Y, sin embargo, era un escéptico. Mientras los demás creyeron a pies juntillas lo que se les decía, él dudó. Yo personalmente lo admiro. De todos los apóstoles y santos, él es mi favorito. Y siento cierta afinidad con él.

—Eso está muy bien —dijo el obispo—. Siempre y cuando, claro, no te creas que eres igual que él. Para Dios, no todo el mundo es digno de merecer una prueba física, Gregory. No cometas el error de sobrestimarte. No te pongas a la misma altura que los apóstoles. Sería un disparate. Los apóstoles son una cosa y tú y yo otra completamente diferente.

—¿De verdad? —Gregory apartó los ojos de la ventana, se volvió y repitió con sarcasmo las palabras que había pronunciado el obispo—: ¿Tanto han cambiado las cosas? ¿Ha cambiado el amor, el odio, el miedo, la compasión, nuestra idea de lo que es justo o injusto, nuestro sentido del bien y del mal? ¿Ha cambiado Dios?

El obispo dejó la taza en el plato con mucho cuidado.

—*Touché*, Gregory —dijo—. Has ganado este asalto.

La señora Barlow se dijo al salir de misa que las cosas estaban empezando a pasar de castaño oscuro. Nada —ni las miradas de admiración y envidia que había despertado su nuevo conjunto entre los feligreses ni la tranquilidad que le daba saberse la mujer más guapa de la parroquia— conseguía distraerla de las perturbadoras noticias que a través de diversas fuentes le estaban llegando esos últimos días. Primero fue lo que le habían contado, hacía ya semanas, los Dunham. Luego, lo que le habían dicho esa misma mañana los Chandler. Por no hablar, claro, de lo que había ocurrido la noche anterior con la cena. Y ahora *esto*...

Un sacerdote jovencísimo y muy nervioso se había presentado en la parroquia para sustituir al padre Sargeant. Y sin el menor aviso. A la señora Barlow no le gustaban nada las sorpresas. Ella llevaba una vida ordenada y era incapaz de comprender por qué no podían llevar los demás también una vida así. Esa era la razón de que la respetasen; sus dotes de disciplina y organización eran lo que la había convertido en un pilar de esa comunidad. Se sentía, por tanto, obligada a tomar cartas en ese asunto. Era lo que se esperaba de ella. Le pidió —mejor dicho, le exigió— a su marido que se fuera a casa; ella no tardaría mucho en volver.

A continuación, se fue directamente a la puerta de la casa parroquial y llamó al timbre.

La señora Farley le abrió la puerta.

—Ah, buenos días, señora Barlow.

—Buenos días. ¿Está el padre Sargeant?

—Sí, pero ahora mismo no puede recibir a nadie —respondió la señora Farley, ateniéndose a las instrucciones que le habían dado.

—Espero que no haya caído enfermo.

—No, no. Está bien, pero...

—Verá —la interrumpió la señora Barlow—, estamos todos muy preocupados por él. ¿Sería tan amable de decirle que me gustaría verlo?

—Es que el padre me ha dicho...

—Por favor, dígame que estoy aquí.

Se había dictado una orden y a la señora Farley no le quedó otro remedio que obedecer.

—De acuerdo... Pase a la sala de estar, por favor.

La señora Barlow consiguió que le franquearan el acceso a la casa.

Una vez sola, echó un vistazo a la sala de estar con la mirada de un detective que intenta retener todos los detalles por si descubre alguna prueba incriminatoria. Gregory no tardó en aparecer.

—Buenos días, señora Barlow —dijo—. Siéntese, por favor.

—Gracias, padre —respondió ella, y se sentó en una de las sillas más duras, con la espalda recta y los tobillos remilgadamente cruzados—. Mire, acabo de salir de misa. Me ha chocado mucho encontrar a otro sacerdote oficiándola. Y, claro, me ha dado por pensar que igual le había pasado a usted algo.

—No, no, puede estar tranquila —le aseguró Gregory—. Le agradezco mucho el interés.

Después de un silencio bastante incómodo —la señora Barlow le había dado a Gregory la oportunidad de explicarse y la respuesta no había estado a la altura de sus expectativas— la invitada añadió:

—A todo el mundo le ha extrañado no verlo esta mañana en misa, padre. Muchos de nuestros amigos se habían enterado de que anoche lo esperábamos para cenar y me han preguntado si sabía por qué no celebraba usted la misa. No he sabido qué responderles y hemos pensado que debía de estar usted enfermo. ¿Está seguro de que se encuentra usted bien? No tiene muy buena cara.

—Estoy perfectamente, señora Barlow —dijo Gregory, pasándose la mano con cierta aprensión por la cara sin afeitarse—. Solo un poco cansado. A la señora Farley debió de olvidársele decir que me han encomendado una tarea especial, he recibido una especie de orden que me impedirá celebrar la misa los próximos días.

—Me imagino —dijo la señora Barlow con una sonrisa benevolente y una delicadeza cautivadora— que debe de ser una tarea muy exigente para obligarle a velar toda la noche.

—Sí, yo... —Gregory se dio cuenta, ya demasiado tarde, de que había caído en una trampa.

—Da la casualidad de que unos conocidos míos también estuvieron por ahí hasta las tantas. De hecho, no volvieron a casa hasta las tres de la mañana. Los Chandler, ¿los conoce?

—Sí, claro.

—Al parecer, vieron las luces de la casa parroquial encendidas.

—Pues sí, es verdad que estaban encendidas —respondió Gregory, tratando de no darle demasiada importancia.

—También me dijeron, aunque eso ya me cuesta mucho más creerlo...

—Dígame.

La señora Barlow hizo un gesto de contrariedad con las manos y los hombros.

—Que oyeron una serie de ruidos. Ruidos impropios de una casa parroquial. Risas, risas de mujer, gritos desaforados, cosas que se rompían, como vasos y botellas...

—Ah, ¿sí?

—Según ellos, sonaba a... —sonrió educadamente—, a fiesta desenfadada.

Gregory soltó la misma risa educada que la señora Barlow.

—Puedo garantizarle que ayer no hubo aquí ninguna fiesta —aseguró el párroco—. Ni desenfadada ni de ningún otro tipo.

—Comprendo. —La señora Barlow bajó la cabeza y frunció el ceño mientras contemplaba sus guantes de cabritilla.

El párroco oyó unos pasos en el piso de arriba. El obispo debía de estar impaciente por reanudar el exorcismo.

—¿Puedo hacer algo más por usted, señora Barlow?

—Sí, solo una cosa —contestó ella en un tono más directo—. Creo que debería saber que tengo buenos amigos, amigos bastante influyentes, y que no todos viven en esta parroquia.

—Lo siento, pero creo que no la entiendo.

—¿Se acuerda usted de la familia Dunham?

—Los Dunham... —El apellido le sonaba y, cuando por fin supo de qué, la desesperación se apoderó del sacerdote—. De San Francisco...

—Efectivamente, de su antigua parroquia. —El puñal estaba ya en la espalda del párroco. Incapaz de ocultar su satisfacción, la señora Barlow no pudo evitar clavárselo un poco más—: En definitiva, padre, que la razón de su traslado puede considerarse ya un secreto a voces.

Del piso de arriba llegaron unos ruidos más fuertes. Quizá tuvieran algunas dificultades para controlar a la muchacha. A Gregory le resultaba muy difícil prestar atención a lo que le estaba diciendo la señora Barlow.

—Aquí se respetaba mucho al padre Halloran —decía en ese momento—. A cualquiera le costaría mucho llenar el hueco que ha dejado. Mire, padre Sargeant, la gente de esta parroquia es muy tolerante, yo la que más, y no nos importa pasar por alto de vez en cuando algún desliz. Pero, cuando la persona que ha sustituido al párroco se ve obligada a solicitar que le manden a otro sustituto porque ha recibido unas «órdenes especiales», cuando empiezan a circular rumores sobre fiestas desenfadadas en la casa parroquial, cuando además me lo encuentro sin afeitarse y sin decir misa un domingo por la mañana, pues qué quiere que le diga, lo primero que...

—¡Mierda!

El grito, alto, claro y pronunciado por una inconfundible voz de mujer, atravesó los muros y el techo y llegó hasta la sala de estar, seguido por una salva de risas obscenas.

Gregory notó que las manos empezaban a sudarle. La señora Barlow se quedó petrificada.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó finalmente.

—Nada...

—¿Qué ha sido? ¿Quién ha sido?

—Por favor —dijo Gregory—, le ruego que no saque conclusiones precipitadas. Es una persona a la que estoy tratando de ayudar, una persona que...

—Los gritos venían del piso de arriba.

—Sí, lo sé, pero...

—¿A quién tiene en el piso de arriba, padre?

Gregory guardó silencio.

—Acabo de hacerle una pregunta, padre. Y, como líder de esta comunidad, y más aún teniendo en cuenta lo que sabemos de su pasado en San Francisco, le exijo que me dé una explicación. *¡Quién es la mujer que tiene en el piso de arriba!*

—Me obliga usted —contestó Gregory cansado—, señora Barlow, a decirle que no es de su incumbencia.

—Que no es... —Un bofetón no podría haberla indignado más—. Muy bien, padre —dijo por fin—, ya veo que no soy bien recibida en el harén que tiene usted montado aquí. —Se volvió y se dirigió rápidamente a la puerta. Pero antes de irse, lanzó una última advertencia—: Me aseguraré de que todo esto llegue a oídos del obispo Crimmings.

—Él...

Pero cuando Gregory empezó a hablar, la señora Barlow ya se había marchado.

El dormitorio de invitados despedía un poderoso olor a ácido fénico. Después del episodio de vómitos que había padecido Susan, la señora Farley había limpiado el cuarto a conciencia con desinfectante y productos químicos. También había aseado a Susan. En cuanto se desmayó de agotamiento, le quitó la ropa mojada y pringosa que tenía puesta, la tendió en la bañera del lavabo contiguo y le pasó la esponja por todo el cuerpo. A continuación, lavó su ropa y la colgó en la barra de la ducha. Todavía se encontraba allí, completamente empapada, y Susan —atada ya al lecho de Procusto— [13] estaba envuelta en una prenda que la señora Farley había improvisado con uno de sus vestidos de andar por casa y unos cuantos impermeables.

Según pudo ver Gregory al entrar en el dormitorio, el revuelo que se había producido durante la visita de la señora Barlow había sido pasajero, ya que la muchacha parecía calmada y respiraba con normalidad. El obispo le preguntó por la visita y Gregory le contó rápidamente lo ocurrido.

Al ver la cara de preocupación del párroco, su superior intentó quitar hierro a las escabrosas insinuaciones que había hecho la señora Barlow.

—Ya verás cuando se entere de que somos cómplices —dijo.

Pero Gregory no podía dejar de pensar en ese escándalo de su pasado que creía haber dejado atrás.

—Que podría empezar de cero en una parroquia donde no me conociera nadie... ¿No fue eso lo que me dijo usted? —preguntó con ojos suplicantes al obispo—. ¿Qué voy a hacer ahora?

—Lo mismo que todos, hijo —le contestó el obispo con cariño—. Ir poco a poco, día a día, enfrentarte a las adversidades según te van llegando y resolverlas. Según te van llegando: eso es lo más importante. Y lo primero es lo primero. La señora Barlow puede esperar. Ahora tenemos un asunto mucho más urgente entre manos.

—Pues manos a la obra —dijo Gregory con diligencia, pero sin entusiasmo.

Las velas ceremoniales se habían consumido casi por completo. Las estalactitas de cera colgaban de ellas formando extraños dibujos. El párroco volvió a encenderlas. La señora Farley entró en el dormitorio para correr las cortinas, pero Gregory le dijo:

—De día no hace falta que las eche. A ver si nos entra algo de luz, aunque hoy apenas ha salido el sol.

La señora Farley asintió.

—Sí, va a caer una buena —dijo señalando con la cabeza el cielo encapotado.

Gregory cogió el *Rituale Romanum*, se puso al lado de Susan y empezó a leer con calma. Cuando llegó al fragmento que decía: «Líbranos de la tiranía del Demonio con una gran demostración de poder», Susan abrió los ojos.

—«Con una gran demostración de poder» —dijo—. Me pregunto qué tipo de demostración será esa. ¿Un coro de ángeles cantando himnos celestiales? ¿Un batallón de arpas tocando los más divinos arpegios? ¿O tal vez un espectáculo de fuegos artificiales con destellos rojizos en el cielo y explosiones en el aire? —Se echó a reír con sorna.

Gregory volvió a empezar, pero solo pudo llegar hasta «Prende al dragón...».

—No hace falta que siga —gruñó la muchacha malévolamente—. Me lo sé de memoria. Y no me extraña, porque llevo toda la noche escuchándolo. «Prende al dragón, esa serpiente antigua que es Satán...» ¿De verdad me parezco a una serpiente vieja? ¡Mentiras y alucinaciones! ¡Fábulas y mitos!

—«Prende al dragón, esa serpiente antigua que es Satán, y arrójalo encadenado al abismo para que no vuelva jamás a seducir a las naciones.»

—¿A las naciones? —Se rió con lascivia—. ¡Embustero! ¡Lo que le preocupa es que lo seduzca a usted, no a las naciones!

Gregory siguió leyendo sin prestar la menor atención a las interrupciones de Susan. Leía deprisa y se santiguaba inmediatamente cada vez que aparecía un fragmento marcado con una cruz de color rojo. Las palabras del párroco se mezclaban con las risas cada vez más sonoras de la muchacha y con los truenos que habían empezado a resonar en la distancia, como contrapunto a los primeros relámpagos de la tormenta que se avecinaba. En esa ocasión, solo pudo llegar hasta «Te lo manda la sangre de los mártires y la piadosa intercesión de los santos».

—¿A mí no me manda nadie! —se desgañitó la niña.

Gregory, ansioso por terminar, continuó con el ritual. Cuando llegó al final, la niña le dijo con desdén:

—Y ¿se supone que esta monserga tiene que darme miedo?

El párroco cogió el crucifijo.

—¿Y esto? —dijo—. ¿No te da miedo esto? —Extendió la mano y le acercó el crucifijo a la cara.

—¡Apártelo de mí! —gritó la muchacha.

Gregory lo apartó. Cuando Susan volvió a hablar, parte de su arrogancia había desaparecido.

—Los curas están dispuestos a cualquier cosa. ¿Cuándo va a sacar los hierros candentes y las tenazas? Supongo que es el siguiente paso.

—No me hacen falta —respondió Gregory—. Tengo esto.

—No me lo acerque más.

—No lo haré, a menos que me obligues.

—¿Qué es lo que quiere saber? —preguntó la muchacha con sequedad—. Ya le he dicho cómo me llamo.

—Sí —contestó Gregory—, y pocas horas después lo has negado. Pero, si de verdad eres Satanás, me gustaría saber por qué estás atormentando a esta niña.

—¿Es usted quien la atormenta!

—¡Contéstame!

—Está bien... No veo razón para no contárselo —dijo entre dientes—. La he poseído para obligarla a que se suicide.

—¿Por qué?

—Porque, si la desesperación la lleva a suicidarse, se convertirá en un alma condenada y será mía para siempre. Mía y de él.

—¿De quién?

—Y habitará conmigo toda la eternidad en el gran fuego que no da luz, conmigo y con quien la maldijo.

—¿Quién la maldijo?

—Aquel que me convocó con una terrible maldición, aquel que pronunció de corazón la siguiente imprecación: «Vete al infierno; que el Demonio te lleve; maldita seas, ojalá ardas en el infierno».

Gregory alcanzó una silla y se sentó.

—¿Quién dijo eso? ¿Y por qué?

—Ah —la muchacha empezó a arrastrar las palabras con picardía—, pues bien podría haber sido usted. Piénselo, padre. Mire a la jovencita indefensa que tiene ahí a su lado, tendida en la cama. ¿No ve lo preciosa que es? ¿No ve lo sonrosadas, tersas y turgentes que son sus carnes? ¿No dice usted que es un hombre? Pues imagine, si de verdad lo es, que se queda usted a solas con ella (no ha tenido todavía ocasión, ¿verdad?), imagine que es usted una figura de autoridad a la que ella respeta (usted mismo *encarna* esa figura, ¿no es cierto?), y suponga que un día decide mostrarle lo prendado que está de ella y lo mucho que la quiere. ¿Comprende?

—Sí, perfectamente —contestó Gregory—. Continúa.

—Pero resulta que ella lo rechaza —prosiguió la criatura de la cama—, que se resiste y frustra todos sus avances. Una y otra vez. Usted va guardándose dentro todo lo que siente por ella hasta que se convierte en un géiser a punto de entrar en erupción. Y por un instante parece que lo va a conseguir, que va a vencer la resistencia de la joven por medio de la simple fuerza física; pero al final la muchacha se las arregla para seguir teniéndolo a usted a raya. ¿Me sigue?

—Sí, sí...

—Pues bien —concluyó—, ¿no se sentiría tentado a maldecirla en una tesitura así incluso usted, padre? ¿No le llevaría la frustración a desear que su alma ardiera en el infierno?

—¿Quién fue? —preguntó Gregory—. ¿Quién intentó violarte?

—¿A mí?

—Está bien, a ella —admitió el párroco con impaciencia—. ¿Quién intentó violarla a ella?

—Ah —dijo la muchacha—, qué ansioso es usted. Le respondo a una pregunta y ya me está haciendo la siguiente. Hasta los inquisidores eran más considerados que usted, padre. Ellos dejaban descansar a sus víctimas, al menos un rato, una vez habían quedado satisfechos.

Gregory tenía los nervios destrozados por la falta de sueño y las evasivas de la niña empezaban a actuar sobre ellos como papel de lija. Respiró hondo y, tratando de conservar la compostura, dijo:

—Responde a la pregunta que te he hecho.

La niña siguió jugando con él.

—Y ¿qué pasa si no quiero?

Un relámpago cayó muy cerca e iluminó el rostro lívido de Gregory mientras gritaba:

—¡Responde a la pregunta!

—No tiene ni idea de lo que me está preguntando.

Un trueno, aún lejano, envolvió la casa parroquial con su estallido funesto.

—Dime quién intentó violarte.

—¡No me obligue a responder!

—¡Contéstame!

—¡Haré lo que me pida! ¡Lo que sea! Escuche, le dejaré que...

—¡Basta de tonterías!

—Le va a gustar...

—¡Quién fue!

—La respuesta a esta pregunta, sin embargo, no va a gustarle nada. Créame, no le va a hacer la menor gracia.

—¡Me da igual! ¡Dime quién fue!

—Confórmese con lo que sabe.

Ante los ojos de Gregory volvieron a aparecerse otra vez las tres brujas^[14]: lo que Susan había dicho tenía un inquietante parecido con lo que aquellos espectros le dijeron a otro interrogador igual de persistente cuando siguió preguntándoles: «No pretendas saber más».

Los relámpagos inundaron el dormitorio con un siniestro resplandor de color azulado.

—En el nombre de Dios y de la Virgen María —dijo Gregory a voz en grito—, *¡dímelo!*

—Y qué pasa si le digo que fue... —con su rugido ensordecedor, un trueno partió la frase en dos— el padre Halloran.

—*¡Mentira!* —exclamó el obispo justo cuando la lluvia empezaba a azotar las ventanas. Al principio no se oía más que un leve goteo, pero enseguida se convirtió en un intenso zumbido y, finalmente, en un ruido implacable e insistente.

XI. EL RUMOR DE LA CALUMNIA



El teniente de la policía Frank Berardi contempló con cansancio el rostro demacrado del hombre que estaba sentado al otro lado del escritorio.

—Venga, Talbot —dijo por fin—. ¿Por qué no te vas a casa y te pones a imprimir unos cuantos panfletos más?

Talbot abrió sus ojos chispeantes de par en par y elevó el tono de voz teatralmente.

—Porque el momento de las palabras ha pasado. Ha llegado el momento de actuar.

—No pretenderá que me crea la sarta de majaderías que acaba de entregarme, ¿verdad? Además, yo trabajo en el Departamento de Homicidios. A quien necesita es al teniente Kaplan, de Antivicio. Está al final del pasillo.

—Ya he hablado con él —contestó Talbot—. Me ha dicho que, si hay muertos, es un asunto de Homicidios.

El teniente Berardi se echó a reír.

—Se las sabe todas el viejo Kaplan.

—Sí, esa gente es muy lista —dijo Talbot para tratar de establecer un vínculo de complicidad cristiana con Berardi. La respuesta que se encontró, sin embargo, fue bastante fría.

—Esa gente, ¿eh? —repitió Berardi—. Me da a mí que siente usted el mismo desprecio por los Kaplan de este mundo que por los Berardi, ¿me equivoco? De hecho, tengo la sensación de que a usted no le gusta nada, ¿verdad que no, Talbot?

Los labios de Talbot se convirtieron en una finísima línea con los bordes pálidos.

—Ya sabía yo que me iba a dar usted problemas, teniente. Lo único que le interesa es perseguirme a mí y proteger a sus amigotes católicos.

—Escuche. He detenido a un montón de católicos, he testificado contra ellos y los he mandado a la silla eléctrica...

—Sí, claro. A seglares. Pero ¿qué me dice de los sacerdotes? ¿Ha detenido alguna vez a un sacerdote católico? —Talbot se recostó en la silla con el aire satisfecho de quien se cree ganador.

—No —respondió Berardi en voz baja—. Ahora que lo dice, es verdad que no he detenido nunca a un sacerdote. Ni a un rabino. Ni a un pastor protestante. Por alguna extraña razón, los sacerdotes son tan rematadamente hábiles borrando sus huellas que, cuando matan a tiros al dependiente de una gasolinera o envenenan a sus madres, nunca consigo pillarlos. Me toman el

pelo constantemente.

—Vale, riase de mí si quiere —dijo Talbot con condescendencia—. No se corte. Pero cuando por fin se destape lo que está pasando en esa casa parroquial y se revele como el nido de vicio que realmente es, cuando salgan a la luz las orgías que se celebran allí y se descubra que esos sacerdotes pervertidos torturan a niñas inocentes hasta que mueren de forma espantosa o acceden a participar en las abyecciones más enfermizas...

—Anda, venga ya.

—Y cuando se sepa que usted conocía los hechos desde el principio y se *negó* a investigarlos porque no es más que un esbirro del Vaticano...

Berardi se inclinó sobre el escritorio.

—Se lo advierto, Talbot —dijo—. Hemos recibido docenas de denuncias sobre usted, hemos visto la bazofia que imprime y distribuye. Hasta ahora hemos hecho la vista gorda porque le ampara el derecho a la libertad de expresión. Los panfletos sobre *La amenaza imperial del Vaticano* o *La conspiración católica internacional* son una cosa... pero más vale que se ande con ojo.

—¿Me está amenazando, Berardi?

—Le estoy advirtiendo. Ándese con ojo. Procure no pasarse de la raya, no vaya a ser que cometa usted un delito.

Talbot se levantó.

—¿Se niega entonces a intervenir?

—Las capta usted al vuelo.

—Está bien, como quiera. Cuando los poderes de la opresión y la tiranía conspiran para protegerse los unos a los otros...

—Oh, por el amor de Dios.

—Son los ciudadanos quienes deben dar un paso al frente.

Berardi se puso en pie.

—Los ciudadanos, ¿eh? Déjeme que le diga una cosa, amigo mío. Voy a vigilarlo como un halcón. Va a tener a mis hombres pisándole los talones las veinticuatro horas del día. Como de esa bocaza suya salga una sola incitación al desorden público, como se le ocurra escribir un solo panfleto difamando a alguien, será para mí un placer y un verdadero privilegio hacer que caiga sobre usted todo el peso de la ley. —Se aproximó un poco más a Talbot y, con un susurro de complicidad, añadió—: Y ¿quiere saber por qué? Pues porque tengo prejuicios contra todo lo que huele mal. Y usted huele fatal, Talbot, apesta. Su cabeza es un vertedero atestado de gusanos y me pone enfermo. Hágame un favor, ande. Lárguese antes de que me ponga a vomitar.

Mudo de ira, Talbot se marchó.

Berardi se reclinó en su silla giratoria.

—Nada menos que orgías en la parroquia de San Miguel —se dijo—. Qué barbaridad.

Talbot salió de la comisaría y empezó a andar bajo la tormenta, completamente ajeno a ella, incapaz de ver ni oír la tromba de agua que le calaba la ropa, los rayos que rasgaban el cielo o el estallido de los truenos. Se detuvo delante de la IMPRENTA ACME, «propiedad de John Talbot», accedió al lúgubre interior del local con una llave, se quitó el abrigo empapado y se dirigió a la trastienda en la que vivía.

En las paredes no se veía ni una sola foto, ni siquiera un calendario. Todo el mobiliario estaba

compuesto por un sofá cama, una butaca vieja, una silla de cocina y una mesa desvencijada. Encima de la mesa había una cocina eléctrica con dos placas y, en una de ellas, una cafetera de porcelana azul. Talbot la encendió y, mientras se hacía el café, volvió a la imprenta y se puso a rebuscar en un archivador metálico de color verde. Allí, cuidadosamente catalogadas, se encontraban las copias de toda su obra: unos cuantos panfletos pequeños de cuatro páginas y algunos pasquines de mayor tamaño impresos en papel sobrante de diferentes colores. Encontró uno de ellos —*Torquemada, el torturador católico*— y lo llevó a la prensa plana que empleaba para los trabajos más pequeños. Sus dedos volaban sobre los tipos mientras iba componiendo la plana para un nuevo pasquín. Las palabras se abrían como plantas venenosas en su cabeza y de allí pasaban directamente a los componedores; no le hacía ninguna falta ponerlo por escrito. De vez en cuando echaba un vistazo al *Torquemada* para consultar algo, elegía una frase y la reformulaba con sus ágiles dedos. El café empezó a salir en la trastienda. Se llevó hasta allí la plana que acababa de componer y, mientras bebía una taza y su avezado ojo de impresor iba dando la vuelta al texto invertido que tenía entre manos, se puso a leer su nueva obra:

RITOS SEXUALES CATÓLICOS

Todos los historiadores que no están en la nómina del Vaticano (como es el caso de tantos) saben que, antiguamente, los sacerdotes católicos no eran demasiado escrupulosos observando sus votos de castidad y a menudo tenían relaciones sexuales con mujeres. Cuando estas no accedían a sus caprichos, las amenazaban con algún castigo divino. Y, en la época en que los sacerdotes eran también torturadores profesionales, como el famoso inquisidor español Torquemada —a quien el papá Inocencio (¡nada menos!) VIII nombró gran inquisidor en el año 1487—, siempre tenían a su disposición el potro o el aplastapulgares para obligar a cambiar de opinión a las mujeres más reacias. Todos estos detalles están basados en hechos históricos probados y muy bien conocidos por todos.

Lo que no tanta gente sabe, sin embargo, es que estas prácticas sexuales siguen siendo hoy moneda corriente entre el clero. El autor de este panfleto ha sido amenazado con la cárcel si incurre en algún delito de difamación o incitación al desorden público y, por tanto, prefiere abstenerse de facilitar nombres. Ahora bien, ¿han oído ustedes alguna vez ruidos extraños en una casa parroquial? ¿Han oído ustedes alguna vez a horas intempestivas, mucho después de la medianoche, ruidos parecidos a los gritos desgarradores de una niña que agoniza? ¿Los han pasado por alto? ¿Por cuánto tiempo les dejará su conciencia seguir pasándolos por alto? No se mencionará aquí ninguna parroquia o ciudad concreta so pena de...

Talbot se acabó la taza de café. Con suerte, tal vez podría imprimir y empezar a distribuir los pasquines —¡maldita sea la tinta fresca!— en una hora. Mientras volvía a la parte delantera del local, intentó no olvidarse de que era necesario componer otra vez el título: tenía que aumentar el tamaño de la palabra «SEXUALES» y, por irónico que pareciese, resaltarla con los ringorringos medievales de la letra gótica.

—Como una cuba —estaba diciendo la señora Barlow por teléfono—. No, no se lo olí, se cuidó mucho de echarme el aliento encima, pero ¿qué otra explicación podría tener su

comportamiento? ¡Estaba sin afeitarse! ¡Como lo oyes! Y me mandó a freír espárragos. Bueno, después de todo... No te olvides de lo que nos han contado de su paso por San Francisco..., Sí... Sí, desde luego que sí... Eso es lo que tengo pensado *hacer*. Eso *haré*. No te quepa la menor duda. Pero verás, querida, resulta que hay más. Es tan desagradable que no sé ni como contártelo... Bueno el caso es que había una mujer de por medio. No lo sé. Pero vamos, a juzgar por las lindezas que soltaba, tenía que ser una auténtica degenerada. Mira, soy incapaz de *repetir* lo que dijo... Bueno, querida, no veas el mal sabor de boca que me ha dejado...

Con su traslado al Orfanato del Ángel Custodio, el padre Halloran no había conseguido librarse del tiempo sofocante e impropio de la época que hacía. Su nuevo destino estaba a tan solo unas horas en coche de San Miguel y en los dos lugares reinaba el mismo bochorno. Desde su llegada al orfanato, apenas había hecho otra cosa que trabajar. Tras la muerte de su antecesor, los asuntos pendientes se habían ido acumulando y el padre Halloran había tenido que hacer frente a una verdadera avalancha de papeleo y contratiempos que solía tenerlo ocupado el día entero. Apenas le quedaba tiempo para pensar, para sentir nostalgia de su antigua parroquia o para dejarse llevar por los reproches que le sobrevenían siempre que se acordaba de Susan Garth.

Entre los huérfanos que tenía ahora a su cargo había chicas igual de guapas que ella y de la misma edad. Cuando estaba con ellas, Susan volvía inevitablemente a su cabeza. A lo largo del día, la asfixiante carga de trabajo que soportaba conseguía disipar el más mínimo asomo de culpa o remordimiento.

Sin embargo, en sus sueños más oscuros y agitados, la pequeña Susan seguía a su lado. Unas veces estaba vestida, otras desnuda; a veces guardaba silencio y otras veces gritaba. Pero casi siempre guardaba silencio y lo miraba fijamente con unos enormes ojos acusadores. En una o dos ocasiones la había visto muerta: su cuerpo lívido y empapado sobre la orilla del río en el que se había ahogado.

Pero ¿por qué? ¿Por qué? Se repetía una y otra vez que él no tenía la culpa de nada, que no podía haber actuado de *ninguna otra manera*.

Aun así, la muchacha seguía apareciéndosele por las noches para chillar, para mostrarle su cuerpo, para acusarlo. Igual que no había conseguido librarse del calor sofocante, tampoco había conseguido librarse de ella.

Todas esas ideas bullían en la cabeza del padre Halloran el domingo por la mañana, mientras se vestía tras una noche en vela. Cuando tenía puesta toda la ropa menos la americana negra, se detuvo para secarse el rostro cubierto de sudor con un pañuelo. Después se puso la chaqueta y se llevó automáticamente las manos a los bolsillos.

En uno de ellos encontró un pequeño objeto que le haría volver a San Miguel a toda velocidad.

Bruce Glencannon acababa de encenderle uno de sus Panetelas de cincuenta centavos al teniente Frank Berardi y a continuación se encendió él otro. Dio unas caladas con el gesto serio y la mirada fija en la cerilla y en el resplandor rojizo que salía de su fragante puro. Una vez completado el ritual, soltó una nube de humo, dejó la cerilla consumida en el cenicero de alabastro que tenía junto al codo y se arrellanó en la butaca.

—Te agradezco mucho que te hayas pasado, Frank.

—Bueno —contestó Berardi entre una calada y otra—, cuando llamó y me dijo que estaba

usted preocupado por algo relacionado con mi Departamento, pensé que mejor venía a ver qué pasaba.

Glencannon asintió.

—Tú me conoces bien, Frank. Soy un empresario. Trabajo con hechos: cifras de ventas, costes, gastos indirectos y cosas así. Sopeso todos esos datos, hago una especie de resumen y me formo una idea de cómo van las cosas, y así tomo todas mis decisiones. Una cuestión de puro sentido común. No hay ni grandes arrebatos de inspiración ni conclusiones precipitadas ni juicios apresurados. Supongo que tú trabajas de una manera parecida.

—Sí, señor, así es.

—Muy bien. No creo que nadie pueda decir de mí que tengo mucha imaginación o que soy un soñador. Si alguien intentase convencerme de que la luna está hecha de queso azul, me echaría a reír. Si viniese una segunda persona a convencerme de lo mismo, me volvería a reír. Ahora bien, si un científico, pongamos por caso, me dijese que dispone de unas fotografías en color tomadas por un satélite en las que se demuestra que la luna es de color azul, me empezaría a hacer preguntas; y si otro científico de otro país, que desconoce por completo los hallazgos del anterior, me asegurase que ha analizado la luna con un espectroscopio y ha descubierto que tiene un alto contenido en proteínas... entonces empezaría a creer que las dos primeras personas no estaban tan piradas como parecían.

Berardi asintió.

—Soy católico, Frank. Igual que tú. Vamos a la misma iglesia. No me considero ningún santo, y seguro que tú tampoco, pero creo que soy un buen creyente. Tal vez mejor que mucha gente. Nunca presto atención a ningún chismorreó sobre la iglesia. Si alguien se pone a hacer bromas sobre curas y monjas o a decir tonterías sobre el papa en una reunión, soy el primero en salirse. Hago una donación anual a la iglesia... No diré de cuánto, pero puedo asegurarte que es un buen pellizco. —Glencannon se detuvo y dio una profunda calada a su puro—. El caso es que, si alguien se presentase en mi casa y me dijera que mi párroco está acostándose con mujeres en la casa parroquial, lo echaría a patadas. Jamás toleraría una cosa así.

Berardi, que llevaba sobre ascuas todo el tiempo que había durado el larguísimo preámbulo de Glencannon, de pronto se relajó y esbozó una sonrisa.

—Ah, ya veo adónde quiere ir a parar —dijo—. John Talbot.

—No —respondió Glencannon—, no es eso.

—¿Ah, no?

—Es lo que te he intentado decir antes, Frank. El queso azul. Jamás escucharía a un tarado como Talbot y no te digo ya creerlo. Pero cuando es Talbot y además Lydia Barlow y además Mike Chandler y además unos tal Dunham que viven en otra parroquia..., entonces sí que empiezo a interesarme.

—Pero ¿a interesarse por qué exactamente, señor Glencannon?

—Por los hechos —contestó el empresario—. Por las fiestas desmadradas en la casa parroquial, los gritos, las risas (las risas de *mujer*), los vasos rotos y los golpes.

—Ah, pero...

—No, escúchame. Supe de todo eso gracias a los Chandler. Gente decente, mejores católicos que yo. A través de la mujer de Barlow me he enterado también de que, según cuentan los Dunham, la familia esa que no conoces, el nuevo sacerdote de San Miguel fue expulsado de su

antigua parroquia por problemas con la bebida, por administrar un sacramento *borracho*. Y hay más. Lydia Barlow ha estado esta misma mañana en la casa parroquial y ha hablado con él. Por lo visto, estaba muy desmejorado, iba sin afeitarse y, después de mandar a la señora Barlow a freír espárragos, la ha echado de allí. Y por lo visto lo acompañaba una mujer. Lydia la ha oído, la ha oído reírse y gritar obscenidades como si fuera una prostituta borracha. —Glencannon se reclinó en la butaca—. ¿Cómo te explicas tú eso?

Berardi frunció el ceño.

—Pues no lo sé. Tiene mala pinta. Una cosa de locos. Pero los curas, señor Glencannon...

—Mira, Frank, tú y yo somos ya mayorcitos. Sabemos que los curas son hombres, personas de carne y hueso igual que cualquier otra. Tienen sus apetitos y a veces pierden el control. ¡Claro que a un cura también puede irsele la chaveta! Y algo habrá que hacer cuando eso ocurre. Porque podría estar dispuesto a cualquier cosa, más aún si es un borracho. Ah... espera un segundo. ¿Has visto esto? —Cogió una revista y se la alcanzó al teniente Berardi—. Tiene un artículo muy interesante sobre el éxtasis, nada más y nada menos; sobre lo mucho que se parecen el sexo y la religión. ¿Qué te parece? Y no te pierdas quién lo ha escrito.

—Bueno —empezó a decir Berardi—, eso no significa...

—Nada de todo esto parece tener sentido por separado. Pero, visto en su conjunto, *sí* que lo tiene. El interés por el tema del éxtasis... La bebida... Las fulanas en la casa parroquial... Las carcajadas y los gritos por la noche... ¿Cómo es posible que no lo veas?

—Mire, señor Glencannon —dijo Berardi mientras dejaba su puro ya apagado en el cenicero—, aun en el caso de que fuera verdad (y ¡solo en el caso de que lo fuera!) se trata de algo que tienen que investigar las autoridades eclesiásticas. No un seglar, y mucho menos aún el Departamento de Homicidios.

—¿Cómo lo sabes?

—¿El qué?

—Que no es un asunto del Departamento de Homicidios. ¿Cómo sabes que esos gritos no son los de alguien a quien están asesinando o torturando?

—Es posible que tengamos a un sacerdote borracho, puede que hasta sea un perverso, señor Glencannon, pero es un poco aventurado pasar de ahí al asesinato y a la tortura, ¿no le parece?

—No lo sé. Pero te aseguro que existen sacerdotes depravados, sacerdotes que ofician sus ritos en altares hechos con pieles de mujer, sacerdotes que recitan el padrenuestro al revés y que ofrecen sacrificios humanos al Diablo...

—Me parece que *sí* que tiene usted bastante imaginación, señor Glencannon.

—No, ¡no son imaginaciones mías! Reconozco que fue Talbot quien me puso la mosca detrás de la oreja en primer lugar con sus panfletos grotescos. Pero he intentado ir un poco más allá. He leído algunas cosas y he hecho mis indagaciones. Y resulta que ese tipo de ritos macabros existen. Llevan siglos practicándose. Tienen hasta un nombre. ¿Quiere saber cómo los llaman?

Berardi no puso ninguna objeción.

—Los llaman misas negras.

Y, al oírlo, las dudas abrieron una primera grieta en la coraza de certidumbres del teniente Berardi.

XII. MORDERSE LA LENGUA



—Sé que es mentira —dijo Gregory, que estaba con el obispo en el pasillo, frente a la habitación de invitados en la que yacía Susan.

—¿Cómo estás tan seguro? —preguntó el obispo.

—Digamos que es una corazonada.

—Por mucho que quiera, Gregory, no puedo aceptar tus corazonadas. Y no las puedo aceptar porque también parece ser una corazonada lo que te ha llevado a dudar de la existencia del mismísimo Satanás.

—Pero usted mismo ha llamado a la niña mentirosa.

—A ella no —le corrigió el obispo—, a él. Lo he llamado mentiroso *a él*. Pero no ha sido más que un arrebató, un pronto. En realidad, no estoy nada seguro.

—¡Es imposible!

—No —el obispo empezó a negar con la cabeza—, no es imposible. Puede que sea espantoso, difícil de creer o poco probable, pero no es imposible. Pocas cosas en esta vida son imposibles. Y, si al final resulta que *es* verdad, ¡menuda ocurrencia poner a un hombre así al cargo de todos esos huérfanos desvalidos!

Gregory suspiró.

—Está bien —dijo—, admitamos por un momento que hemos hablado realmente con Satanás...

—Me alegra que des ese paso, Gregory —le interrumpió el obispo, no sin cierta ironía.

—¿De verdad va a dar usted crédito a una afirmación hecha por el padre de las mentiras? ¿Está dispuesto a tomárselo en serio, a *creerle*?

—No —respondió el obispo—, no necesariamente. Pero tampoco tengo por qué dudar de su palabra siempre. Este es, de hecho, su truco más retorcido: se dedica a tejer un relato a base de verdades y mentiras para que no podamos distinguir las unas de las otras.

—Podría ser todo un cuento chino. Tal vez nadie haya intentado violar a Susan. No deja de lanzar las acusaciones más rocambolescas a diestro y siniestro, como si fueran perdigonazos. Fíjese en lo que ha insinuado de mi relación con la señora Farley, de Garth y el asesinato de su mujer y en la de cosas que ha dicho de usted mismo...

—Es cierto —reconoció el obispo—. Volvamos dentro a ver si somos capaces de encontrar

algún punto débil en su historia.

—Con mucho gusto.

Susan tenía los ojos abiertos, pero parecía tranquila. La señora Farley esperaba pacientemente en un rincón. Gregory se sentó junto al somier desnudo al que estaba atada la niña.

—Cuéntame más cosas de lo que sucedió con el padre Halloran —dijo.

—¿Lo que te he contado antes no te parece suficiente? —preguntó la muchacha—. ¿Necesitas algo todavía más espantoso para saciar tu curiosidad?

—Me gustaría saber más —le contestó Gregory—. Más detalles. Cuándo ocurrió, dónde.

—¿Para qué? ¿Por qué le preocupan esas bobadas?

—Lo mismo da...

—Ah, ya sé por qué. Porque el interés que tiene no es del todo honesto ni propio de un sacerdote: porque le da morbo. Que le dé más detalles, dice. Claro, para poder relamerse de gusto mientras los escucha, ¿verdad?

—¿Cuándo y dónde —preguntó Gregory, sin hacerle caso— se propasó contigo el padre Halloran?

—Ya le he contado bastante —respondió ella, volviéndose hacia la pared.

—*¿Cuándo y dónde!*

—En el piso de abajo.

—¿En qué parte?

—En el estudio.

—¿Cuándo?

—Oh, hace mucho tiempo...

—*¿Cuándo!*

La muchacha intentó encogerse de hombros, pero las cuerdas se lo impidieron.

—Hace por lo menos medio año. Puede que más. No lo sé.

—¿Cómo no vas a saberlo? ¿No se supone que lo conoces todo, al menos todo lo que tiene una naturaleza maléfica?

—Eso —dijo ella— es una falacia.

El obispo empezó a escuchar con más atención.

—¿Por qué dices que es una falacia? —dijo Gregory aprovechando ese pie para hacerla hablar más, aunque fuese de otro tema.

—Le diré algo —contestó la niña— que nunca podré conocer: los actos que se le confiesan a un sacerdote.

Esta era, como bien sabía Gregory, una creencia muy popular entre la mayoría de los laicos católicos, una leyenda sin fundamento teológico alguno. De hecho, según algunas versiones, Satán era capaz de conocer cualquier *acto o pensamiento* de un ser humano con excepción de los revelados en un confesionario; sin embargo, en la *Summa Theologica* se rechazaba categóricamente este argumento: «Los demonios conocen los actos que realizan los hombres, pero solo Dios conoce la condición interior de estos...».

—Entonces —preguntó Gregory—, ¿cómo te enteraste de que el padre Halloran intentó propasarse con la niña?

—Porque no llegó a confesarse jamás. Le daba demasiada vergüenza.

—Mira tú, un sacerdote al que le da vergüenza confesarse —se burló Gregory—. Estás empezando a perder la razón. ¿Y Susan? ¿Se confesó ella?

—¿La niña? —La criatura se echó a reír con desdén—. ¿Cómo iba a confesarse si no podía ni poner el pie en una iglesia? Me parece que es usted, padre Sargeant, quien está perdiendo la razón. Igual que ha perdido la fe y pronto perderá también a sus feligreses, que se irán poco a poco al principio y después huirán en desbandada.

Para entonces Gregory estaba ya temblando de ira y frustración.

—¡Mentirosa! —exclamó—. Todo lo que nos has contado es mentira. No solo lo del padre Halloran. Todo. Todas y cada una de tus palabras, de cabo a rabo. No eres más que una niña sin corazón, una loca degenerada. —Su tono de voz se elevó repentinamente—. ¡Reconócelo!

Susan siguió callada.

—¡Reconócelo! —Gregory extendió la mano y abofeteó a la muchacha con violencia.

—¡Por Dios, Gregory! —gritó el obispo, anonadado.

—¡Reconócelo! —Con el dorso, el párroco le propinó a la niña un cachete tan fuerte en la otra mejilla que le volvió la cara hacia un lado—. ¡Reconócelo, desgraciada!

—¡YA ESTÁ BIEN, GREGORY!

Exceptuando la lluvia y los truenos que seguían cayendo fuera, no se oía ningún ruido; tampoco se movía nadie. El cuarto de invitados parecía una fotografía.

Fue Gregory quien, al cabo de unos instantes, rompió por fin el silencio. Pero no con palabras, sino con sollozos; con unos sollozos que le hacían estremecerse y temblar rítmicamente. Poco a poco, fue doblándose como la hoja de una navaja y, cuando se desplomó en el suelo, sus gemidos se volvieron aún más intensos. El obispo, sin saber bien qué hacer, farfullaba inútiles palabras de consuelo.

Entre un mar de lágrimas, con la voz distorsionada por el llanto, el párroco consiguió por fin hablar.

—Dios de mi vida. ¿Por qué? ¿Por qué a mí? ¿Por qué ha tenido que pasarme esto a mí? ¿Qué he hecho? ¿Tan terrible e imperdonable es? ¿Qué es lo que he hecho?

—Gregory... Hijo mío...

—¿Es porque tengo dudas? ¿Es eso? ¿Es esa la razón? Muchos otros las han tenido... ¡Discípulos, apóstoles, hasta santos! ¿Tan grave es mi pecado? ¿Tan grave es tener *raciocionio*?

El obispo se arrodilló al lado del abatido y desconsolado párroco y empezó a rezar.

—Señor, acude en auxilio de este joven... de este hombre devoto... Y, en tu infinita misericordia, muéstrale tu sabiduría. Hazle ver que, así como te apareciste ante el incrédulo Tomás para disipar sus dudas, también ahora intercederás para disipar las que atormentan a tu hijo Gregory, a quien te ruego que acojas en tu todopoderoso seno...

El llanto que se oía ahora en el dormitorio era el de la señora Farley, no el del párroco. Cuando el obispo se santiguó, Gregory se levantó lentamente del suelo y empezó a hablar con la voz entrecortada.

—Basta de mentiras, basta de evasivas, de engaños y de dobles sentidos, basta de retorcer la verdad...

El párroco se colocó al lado de Susan y la fulminó con sus ojos hinchados.

—¡Tú! —gritó—. ¡Seas quien seas! ¡Me importa un bledo! Pero, tanto si eres una niña como si eres un demonio, escúchame bien. No pienso tolerar tus mentiras. No pienso tolerar ni una mentira

más. Estoy cansado y harto de ellas, has agotado mi paciencia. Y, seas quien seas, quiero que me digas la verdad. Quiero que me la digas y vas a decírmela, porque yo te lo ordeno. Te lo ordeno por el poder que me ha sido conferido como sacerdote de nuestro Señor...

—Escuchen —dijo la señora Farley.

Gregory guardó silencio.

—¿Qué ocurre?

El ama de llaves abrió la puerta del dormitorio. Unos fuertes golpes resonaban por toda la casa.

—Alguien está llamando a la puerta —les advirtió la señora Farley.

—Pues que sigan llamando —dijo el obispo.

—Están aporreándola con mucha fuerza —insistió la señora Farley—, y no parece que se vayan a detener.

—Ni caso, Gregory. Continúa.

—En el nombre de Jesucristo crucificado —prosiguió el párroco—, te ordeno que contestes con sinceridad a todas las preguntas que te haga.

Los golpes seguían sonando.

—¿Intentó alguien violar a Susan Garth realmente? —preguntó el párroco—. ¡Dime la verdad!

—Sí —respondió la niña que estaba tendida sobre la cama.

—¿Fue el padre Halloran?

—Ya se lo he explicado...

—Lo único que dijiste fue qué pasaría si nos decías que era él. Quiero que dejes de andarte por las ramas y me digas la verdad.

—¡Necio! —exclamó la niña—. ¿Cómo puede usted distinguir lo que es verdad y lo que es mentira?

—¡Dime la verdad!

—¿Cómo está tan seguro de que no se la *he dicho* ya?

Los golpes arreciaron. La persona que estaba llamando a la puerta principal no parecía dispuesta a rendirse.

—Dime quién intentó violarla. —George cogió el crucifijo y lo alzó—. Dime cómo se llama.

—¡No pienso decírselo nunca! —gritó la niña, sudando y retorciéndose en la cama.

—¡Dímelo!

—¡No!

—¡Que me digas quién es!

—¿Por qué le resulta tan difícil creer que fue el padre Halloran?

—¡Porque en ningún momento lo has afirmado categóricamente!

—¡Sí que lo he hecho!

—¡No, nunca lo has dejado claro!

—Sí que se lo he dejado claro. Era solo una forma de hablar... Tenía que expresarlo de esa manera... para que dejase de dolerme... No me obligue a repetirlo... No sabe lo que me ha costado.

—Me da igual lo que te haya costado. Por mí como si te parte en dos. ¡Dímelo de una vez! ¿Fue el padre Halloran?

—Si se lo digo... —El rostro de la niña parecía una máscara de arcilla estirada y manoseada por una mano invisible—. Si le digo la verdad, ¿me creerá?

Susan había conseguido enredar al párroco. ¿Estaba dispuesto a creer a una niña trastornada? ¿Estaba dispuesto a creer al padre de las mentiras? ¿Por qué dar crédito a una de sus afirmaciones y desoír todas las demás? Los golpes en la puerta alcanzaron un ritmo frenético.

—¿Me... creerá? —Daba la sensación de que le habían arrancado la pregunta de las mismas entrañas.

Gregory no quería detenerse en ese punto y decidió seguirle el juego.

—Por supuesto que te creeré. Dime, ¿fue el padre Halloran?

La niña abrió los ojos de par en par, tanto que parecían a punto de salirse de las órbitas. A su rostro asomó una expresión de sufrimiento creciente, y sus alaridos de dolor inundaron toda la casa.

El párroco observó con horror cómo los dientes de la muchacha se volvían contra ella, se le clavaban en la lengua y se hundían en aquella carne de color rojo.

—En nombre de la inmaculada Virgen María —dijo en voz baja—, dímelo.

Poco a poco, los dientes fueron soltando la lengua mutilada de Susan. La sangre empezó a manar de las heridas y a resbalar por la comisura de sus labios. Sobre los golpes cada vez más fuertes que estaban dando a la puerta, las palabras fueron saliendo una a una por la boca de la niña.

—He aquí la verdad: el que está llamando a la puerta es quien violó a Susan.

—¿Cómo?

—Quien está aporreando la puerta con tanta insistencia... es la persona cuyo nombre... tanto desea usted saber.

Estas fueron las últimas palabras que pronunció Susan antes de caer inconsciente, inerte sobre la cama.

XIII. EL QUE LLAMA A LA PUERTA



Los golpes en la puerta no habían disminuido. Se habían convertido en un martilleo salvaje que retumbaba por toda la casa parroquial con un ritmo frenético. Gregory seguía paralizado; una parte de su atención estaba concentrada en la muchacha inconsciente y ensangrentada, y la otra en los porrazos desesperados que venían del piso de abajo.

—Vaya a ver quién es, señora Farley —dijo el párroco con una voz cavernosa.

—Espere —terció el obispo—. Es mejor que vayas tú, Gregory.

—Sí, tiene razón —respondió el párroco—. Bajaré yo.

El párroco salió del dormitorio y, a pesar de que a medida que se acercaba a la puerta los golpes eran cada vez más insoportables, bajó las escaleras con relativa calma. ¿Quién se atrevía a aporrear con semejante violencia la puerta de una casa parroquial? ¿De quién era la voz — Gregory empezó a escucharla en ese mismo instante— que exigía a gritos entrar, con ese tono que la histeria hacía irreconocible? «Imposible que sea el padre Halloran —se dijo—; está muy lejos de aquí; es imposible que sea él quien está llamando a la puerta...»

El párroco descorrió el cerrojo de la puerta principal con un sonoro chirrido que puso fin a los golpes. Solo el ruido de la lluvia quebró el silencio sepulcral que se hizo en la casa.

—Por favor, Señor —imploró Gregory en voz baja—, que no sea el padre Halloran.

Y a continuación abrió la puerta.

—¡Ya era hora! —exclamó Robert Garth. No había tomado la precaución de ponerse un abrigo y la tormenta lo había calado hasta los huesos. Las gotas de agua le resbalaban por la cara—. ¡Déjeme pasar!

El señor Garth apartó a Gregory de un empujón y salió disparado hacia la sala de estar. El párroco cerró la puerta y lo siguió.

—¿Dónde la tienen? —graznó Garth mientras miraba a su alrededor, jadeando.

—Está arriba y se encuentra perfectamente —dijo Gregory—. Pero, por favor, escúcheme...

—Estaré encantado de escucharle. Tenga. A ver si puede explicarme *esto*.

Garth sacó del bolsillo un papel empapado y se lo lanzó al párroco. El agua lo había agujereado y la tinta se había corrido de tal manera que algunos fragmentos resultaban ilegibles. Aun así, Gregory consiguió distinguir el llamativo título, «RITOS SEXUALES CATÓLICOS», y algunas frases sueltas: «Ruidos extraños en una casa parroquial», «Los gritos desgarradores de

una niña que agoniza»...

El párroco dejó de leer.

—Conozco la obra del señor Talbot —dijo—. El padre Halloran me lo contó todo de él. No es ninguna novedad.

—¿Que no es ninguna novedad? —respondió Garth—. A mí esto me lo han echado por debajo de la puerta esta misma mañana. La tinta todavía estaba fresca, así que supongo que lo acababan de imprimir. Talbot no está hablando esta vez de cosas que sucedieron hace miles de años. Algo que está sucediendo ahora mismo le ha llevado a escribir este panfleto. ¿De qué casa parroquial cree usted que está hablando, padre? ¿Qué otra casa parroquial conoce Talbot aparte de San Miguel? Y ¿quién es esa niña que grita? Es mi Susie, ¿verdad?

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Gregory—. Usted es católico, ¿cómo puede dar crédito a los desvaríos de Talbot?

—Mire, eso sí es verdad —dijo Garth con cierta amargura—. Mal que me pese, soy católico. Me educaron en el catolicismo y ahora forma parte de mí. Pero, fíjese, cuando mi mujer murió...

—¿Sí? —preguntó Gregory en voz baja.

—Lo primero que hice fue quitar del dormitorio el crucifijo que teníamos colgado en la pared. No sé muy bien por qué. Me dio por ahí. Pero lo curioso es que... a pesar de eso, voy a misa todos los domingos. Y sigo yendo por simple costumbre, porque no he faltado un solo domingo desde que tengo memoria. Voy a misa por la misma razón que voy al baño, porque esa es mi forma de ser y no puedo remediarlo. Sí, padre, soy católico. Muy a mi pesar, soy católico.

—¿Ha pensado en confesarse alguna vez de esto? —le preguntó Gregory en tono comprensivo—. ¿Le gustaría confesarse ahora?

—Pero ¡qué dice! —se burló Garth—. ¿Para qué iba a confesarme? Tiene que oír lo que opina Talbot de la confesión.

—Me puedo hacer una idea...

—Escuche, puede que el tal Talbot no esté tan chalado como usted piensa. Lo conozco desde hace años y charlamos de vez en cuando. Creo que se le había metido entre ceja y ceja convertirme o algo así. Al principio me lo tomaba a risa, pero ahora ya no sé qué pensar. No es ningún imbécil. ¡A mí me da mil vueltas! Es educado, ha leído un montón y es más listo que el hambre. ¿Sabe lo que dice de Jesucristo?

—Sí —contestó Gregory con paciencia—. Que es un judío trastornado. Que fue colgarlo a un trozo de madera y de repente se transformó en un dios. Que es un judío loco que lleva dos mil años tomándonos a todos el pelo.

—Exacto —dijo Garth—. Y, si se para uno a pensarlo, la verdad es que todo cuadra. Esos judíos...

—Que Dios lo perdone, señor Garth —replicó Gregory.

—No necesito el perdón de nadie. Lo único que necesito es que me deje ver a Susie.

—¿Por qué?

—Porque ¡soy su *padre*, por esa sencilla razón!

El padre de Susan. «La persona cuyo nombre tanto desea usted saber.» Parecía increíble. ¿Qué era peor, que la hubiese intentado violar el padre Halloran, su padre espiritual, o Garth, su padre biológico?

—Está bien —dijo Gregory—. Acompañeme.

Subieron al piso de arriba.

—Como le hayan tocado un pelo a mi hija... —dijo Garth, jadeando—, como se les haya ocurrido hacerle daño...

Llegaron a la puerta del dormitorio de invitados. Gregory sabía lo que ocurriría cuando Garth viera a su hija vestida con una ropa que no era la suya, atada a la cama y con sangre saliéndole de la boca. A regañadientes, abrió la puerta.

El obispo les cerró el paso. La señora Farley seguía en un rincón. Los dos se quedaron anonadados al ver al señor Garth.

—Ah —dijo el obispo suavemente—, así que era usted quien llamaba a la puerta...

—Sí, era yo. —Garth miró por detrás del obispo y vio a Susan. Con un gruñido, corrió al lado de su hija—. ¡Cariño! ¿Qué te han hecho? —No obtuvo ninguna respuesta—. ¿Puedes oírme, cielo? ¡Soy yo, papá! —Fuera de sí, se volvió hacia los sacerdotes—. ¿Qué demonios está pasando aquí? *¿Qué le han hecho a mi hija?*

—Señor Garth... —comenzó a decir Gregory.

—¡La tienen *drogada!*

—No le hemos dado nada —le aseguró el obispo—. Ni media aspirina.

—¿De verdad? Entonces, ¿qué demonios le pasa? ¿Por qué demonios...?

—No olvide —le advirtió el obispo— que está usted en la casa de un párroco. Le pido por favor que se modere.

—No me venga con esas ahora —berreó Garth—. Talbot tenía más razón que un santo... He hecho bien en hacerle caso... Los curas no son más que una panda de... —Se interrumpió, con la cara roja y casi sin resuello—. Ustedes dos me deben un montón de explicaciones —concluyó.

—Sí, eso es cierto —dijo el obispo con frialdad—. Pero me parece que no somos los únicos que tienen quedar explicaciones.

—¿Qué quiere decir?

—Oh... Nada, nada en particular. ¿Siempre llama usted a las puertas de las casas con tanta insistencia? Lo veo muy cansado. ¿No quiere bajar y echarse un rato?

—No, no me hace falta —contestó Garth—. Quiero llevarme a Susie a casa.

—Podemos hablar de eso si quiere —terció Gregory—, pero déjenos que lo discutamos antes el obispo y yo. ¿Nos disculpa un segundo? ¿Le importaría salir conmigo al pasillo, monseñor?

Una vez fuera, Gregory murmuró:

—¿Qué hacemos? ¿Se lo decimos?

—¿El qué?

—Lo que estamos haciendo.

—¿No te parece que ya lo sabe?

—¿Cómo lo va a saber?

—De la misma manera que la criatura de la cama sabía quién estaba llamando a la puerta. Hay una especie de vínculo, una especie de conexión, entre el Diablo y su...

—Pero ¡la niña no ha llegado a decir ningún nombre! Cualquiera podría haber dicho lo mismo, no significa nada.

—Bueno, está claro que esto no nos lleva a ninguna parte —dijo el obispo—. Me has preguntado qué podemos hacer, ¿verdad? Yo intentaría librarme de Garth.

—No va a ser nada fácil —dijo Gregory—. Es más terco que una mula. Ahora mismo debe de estar preguntándose qué tramamos aquí. Cuando volvamos dentro, voy a intentar llegar al fondo de todo este asunto. Usted sígame el juego, ¿de acuerdo?

—Como quieras.

En cuanto entraron, Garth les hizo frente.

—¿Por qué no me dicen de una vez qué está pasando aquí exactamente? Circulan por ahí todo tipo de habladurías. La gente dice que las cortinas de la casa parroquial están todo el día echadas, que tienen las puertas cerradas a cal y canto, que no dejan entrar a nadie; que salen de aquí los ruidos más espantosos... a cualquier hora del día o de la noche. Dicen que se oyen gritos de madrugada, como si estuvieran haciéndole daño a alguien, daño de verdad... que se oyen chillidos... risas... golpes... cosas que se rompen, a alguien sollozando, suplicando y vomitando. Y luego resulta que vengo aquí y me encuentro a mi hija, a quien en principio ustedes iban a ayudar, helada de frío, atada a una cama y con la cara cubierta de sangre. *Y ¡estoy que me subo por las paredes!* Como no empiecen a decirme qué es lo que pasa, me pondré a largar yo... pero a la prensa y a la policía. ¡Llamaré la atención sobre esta casa y le contaré al *mundo entero* las atrocidades que están cometiendo aquí dentro! Así que —concluyó Garth casi sin aliento— más vale que me den cuanto antes una explicación coherente...

—Está bien —dijo Gregory—. Pero ¿no tiene usted algo que contarnos a nosotros primero?

Garth entrecerró los ojos.

—Ya es la segunda vez que insinúan que tengo algo que contarles. ¿Algo sobre qué?

—Sobre usted —respondió el párroco—. Sobre usted y Susan. Sobre usted y su esposa fallecida. Sobre lo que pasó el día de su muerte hace seis años. Sobre cómo murió y por qué.

—No sé de qué está hablando —replicó Garth—. Y me parece que usted tampoco lo tiene muy claro.

—Vamos, señor Garth —dijo Gregory—. Iremos poco a poco si quiere. Volvamos a ese día de hace seis años y tratemos de reconstruirlo. Y, puesto que no sé lo que estoy diciendo, lo mejor será que hable solo usted. Estaba allí ese día, ¿verdad?

—Sí, claro que estaba allí...

—Pues díganos qué ocurrió. Cuéntenos su versión de los hechos.

—¿Cómo que mi versión de los hechos? ¿Qué pasa, me están juzgando?

—No —respondió Gregory—, todavía no.

—¿Están intentando echarme algún muerto encima? ¿Qué se traen entre manos?

—*¡Déjese de evasivas!* —dijo Gregory bruscamente—. Mire, la única razón de que no haya llamado a la policía aún es que soy un hombre razonable y quería escuchar antes su versión.

La indignación convirtió la voz ronca de Garth en un graznido.

—¿Qué dice de la policía? ¿Mi versión de qué? Pero ¿qué es todo esto?

—Hay un teléfono al final del pasillo —dijo Gregory—. ¿Prefiere que llame ahora mismo a comisaría?

—Haga lo que quiera. Está usted como un cencerro.

Gregory abrió la puerta del dormitorio.

—Espere un segundo —dijo Garth.

El párroco se volvió y, todavía con el pomo en la mano, lo miró.

—Qué es lo que quiere saber —preguntó el padre de Susan con un suspiro de irritación.

—Quiero que me cuente, con sus propias palabras, las circunstancias que rodearon la muerte de su mujer hace seis años.

—No hay nada que contar —respondió Gregory, encogiéndose de hombros—, nada que no se sepa ya. Era domingo. Susie, mi mujer y yo decidimos pasar el día fuera. Susie tenía diez años por aquel entonces. Fuimos a una especie de parque a pocos kilómetros de la ciudad. Después de comer en el césped, quisimos dar una vuelta en barca por el lago. Se podían alquilar unos botes, así que cogimos uno, nos subimos y me puse a remar. Me alejé bastante, tanto que no podían vernos desde el embarcadero. Susie estaba encantada, pero no había manera de que se estuviera quieta. No paraba de levantarse y moverse de un lado a otro. Le dije que era peligroso y le advertí de que si no paraba terminaría ocurriendo una desgracia. —Garth tragó saliva—. Y, en efecto, eso fue lo que pasó. Perdió el equilibrio y se cayó al agua.

—¿Sabía nadar? —preguntó Gregory.

—No, nada. Solté los remos de inmediato y me lancé detrás de ella. Pero al saltar debí de volcar la barca. Soy un hombre bastante corpulento y me tiré tan rápido que no presté mucha atención. Lo siguiente que recuerdo es que mi mujer también se había caído. El bote se había volcado. Susie se retorció entre mis brazos y gritaba como una loca... A punto estuve de hundirme yo también... porque no me dejaba nadar... Intenté alcanzar a mi mujer... que no paraba de llamarme..., pero me resultaba imposible avanzar con Susie entre los brazos... y... —Garth bajó la cabeza.

—Su mujer se ahogó —dijo Gregory.

Garth asintió.

—Y por poco no me ahogué yo también. Al final conseguí agarrarme al bote volcado y arrastrar a Susie hasta él. Para entonces, ya habían enviado una lancha motora del puesto de alquiler. Imagino que oyeron los gritos, pero llegaron demasiado tarde para salvar a mi mujer.

Gregory miró al obispo. El anciano le devolvió la mirada y, siguiendo la corazonada de Gregory, le dijo a Garth:

—Háblenos del seguro.

—¿Adónde quiere ir a parar?

—No irá a decirme —dijo el obispo con sorna— que no se embolsó usted una jugosa indemnización por la muerte de su mujer, ¿verdad?

—Oiga —respondió Garth irritado—, no soy la primera persona del mundo que cobra una póliza de seguros...

—Desde luego que no —replicó el obispo con una leve sonrisa de triunfo—. Y no será la última. —Bajó ligeramente la voz y adoptó un nuevo enfoque—. Pero usted recibió algo más que dinero.

—No, no recibí nada más —aseguró Garth—. La póliza...

—Se quedó usted con Susan.

—¿Cómo dice?

Gregory tiró un poco más el hilo que acababa de sugerir el obispo e intentó acorralar a Garth.

—Que consiguió quedarse a solas con su hija, sin ninguna madre que pudiera interponerse. Susan ya era una niña preciosa a los diez años, ¿verdad? Le encantaba llevarle chucherías y juguetes a casa, ir con ella al cine, los dos solos, mecerla en sus rodillas.

—Claro que me gustaba —dijo Garth—. Cualquier padre...

—Pero para usted —prosiguió Gergory— aquello iba más allá de una relación paternofilial. Usted sentía algo distinto, algo a lo que no podía dar rienda suelta delante de la madre.

—Está usted mal de la cabeza.

El obispo probó con algo diferente.

—Y, antes de que naciera Susan, antes incluso de casarse, usted ya se había visto en apuros por tener este tipo de inclinaciones, ¿verdad?

—¡No!

—¿No es verdad —preguntó Gregory sin hacerle caso— que, en cuanto su mujer dejó de ser un estorbo, intentó tener relaciones con su hija?

—¡No! ¡Es mentira! ¡Están ustedes como cabras! ¡Los dos!

—Y —continuó Gregory— ¿no es esa precisamente la razón por la que no quería llevarla a un psiquiatra, porque tenía usted miedo de que lo contara todo? ¿Tampoco es verdad eso?

—¡No! ¡No lo es! —respondió Garth a voz en grito.

—*¡Sí, ya lo creo que es verdad!* —dijo Susan. Tenía los ojos abiertos y miraba a Garth a la cara con una expresión de placer malsano.

—¡Susie! —exclamó su padre.

—Se pasaba el día entero hablándole a la niña de lo solo que se sentía desde la muerte de su mujer —prosiguió Susan—, diciéndole que ahora le tocaba a ella ocupar su lugar y convertirse en la mujer de la casa, en una adulta hecha y derecha, como él mismo decía, en una adulta hecha y derecha *en todos los sentidos*.

—¡Cierra la boca, Susan! —se desgañitó Garth.

—Y, según él, una niña podía mostrar el cariño que le tenía a su padre de muchas maneras... de maneras muy diferentes... Y le describió algunas de ellas con cierto detalle.

—¡Guarra mentirosa! —gritó Garth, levantándose de la silla—. *Ojalá te pudras en el infierno.*

La muchacha que estaba en la cama se echó a reír a carcajadas.

Garth volvió a sentarse lentamente.

—Es mentira... Es mentira... No le hagan caso... No es más que una embustera asquerosa... Era ella, era ella la que estaba todo el día detrás de mí.

—¿De verdad espera —dijo el obispo con desdén— que alguien se crea esa mentira patética? ¿De verdad espera que alguien se crea eso después de haber *matado a su madre*?

Garth soltó un profundo suspiro.

—Sí, ahora lo entiendo. Ya veo de dónde han sacado eso. Se lo ha contado ella. No ha dejado de repetirlo desde que su madre murió. Que por qué la dejé morir, que si *quería* verla muerta, que si la había matado yo. Y así un día detrás de otro. Que me portaba fatal con ella cuando estaba viva, que no la quería, que le deseaba la muerte. Bueno, sé que no he sido un marido modélico. Y ya me imagino que el hecho de que mi mujer muriese ahogada sin más testigos que Susan, y que ella no pare de acusarme, resulta bastante sospechoso. —Garth alzó la mirada—. Pero yo no la maté. No soy ningún santo, pero puedo asegurarles que no maté a mi mujer.

—¿Por qué quitó entonces el crucifijo de la pared? ¿Para no tener que soportar la mirada de nuestro Señor?

Garth volvió a bajar la cabeza.

—Tal vez. Pero desde luego no lo quité porque hubiese matado a mi mujer. —Se guardó el

pañuelo en el bolsillo y añadió—: Acabemos de una vez con este disparate. Desaten a mi hija, me la llevo a casa.

—No, no se la va a llevar usted a ninguna parte.

—¿Cómo que no? —Garth se levantó—. Escuche, padre. Por muchos contactos que tenga usted en comisaría, no creo que se lleven muy buena impresión cuando les cuente que tienen ustedes a mi hija aquí en contra de su voluntad...

—Eso no es verdad, está aquí por voluntad propia.

—¿Cómo es que la tienen atada entonces? ¡Menuda historia! Una pareja de sacerdotes retiene a una muchacha en la casa parroquial toda la noche, la atan a la cama y, cuando su padre consigue entrar para rescatarla, le dicen que no puede llevársela a casa. No pinta muy bien. ¿Van a desatarla o lo hago yo?

—La desataré encantado —contestó Gregory— en cuanto monseñor y yo hayamos terminado lo que tenemos entre manos.

—No, desátenla inmediatamente.

—Cuando hayamos terminado —dijo Gregory con firmeza—. Si lo desea, puede ir a la comisaría ahora mismo. De hecho, sería lo mejor. Así ganaríamos un poco de tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—Creo que prefiero no decírselo, señor Garth. No nos lo ha puesto usted nada fácil. ¿Por qué íbamos a ayudarlo nosotros ahora? Además... me da la impresión de que ya lo sabe y de que esta es precisamente la razón por la que está montando todo este escándalo.

—Si se creen ustedes —dijo Garth ignorando por completo el último comentario de Gregory— que voy a salir de aquí sin mi Susie, que estoy dispuesto a dejarla otra vez con ustedes dos...

—Pues entonces quédese —terció el obispo.

—¿Para qué?

—Para observar. Para proteger a su hija de estos dos sacerdotes depravados. Eso sí, le advierto que no haremos nada turbio. Solo vamos a leer algunos pasajes de un libro. —Se hizo el silencio; en la calle, la tormenta seguía cayendo con fuerza y una nueva ráfaga de viento golpeó los paneles sueltos de la ventana—. ¿Qué prefiere?

—Como esto sea otro truco de los suyos... —contestó Garth.

—Quédese y compruébelo usted mismo —dijo el obispo. Sin esperar la respuesta, se volvió hacia Gregory y añadió—: ¿Te parece si empezamos otra vez con el ritual?

Gregory encendió las velas ceremoniales.

—Señora Farley —dijo el obispo—, creo que esta vez será mejor que salga —agregó mientras señalaba de forma casi imperceptible a Garth con la cabeza.

El ama de llaves lo captó al instante, dejó a los tres hombres a solas con la chica atada y montó guardia en el pasillo, al lado de la puerta.

Gregory empezó a leer en voz alta. Para Garth, esas palabras no eran más que un montón de latinajos incoherentes; para Gregory y el obispo, sin embargo, estaban cargadas de significado. Pocos minutos después, el párroco estaba aproximándose ya al final.

—«Dragón maldito, legión diabólica, os conjuramos por Dios vivo. —Gregory se santiguó—. Por Dios verdadero. —Volvió a santiguarse—. Por Dios santo. —Se hizo la señal de la cruz una tercera vez—. Cuyo amor por la humanidad fue tal que entregó a su primogénito para que todos los que creen en él no perezcan y vivan la vida eterna...»

El viento hizo temblar la ventana de manera estruendosa.

—«... deja de engañar a los hombres —gritó Gregory. Daba la sensación de que, en lugar de leer, pronunciaba una exhortación que salía de lo más profundo de su ser—. Deja de suministrarles el veneno de la eterna perdición.»

Fuera, el viento se transformó en un aullido. Gregory respiró hondo y añadió:

—«¡Aléjate, Satanás!».

Susan lanzó un interminable alarido de dolor y rabia que no parecía humano. La ventana, azotada por el viento y la lluvia, se abrió con un crujido y una lluvia de cristales rotos cayó sobre el suelo. Las velas se apagaron.

Ajeno a todo, Gregory siguió leyendo con la sola iluminación del resplandor gris verdoso que proyectaba el cielo.

—«Aléjate, Satanás, inventor y maestro de toda falacia, enemigo de la salvación humana. —Y, a continuación añadió—: Oremos.»

Gregory y el obispo se arrodillaron. La muchacha gimió. Gregory levantó la mirada, ya que por primera vez en muchas horas los gemidos de Susan habían vuelto a sonar como los de una niña. Ya tendría tiempo de comprobarlo más tarde. Lo importante en ese instante era pronunciar la oración final.

—«Dios del cielo y de la tierra, Dios de los ángeles, Dios de los arcángeles, Dios de los patriarcas, Dios de los profetas, Dios de los apóstoles, Dios de los mártires, Dios de los confesores, Dios de las vírgenes, Dios que tienes el poder de dar la vida después de la muerte y el descanso después del trabajo; puesto que no hay otro Dios superior a ti y no hay nada que pueda existir sin ti, oh, tú, creador de todo lo visible y lo invisible cuyo reino no tendrá fin, humildemente te suplicamos que tu gloriosa majestad se digne libranos y protegernos de todo poder, todo engaño y toda maldad de los espíritus demoníacos. Por Cristo nuestro Señor. Amén...»

—«Líbranos Señor —dijo el obispo aún de rodillas— de las asechanzas del Demonio.»

—«Para que podamos servir a la Iglesia con toda seguridad y libertad.»

—«Dígnate humillar a los enemigos de tu Iglesia —prosiguió el obispo—. Te rogamos, óyenos.» —Y con estas palabras concluyó el ritual del exorcismo.

Gregory se levantó, cogió el hisopo y procedió a rociar el dormitorio con agua bendita.

El obispo se acercó rápidamente a Susan. Con aquella luz tenue, resultaba difícil ver con claridad el rostro de la niña, pero le pareció que por fin estaba en calma.

—Pequeña —dijo sin alzar la voz—, ¿estás bien?

—Sí —dijo Susan, que parecía haber recuperado su propia voz—. Ahora me encuentro muchísimo mejor, monseñor. —Hablaba con un tono débil y cansado.

El obispo pudo ver por fin su rostro terso y reluciente de sudor, así como el alivio y el agotamiento que estaban dibujados en él. Parecía el rostro de una mujer que acababa de dar a luz.

—¿Ha pasado ya todo? —preguntó la muchacha.

—Sí, pequeña —contestó el obispo mientras le desataba las muñecas llenas de marcas—. Todo ha pasado.

Susan suspiró profundamente, como después de un turbulento romance, y cerró los ojos. En lugar de caer inconsciente por los nervios y la agitación, por fin se sumió de puro cansancio en un sueño plácido y reparador.

—Lo has conseguido, Gregory —susurró el obispo—. Lo has conseguido.

Al ver que el párroco no le contestaba, se volvió.

—Garth —dijo Gregory—. Se ha ido.

El párroco abrió la puerta del dormitorio.

—¡Señor Garth! —gritó, y se detuvo en el pasillo—. ¿Dónde se ha metido? —No obtuvo respuesta alguna. Cuando estaba a punto de llamar al ama de llaves, la vio subiendo por las escaleras.

—Señora Farley —dijo—, ¿sabe dónde está...?

El ama de llaves farfulló algo. A Gregory le pareció que decía: «Le ganó Dios». Estaba pálida como la cera y sus ojos reflejaban un pánico atroz.

—La mano de Dios —dijo—. He visto cómo...

—¿De qué está hablando?

—Lo ha derribado, padre...

—*¡Tranquilícese!*

—La mano de Dios, padre. Ha salido del cielo y lo ha derribado, lo ha fulminado.

—¿A quién?

—Al mismísimo Diablo, padre.

Cuando la señora Farley se desplomó, Gregory la cogió en brazos. El ama de llaves levantó la mirada y puso los ojos en blanco.

—Al mismísimo Diablo —repitió—. A Garth. —Y se desmayó.

XIV. UNA BOMBA DEBAJO DE LA CAMA



La enana blanca que los astrónomos llaman 40 Eridani B pesa solo la mitad que nuestro sol, pero la materia de la que está compuesta se encuentra comprimida en una esfera del tamaño de Marte, un planeta considerablemente más pequeño que la Tierra. La alta concentración de masa de Eridani genera un campo gravitacional tan poderoso que consigue atrapar la luz, retenerla y reducir literalmente su velocidad, de manera que el propio tiempo se ralentiza y se retrasa unos seis segundos cada día.

Gregory había leído acerca de Eridani y de su retraso temporal en una revista científica. Al principio se había quedado totalmente fascinado, pero acabó olvidándolo después de un tiempo. En ese momento, sin embargo, la historia de la enana blanca le volvió a la cabeza; él también creía habitar una región donde el tiempo transcurría más lentamente. A lo largo de las últimas horas, el tiempo parecía haber avanzado con alas de plomo, como si el implacable campo gravitacional del horror lo lastrase. Todo lo que Gregory veía u oía le llegaba a través de un velo de espanto; era el espectador narcotizado de unos acontecimientos que se desarrollaban al otro lado de un telón de gasa. «Cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra», estaba diciendo en ese instante, por segunda o tercera vez, el teniente Berardi. El párroco, con una leve sonrisa, le contestó que lo sabía y que esa era la razón por la que no pensaba revelar qué estaban haciendo él y el obispo hasta que tuviese ocasión de recapacitar un poco.

—¿Tiene usted idea de cuál puede haber sido la causa de la muerte, padre?

Gregory alcanzaba a oír la voz del Berardi, pero parecía llegarle desde muy lejos. Pensó en la última vez que había visto a Garth con vida en el pequeño dormitorio del piso superior, justo antes de que el ritual del exorcismo diera comienzo. Todo lo que había sucedido a continuación tuvo que reconstruirlo a base de fragmentos y retazos. No había duda de que Garth había salido corriendo del cuarto. La señora Farley, que montaba guardia en el pasillo, lo había visto salir disparado, con el pánico dibujado en el rostro. Luego había bajado las escaleras como una exhalación y había salido de la casa parroquial. En opinión del ama de llaves, Garth se había ido al oír las palabras «*Vade, Satanás*» (aléjate, Satanás) y, en virtud de esa teoría, había llegado a la siniestra conclusión de que Garth era el Demonio hecho carne. Nadie, sin embargo, sabía a ciencia cierta cuándo había salido Garth del dormitorio.

Un hombre que pasaba por delante de San Miguel en ese preciso instante —corriendo debido a la tromba de agua que caía— se había acercado a la casa parroquial y le había contado a la

señora Farley que había visto a Garth salir de allí a toda prisa, rumbo al norte —la parte de la ciudad en la que, como no dejó de señalar el ama de llaves, se encontraba la imprenta de Talbot —, y, siempre según la versión de este transeúnte, al poco rato había caído fulminado por un rayo que a él lo había deslumbrado durante algunos segundos.

—Yo misma pude ver por la ventana —había dicho la señora Farley— el rayo que derribó al señor Garth. Poco después de que el relámpago resplandeciera en el cielo, un individuo llamó a la puerta y me contó que un señor al que acababa de ver salir de la casa había sido alcanzado por un rayo. Fue la mano de Dios la que lo fulminó en mitad de la calle, no me cabe la menor duda.

No parecía haber duda de que, en efecto, Garth murió en la calle cuando se alejaba a toda prisa de la casa parroquial. Sin embargo, de acuerdo con el informe del forense, en su cuerpo no se hallaron quemaduras. El rayo cayó cerca de él, pero no llegó a alcanzarlo. La señora Farley recibió esta información con cierto escepticismo. Si Garth no era el Diablo —una idea que ella no estaba de ninguna manera dispuesta a descartar—, entonces debía de ir a encontrarse con el Diablo, con su señor: ese demonio que se hacía llamar John Talbot. Y la mano de Dios lo había fulminado. En respuesta a la pregunta del teniente Berardi, Gregory dijo:

—No, no tengo la menor idea de cuál puede ser la causa de la muerte.

Berardi se volvió hacia el obispo.

—¿Y usted, monseñor?

—Tampoco. Lo único que se me ocurre —respondió el obispo— es que la mano de Dios...

—¿Va a decirme que la mano de Dios figura como causa de todas las muertes?

—Sí, supongo que sí.

—¿Y de todos los asesinatos también?

—No estará sugiriendo que Garth fue asesinado, ¿verdad?

Berardi se encogió de hombros.

—Trabajo en Homicidios, monseñor. Y no deja de *ser* una posibilidad.

—Sí, pero ¿lo ve usted posible? ¿Le parece posible que lo hayan asesinado en una casa parroquial, delante de un sacerdote y un obispo?

—Había más personas presentes —dijo Berardi—. Estaba la niña. Y la señora Farley.

—Oiga, yo no he matado a nadie —se defendió la señora Farley.

—Yo no he dicho en ningún momento que usted haya matado a nadie, señora —le aseguró Berardi—. Pero ¿podría usted aportar algún dato más a todo lo que se ha declarado?

—No. Bueno sí una cosa... No es más que una tontería sin importancia

—Da igual. Cuéntemelo.

—En un determinado momento, el padre Sargeant y monseñor salieron al pasillo a discutir algo en privado. Yo me quedé en el dormitorio con Garth y la niña, que seguía inconsciente. Vi que Garth se sacaba del bolsillo un frasco y se llevaba una pastilla a la boca. Naturalmente, creí que se trataba de alguna medicina.

—Así que unas pastillas, ¿eh? —dijo Berardi—. Debe de ser ese el frasco que confiscamos con el resto de los objetos que el señor Garth llevaba en los bolsillos. Es la mejor pista que tenemos por el momento. ¿Les parece si bajamos a la sala de estar? Creo que aquí hemos acabado ya.

—¿Le molesta si voy un momento al dormitorio principal —preguntó la señora Farley— para ver si la niña sigue descansando?

—Claro —contestó Berardi—, pero baje luego a la sala de estar por si necesito preguntarle algo más sobre esas pastillas.

La señora Farley se dirigió al dormitorio principal, abrió la puerta y entró de puntillas. Susan seguía dormida como un tronco, y su respiración era profunda y regular. Estaba pálida, pero su rostro parecía en calma. El ama de llaves cerró la puerta con cuidado y volvió al piso de abajo con los demás.

Berardi estaba al teléfono, llamando a la oficina del forense.

—¿Puedo hablar con el doctor Foster? Sí, es urgente... Doctor, soy Berardi. ¿Alguna novedad?... Mmm, de acuerdo. Por favor, póngase en contacto conmigo en cuanto sepa la causa de la muerte. Ah, otra cosa... ¿Recuerda las pastillas que cogimos del cuerpo? ¿Puede decirme qué pone en la etiqueta?... ¿No tienen etiqueta? Qué raro... Bueno, ¿podría analizarlas para ver qué contienen? Sí, puede localizarme en la casa parroquial. —El teniente Berardi le dio el número y colgó—. Tal vez sea un suicidio —aventuró. Después se volvió hacia Gregory—. Padre, hace una hora o así dijo usted de pasada que convendría echar un vistazo a los antecedentes de Garth. Luego lo interrumpieron y se nos olvidó retomar ese asunto. ¿A qué se refería?

—Ah, sí. En realidad eran dos cosas —dijo Gregory—. En primer lugar, me preguntaba si Garth había sido detenido por abuso de menores en alguna ocasión, puede que hace años y probablemente con otro nombre.

—¿Por abuso sexual? Podemos comprobarlo, desde luego. ¿Qué era lo otro?

—La mujer de Garth murió hace seis años, ahogada en un lago, al parecer de forma accidental. ¿Sería posible investigarlo?

—¿Sospecha que pueda ser un asesinato?

—Sí.

—Bueno —dijo Berardi, acariciándose la mejilla—, podemos investigarlo hasta cierto punto. Seis años es mucho tiempo. ¿Hubo testigos?

—Solo Garth y la niña.

—Son muy graves las acusaciones que está haciendo, padre. Abuso de menores, asesinato...

—Si resultan ser ciertas —dijo Gregory—, tal vez nos sirvan para esclarecer la muerte de Garth. Puede que, al ver que sus crímenes iban a salir a la luz, el suicidio le pareciera la única salida. Es solo una suposición.

—Y no es en absoluto descabellada, padre. Trataremos de investigar todo lo que nos ha dicho. —Berardi bajó la mirada con aire pensativo—. Pero hay algo que no entiendo. Si Garth se suicidó porque se sentía acorralado y no se sintió acorralado hasta que llegó a la casa parroquial, ¿por qué traía consigo un frasco de veneno? ¿Lo llevaba siempre en el bolsillo como si fuera un paquete de cigarrillos o algo así? No tiene mucho sentido.

—Puede que fuera... —Gregory se interrumpió.

—¿Sí?

—La verdad es que no sé si continuar. Ya me ha dejado claro que todo lo que diga podría ser usado en mi contra.

—Y es verdad. Pero, por otro lado, también es delito ocultar pruebas o información relevante. —Berardi sonrió amablemente—. No tiene usted escapatoria, padre.

—Ya veo —respondió Gregory, sonriendo también—. Bueno, no es más que otra conjetura. Imagine que alguien hubiese cambiado el frasco de aspirinas, antiácido o lo que sea que llevase

habitualmente el señor Garth por otro lleno de veneno.

—¿Alguien? —preguntó Berardi—. ¿Quién?

—Ah... eso no lo sé...

—¿Qué me dice de la hija, padre Sargeant? —insinuó Berardi—. Hasta ahora he respetado sus deseos y no he querido molestarla. Me dijo que la niña había pasado una experiencia tan traumática que ni siquiera podía usted hablar de ella conmigo, y le creo. Pero lo cierto es que sin su testimonio han quedado un montón de lagunas en la investigación. No tengo ni una sola pista de la que tirar, y algo me dice que ella podría ser crucial para llegar al fondo de este asunto. ¿Qué opina?

—Mire, teniente —dijo el párroco—. Quiero ayudarle, pero no a expensas de la salud mental de la niña. Importunarla ahora podría ser desastroso para ella. ¡La pobre huérfana ni siquiera sabe aún que su padre ha muerto!

Al pronunciar la palabra «huérfana», a Gregory le vino de inmediato a la cabeza la figura del padre Halloran. Cuando esa otra fuerza —ya fuese la locura o el Demonio— la tenía entre sus garras, Susan había cambiado tantas veces de versión, había dado tantos rodeos y había incurrido en tantas contradicciones, acusando unas veces al padre Halloran y otras a Garth, que no había manera de saber cuáles de sus afirmaciones eran verdad y cuáles eran mentira. Garth estaba muerto y ya no podía ayudarles. Susan estaba viva y, por lo visto, volvía a ser ella misma otra vez, pero... ¿cómo podía uno estar seguro de eso? Hasta que la investigación no esclareciese si Garth había abusado de algún menor en el pasado, seguiría siendo imposible determinar su implicación en ese nuevo caso de agresión sexual.

Y lo mismo pasaba con el padre Halloran. Sí, se dijo Gregory con tristeza, la implicación del antiguo pastor de San Miguel, de ese hombre serio y abnegado que había visto a una mujer desnuda por primera vez en su vida en la calma y la intimidad de su estudio seguiría siendo también un enigma sin resolver.

—¿Cómo puede estar tan seguro de que la niña no sabe nada de la muerte de su padre? —estaba diciendo en ese momento el teniente Berardi.

—Porque estaba inconsciente cuando se produjo... Y todavía no le hemos contado nada...

—Tal vez no sea necesario que se lo cuenten, padre. La pregunta es: ¿quién deseaba la muerte de Garth? ¿Quién deseaba tanto su muerte como para cambiar las píldoras del frasco? Necesito hablar con la niña.

—Es imposible.

—¿Puede usted asegurarme —preguntó Berardi mientras miraba al párroco directamente a los ojos— que esa niña es incapaz de asesinar a una persona? Como sacerdote, ¿pondría usted la mano en el fuego por ella?

A Gregory le vino a la cabeza la imagen de Susan clavándole las uñas en el cuello al padre Halloran.

El párroco apartó la mirada.

—No, no podría poner la mano en el fuego por ella —contestó.

—Muy bien. Traiga a la muchacha entonces.

—Si la pobre pierde la razón —terció el obispo—, será culpa suya. Será usted el único responsable...

—¡Asumo esa responsabilidad, monseñor! —replicó Berardi.

—Pero ¿por qué? ¿Para qué? —Y a continuación el obispo añadió—: Está bien, supongamos que fue la niña quien lo mató.

Berardi lo miró con perplejidad.

—No doy crédito a lo que estoy oyendo —dijo el teniente—. ¿Cómo puede decir eso?

—Supongámoslo por un instante. Le juro por lo más sagrado que si Susan mató a su padre fue porque se vio forzada a ello, porque tenía tantas razones para asesinarlo que, aunque no deje de ser un pecado mortal, ningún jurado del mundo podría condenarla jamás.

—No es a usted a quien le corresponde decidir eso —dijo Berardi.

—Ningún jurado del mundo —repitió el obispo—, conociendo todos los hechos, la condenaría jamás. Y le diré más. Cuando le preguntó usted al padre Sargeant si estaba en condiciones de comprometer su palabra y asegurar que la niña era incapaz de cometer un asesinato, él no pudo contestarle que sí. Aunque era lo que más deseaba en este mundo, tuvo que contestarle que no. Y ¿quiere saber por qué? Porque sabía que esa misma niña atacó en una ocasión al padre Halloran e intentó estrangularlo.

—¿Cómo?

—Aun así, puedo asegurarle que se dieron tales circunstancias que no podrían acusarla de nada.

—¿Qué circunstancias?

—Estaba bajo el control de...

—No se encontraba bien —le interrumpió rápidamente Gregory.

—¿Quiere decir que había perdido la cabeza?

—No, la estaban manipulando.

—¿Quién?

—No... no puedo decírselo.

—¡Santo Dios! —Después de soltar esta blasfemia, el teniente Berardi se volvió hacia el obispo—. Hace un instante me ha dicho usted, monseñor, que ningún jurado del mundo condenaría jamás a Susan si conociese todos los hechos. ¿Por qué no me cuenta a *mí* esos hechos? No soy su enemigo.

—Usted no. Pero enemigos precisamente no nos faltan. Y, además, cualquier cosa que digamos podría ser usada en nuestra contra en un tribunal. Y ante un jurado que podría incluir a personas de la calaña de John Talbot.

—¿Qué tiene que ver Talbot con todo esto?

—No hay nada oscuro en lo que hemos estado haciendo monseñor y yo en esta casa. Hace un siglo se habría aceptado con toda naturalidad. Hoy en día, sin embargo, a mucha gente podría parecerle que es demasiado estrambótico, que huele demasiado a brujería y a magia negra. Revelar lo que hemos practicado aquí no haría más que alimentar el fuego que ya arde en el corazón de Talbot y de muchos otros como él. Nos acusarían de alentar la superstición, de querer volver a la Edad Media. Y cuando hablo de *nosotros* no me refiero solo a monseñor y a mí. Me refiero a la Iglesia. A su Iglesia, teniente. A nuestra Iglesia, que sería objeto de todo tipo de infamias.

—Mire —dijo Berardi visiblemente exasperado—. De verdad que quiero ayudarles. No soy ningún villano. Soy un buen católico. Pero se da el caso de que también soy policía. Tengo un trabajo que hacer y mis herramientas de trabajo son los hechos. Sin ellos, no puedo avanzar. Y lo

cierto es que son muy pocos los hechos que estoy consiguiendo recabar por aquí: cada vez que parece que voy a dar con uno, alguien me cierra la puerta en las narices. Y cada vez que hago una pregunta, alguien me dice que le es imposible contestarme por el momento. Les he seguido el juego hasta ahora, he intentado ser amable y creo que les he tratado con respeto. Pero ya me he cansado. Tienen retenida en esta casa a una niña que, como casi han reconocido ustedes mismos, ha asesinado a su padre.

—Ninguno de nosotros ha dicho eso —puntualizó Gregory.

—Una niña que ya intentó matar a un hombre una vez y que es perfectamente capaz de volver a matar. Sin embargo, según ustedes, no se la puede culpar de nada. Me dicen que no está loca, pero por alguna razón hablar conmigo podría trastornarla. Pónganse en mi lugar. No tiene pies ni cabeza.

—Tiene usted que... —dijo el obispo.

—Mire, lo que tengo que hacer es empezar a comportarme como un policía. Lo siento mucho, de verdad que lo siento, pero la razón por la que ninguna pieza encaja en este caso es esa maldita niña. Así que voy a hablar con ella, padre. Voy a hablar con ella y punto. Voy a despertarla y la voy a interrogar, aunque para ello tenga que llevármelos a todos a comisaría y meterlos en el calabozo.

—¡No se atreverá! —gritó el ama de llaves con tono desafiante.

—Por favor, señora Farley, traiga a la niña —dijo Gregory en voz baja.

—No pienso hacerlo.

Berardi se volvió hacia Gregory.

—¿Y usted, padre?

—No puedo.

—Muy bien —dijo Berardi mientras se dirigía a las escaleras—, no me dejan otra opción.

Gregory se puso delante de él y le cerró el paso.

—¡No! —exclamó—. ¡No fue ella! ¡No tiene ningún derecho a hacer esto!

—Apártese, padre.

—¡No! ¡*Sé que no fue ella!*

—¡*Apártese!*

«¿Me empujará? —se preguntó Gregory—. ¿Estaría dispuesto a ponerle encima las manos a un sacerdote de su Iglesia y odiarse luego por haberlo hecho?»

Sin embargo, en ese mismo instante sonó el timbre de la puerta y todas esas preguntas quedaron sin respuesta.

—Salvado por la campana, padre —dijo Berardi con un sarcasmo que nacía de la frustración—. Ya me encargo yo, lo más probable es que sea uno de mis hombres, pero volveré. Y, en cuanto vuelva, pienso subir a ver a la niña, tanto si les gusta a usted y a monseñor como si no.

Salió a toda velocidad de la estancia y se dirigió al vestíbulo. Las personas que se encontraban en la sala de estar pudieron oír cómo se abría la puerta de la calle y cómo se producía una breve conversación entre dos voces masculinas.

Unos instantes después, el padre Halloran apareció en la salita seguido del teniente Berardi.

La señora Farley recibió al antiguo párroco con lágrimas en los ojos.

—Oh, padre, cuánto me alegro de verle. No han dejado de suceder calamidades desde que se fue.

Gregory, preocupado por lo que podría suceder a continuación, lo recibió en silencio.

Y el obispo, con la siguiente pregunta:

—James, hijo mío, ¿qué te trae de nuevo por aquí? —Se fijó en el semblante del padre Halloran. Tenía el rostro demacrado y tenso, y los ojos ensombrecidos por el veneno del insomnio y por una angustia que el obispo, a lo largo de toda su vida, no había visto en ningún otro hombre o mujer. Cuando el padre Halloran trató de responder a la pregunta, su voz se había transformado en un susurro débil, tétrico y funesto que le puso la piel de gallina.

—He venido a confesar la verdad —dijo.

—¡Espere! —exclamó de inmediato Berardi—. No se le ocurra decir una sola palabra más, padre Halloran.

Y, un segundo después, el teniente estaba al teléfono, dando órdenes para que le llevaran una grabadora a la casa parroquial. Tardaron poco más de quince minutos en acercársela. Mientras esperaban, el padre Halloran aceptó el vaso de brandy que le ofreció Gregory e intentó consolar a la señora Farley.

El propio Berardi se encargó de transcribir la grabación esa misma tarde.

PADRE JAMES HALLORAN: Garth vino un día a la parroquia para que le confesara. Me dijo que...

OBISPO CONRAD CRIMMINGS: ¡James!

PADRE JAMES HALLORAN: Sí, monseñor, ya sé que le parece espantoso que vaya a violar el sigilo sacramental. Y lo entiendo. Pero me temo que, como pronto descubrirá, hace ya tiempo que lo violé. No creo que lo que diga ahora pueda empeorar mucho más las cosas.

OBISPO CONRAD CRIMMINGS: ¿Has traicionado la confianza de un penitente, James?

PADRE JAMES HALLORAN: Sí.

TENIENTE FRANK BERARDI: Continúe, padre.

PADRE HALLORAN: Al parecer, Garth llevaba mucho tiempo cargando con un enorme peso y había decidido quitárselo por fin de encima. Hacía unos años —seis, creo que me dijo—, había dejado a propósito que su mujer muriese ahogada. La había empujado al agua desde un bote. Le pregunté por qué había hecho una cosa tan espantosa y me dijo que por el dinero del seguro. Al parecer tenía suscrita una póliza de diez mil dólares. Comprendo que es una suma considerable, pero no sé si tanto como para matar a alguien por ella, no digamos ya a tu propia mujer. A mí me parecía que había una enorme desproporción entre esa cantidad de dinero y la monstruosidad del crimen, aunque sé que hay personas dispuestas a matar por mucho menos. Por un abrigo bueno o un corrusco de pan.

Intenté sonsacarle algo más de información, como por ejemplo quién era el beneficiario de la póliza.

—Yo —me contestó.

Le pregunté si había alguien más.

—Sí —me dijo—, Susan. Los dos figurábamos como beneficiarios.

Y entonces sí que me asusté de verdad. Aquel hombre había matado a su mujer por un dinero que ni siquiera era del todo suyo. ¿Por qué iba a detenerse ahí? ¿Qué le impedía matar también a su hija para quedarse con los diez mil dólares? Un lapsus de seis años era suficiente para disipar

cualquier sospecha. Le expresé mis temores abiertamente y le dije que no podía darle la absolución, que si albergaba el deseo de asesinar a otra persona, no estaba en gracia con el Señor.

—Sería incapaz de hacer una cosa así —me dijo—. Nunca mataría a Susan. La quiero mucho, la adoro. Me cree, ¿verdad, padre?

Y yo lo creí, claro que lo creí. Y también lo habrían creído ustedes si hubiesen tenido ocasión de oírlo. Parecía completamente sincero... Y, sin embargo, siempre que hablaba del amor que sentía por su hija..., algo me decía —nunca supe muy bien qué y jamás pude averiguarlo— que allí había gato encerrado.

Después de jurarme y perjurarme que se entregaría a la policía, salió del confesionario. Los días fueron pasando y yo lo veía —por la calle, los domingos en misa— libre como un pájaro. Los días se convirtieron en semanas y Garth seguía sin entregarse.

Y entonces empezaron mis noches de insomnio. Me sentía completamente impotente porque conocía a un asesino que estaba dispuesto a matar otra vez y no podía decírselo a nadie. Me pasaba las noches enteras en vela buscando estrategias para alertar a las autoridades y contarles lo que sabía.

Pero, incluso mientras ideaba todos esos enrevesados subterfugios, era consciente de que jamás podría ponerlos en práctica. Un sacerdote no solo viola el sigilo sacramental cuando revela la información que ha obtenido durante la confesión, sino también cuando se aprovecha de esa información para *cualquier cosa*. Debe continuar con sus obligaciones como si jamás hubiese escuchado la confesión del penitente, como si este jamás la hubiese pronunciado. Lo que sabe no puede influir de ninguna manera en su comportamiento.

Esos días me acordé mucho de un ejemplo que solían ponernos en el seminario. Si un sacerdote se entera en una confesión de que alguien ha puesto una bomba debajo de su cama, no puede hacer absolutamente nada para impedir que explote. No puede utilizar esa información para modificar en lo más mínimo sus costumbres cotidianas. No puede sacar la bomba de debajo de la cama ni tampoco puede irse a dormir a otra parte esa noche. Tiene que hacer lo mismo que haría normalmente: acostarse en su cama y a la misma hora que cualquier otro día.

Así que, como puede usted ver, yo no podía hacer absolutamente nada con la información que obraba en mi poder, aunque temiese por la vida de la niña.

Los días, con sus largas noches, pasaban, y Garth seguía en libertad. Un día decidí ir a su casa para hablar a solas con él. Le insté a que confesara su crimen, se lo ordené y, por último, se lo supliqué. Le dije que no pensaba moverme de allí hasta que no le viera con mis propios ojos llamar a la policía para entregarse. Me aseguró que se entregaría en unas semanas, en cuanto volviera de las pequeñas vacaciones que tenía planeado pasar con Susan en el campo. Según dijo, se lo había prometido hacía mucho tiempo y era lo último que, después de todo, podía hacer por ella.

Al final acabó convenciéndome y me fui. Pero luego, cuando llegué a la casa parroquial, me puse a pensar. ¿Cómo que unas vacaciones? ¿Para qué se va al campo? ¿Para matar a su hija más cómodamente, como hizo con su mujer?

Y entonces, monseñor, fue cuando me enteré de que había quedado libre un puesto en el Orfanato del Ángel Custodio. Y vi el cielo abierto. Igual allí, enfrascado en mis nuevas obligaciones y sin tener que ver todos los días a Garth, conseguía olvidar mi dilema y acabar con la frustración. Pero las cosas no salieron como yo esperaba. En el orfanato había niñas de la misma edad que Susan y algunas se le parecían. Para mí eran como una especie de recordatorio, y

la sensación de que había dejado a la pobre muchacha en manos de su asesino nunca me abandonó. Aunque tenía claro que no habría podido comportarme de otra manera, soñaba que la veía muerta —ahogada, igual que su madre— y que me acusaba de haberla olvidado.

Cuando el padre Gregory llegó a San Miguel, le presenté a todos los miembros de la parroquia y le puse al corriente de todo lo que consideré relevante. Pero, por pura debilidad, me resistía a presentarle a Garth y a su hija: tenía miedo de sentirme tentado a violar el secreto de la confesión. El día antes de irme, el padre Sargeant y yo fuimos a hacer la última ronda de visitas y, entre otros, fuimos a ver al farmacéutico, al señor Hennessy.

—¿Va usted por casualidad a casa de los Garth, padre? —me preguntó.

Yo le dije que no —o, más bien, empecé a decirle que no—, pero enseguida me di cuenta de que no podía seguir evitándolo más tiempo y de que, tarde o temprano, tendría que ver otra vez a los Garth. Así pues, le contesté que sí.

—¿Le importaría llevarle una medicina al señor Garth? —volvió a preguntarme Hennessy.

Llevaba tantos años utilizando a la gente para hacerle recados que ya era una especie de broma entre nosotros. Le contesté que se lo llevaría encantado.

TENIENTE FRANK BERARDI: Continúe, padre.

PADRE JAMES HALLORAN: El padre Sargeant puede corroborar que esa misma tarde le entregué a Garth un frasco de pastillas.

TENIENTE FRANK BERARDI: ¿Lo confirma usted, padre?

PADRE GREGORY SARGEANT: Sí, lo confirmo.

TENIENTE FRANK BERARDI: Pero se produjo un error con las pastillas, ¿verdad?

PADRE JAMES HALLORAN: En efecto.

TENIENTE FRANK BERARDI: ¿Fue culpa del farmacéutico?

PADRE JAMES HALLORAN: No, fue culpa mía.

TENIENTE FRANK BERARDI: No lo entiendo.

PADRE JAMES HALLORAN: No me he dado cuenta del terrible error que cometí hasta esta misma mañana, cuando estaba en el orfanato. También nosotros estamos padeciendo allí un septiembre muy caluroso y yo tengo tendencia a deshidratarme cuando hace bochorno. Así que me llevé la mano al bolsillo para coger el frasquito de sales que siempre llevo conmigo en esta época del año. Lo saqué del bolsillo, lo abrí y estaba a punto de llevarme una pastilla a la boca cuando de pronto me di cuenta de que el frasco llevaba etiqueta. El mío no lleva nunca etiqueta, pero este sí. Aunque era del mismo tamaño y forma que mi frasco, y aunque a primera vista las pastillas se parecían a las mías, tenía una etiqueta de la farmacia de Hennessy en la que podía leerse: «Robert Garth. Administrar según receta». Le había dado a Garth mis pastillas de sales. Y, según me habían contado, padecía del corazón.

Lo primero que hice fue coger el teléfono y llamar a la farmacia para pedirle a Hennessy que llevara de inmediato otro frasco de pastillas a Garth, ya que las que tenía no valían para nada y podían ser hasta peligrosas. Pero, antes de que pudiera explicar el motivo de mi llamada, el farmacéutico me informó de la muerte de Garth.

TENIENTE FRANK BERARDI: Parece que en este barrio las noticias vuelan.

PADRE JAMES HALLORAN: Así pues, al final no le dije nada de las pastillas. Me inventé una excusa y me vine para acá en cuanto pude.

OBISPO CONRAD CRIMMINGS: Comprendemos cómo te sientes, James. Pero no hay

motivos para que te sientas culpable.

PADRE JAMES HALLORAN: Sí, sí que los hay.

OBISPO CONRAD CRIMMINGS: Pues dínos... ¿cuáles son?

TENIENTE FRANK BERARDI: Monseñor lleva razón, padre.

PADRE JAMES HALLORAN: No. Yo soy el culpable. Yo soy el verdadero culpable. Pregúntenle al padre Sargeant. Él sabe de lo que estoy hablando.

OBISPO CONRAD CRIMMINGS: ¿Lo sabes, Gregory?

PADRE GREGORY SARGEANT: Creo que sí.

PADRE JAMES HALLORAN: Es verdad que fue un simple error, sí, pero ¿por qué cometemos ese tipo de errores? Usted entiende de estas cosas, padre Sargeant. El inconsciente, los lapsus, los actos fallidos: todos esos deslices en apariencia accidentales y carentes de sentido que en realidad son una manifestación de inquietudes y conflictos enterrados en lo más profundo de nuestra psique. ¿No es así?

PADRE GREGORY SARGEANT: Sí, pero...

PADRE JAMES HALLORAN: Hennessy me puso en la mano el pequeño frasco con las pastillas para el corazón de Garth. De ellas dependía su vida y, al quedármelas, lo maté. Y no solo eso: también violé el sigilo sacramental, ya que me aproveché de la información que tenía. Es verdad que lo hice inconscientemente, pero no hay duda de que me aproveché. Fue como si hubiese sacado la bomba de debajo de mi cama. Y eso es exactamente lo que parecía todo el asunto: una bomba de relojería que llevaba días, noches, semanas haciendo tictac dentro de mí... Dios mío, perdóname.

OBISPO CONRAD CRIMMINGS: Dios no tiene nada que perdonarte, hijo mío. No se te puede culpar por los tejemanajes de tu inconsciente. Para la Iglesia, lo que hiciste no constituye una violación del sigilo sacramental.

PADRE JAMES HALLORAN: Puede que la Iglesia no se haya enfrentado nunca a un caso como este.

OBISPO CONRAD CRIMMINGS: Bobadas.

PADRE JAMES HALLORAN: ¿Está usted seguro, monseñor? ¿De verdad cree que es una bobada? Piénselo. ¡Si un sacerdote puede violar el sigilo sacramental según se le antoje a su inconsciente, si no puede ejercer un completo dominio sobre sí mismo, la confesión pierde todo su sentido! ¡Se convierte en una farsa! Dios bendito. Piénselo, monseñor. Piénselo bien, se lo ruego.

TENIENTE FRANK BERARDI: ¿Sería usted tan amable de acompañarme a comisaría para que le tome declaración, padre?

XV. LA MANO DE DIOS



A Gregory nunca le había gustado la nieve. Su belleza le parecía demasiado efímera: al poco de formarse, el primer manto blanco se transformaba en un amasijo horripilante; en una superficie irregular, dura, salpicada de mugre y desperdicios que ofendía la vista, dificultaba el tráfico y hacía que pasear resultase un esfuerzo penoso. En tan solo un día, la nieve dejaba de ser una bendición celestial y se transformaba en algo espantoso; un símbolo, tal vez, de cómo el enemigo del Señor podía apoderarse de su obra para pervertirla.

Ese día, sin embargo, mientras subía por el sendero nevado que llevaba a la casa parroquial, con las manos llenas de paquetes y una capa de color blanquecino sobre los hombros y el sombrero, el párroco parecía haberse olvidado por completo de su aversión. Dio unos fuertes pisotones en el porche para sacudirse la nieve que se le había quedado pegada a los pies, pero lo hizo sin el mal humor que en él era habitual. Y una vez dentro, se quitó las botas de goma sin reparar siquiera en lo espantosas que eran.

Nada más entrar lo envolvió un olor acre: los aromas mezclados del árbol de Navidad y el café recién hecho. Las compras navideñas y el tiempo destemplado le habían abierto el apetito. Aún quedaba una hora para que se sirviese la cena, pero confiaba en convencer a la señora Farley para que le diese un pedazo de su exquisito pudín navideño y una taza de café con los que poder matar el gusanillo.

Gregory fue a buscar al ama de llaves a su guarida —la cocina— y consiguió salirse con la suya, aunque tuvo que soportar que le echaran un rapapolvo por «llenarse el estómago antes de cenar».

—¿Me ha llamado alguien mientras estaba fuera? —preguntó mientras se preparaba el tentempié.

—Solo la señora Barlow —contestó el ama de llaves.

—Y ¿qué quería?

—Por lo visto va a dar una fiesta por la noche uno de estos sábados y le encantaría que se pasase. Volverá a llamar.

—Perfecto. Voy al estudio a trabajar un rato. Avíseme cuando esté hecha la cena.

—Descuide, padre.

Gregory se llevó el pudín y el café al estudio y se sonrió pensando en la señora Barlow.

Desde que quedara en evidencia lo terriblemente equivocada que estaba el pasado mes de septiembre, se había vuelto extremadamente atenta con él y lo invitaba a cenas y reuniones al menos una vez por semana; tan a menudo que Gregory se veía obligado a decir que no la mayoría de las veces. Como se había enfrentado a ella y, en cierto sentido, la había ganado, ahora lo consideraba un igual antes que un sirviente. Era una mujer inteligente y una anfitriona encantadora a quien le gustaba estar rodeada de personas interesantes. Sus veladas habían causado una grata impresión en Gregory.

Cuando se quedó a solas en el estudio, se dispuso a abrir las felicitaciones navideñas que habían llegado mientras estaba de compras. Una de ellas, ilustrada con un sencillo belén, estaba firmada a bolígrafo por «Frank Berardi y familia». El teniente y Gregory habían hecho buenas migas después de que el caso cayera en el olvido. Aunque era un hombre simple y de maneras toscas, Berardi estaba dotado de un sentido del humor desbordante y de una inteligencia finísima en la que no se detectaba rastro alguno de arrogancia. Los dos se habían caído bien casi de inmediato y compartían con auténtica avidez todo tipo de conocimientos sobre teología y criminología.

También había recibido una felicitación cara y vulgar, llena de dorados y terciopelos, de los Glencannon (sin firmar; grabada). Bruce Glencannon había añadido al grabado un mensaje personal: «Espero que podamos vernos pronto». Gregory había coincidido con él en una de las reuniones de la señora Barlow y, por lo visto, el señor Glencannon había quedado encantado con el párroco, aunque este —al igual que el padre Halloran— tampoco se había mostrado especialmente receptivo a la idea de que la gente pudiese confesarse a través de un dictáfono.

La última de las cartas que lo esperaban encima de la mesa era un sobre liso y sin membrete. La dirección del destinatario estaba escrita a máquina: «Gregory Sargeant (la ausencia de la palabra «padre» resultaba llamativa). Iglesia de San Miguel, City». Gregory lo abrió. En el interior había una hoja de papel de mala calidad con el siguiente mensaje impreso: «RECORDEMOS QUE LA NAVIDAD ES ANTE TODO UNA FIESTA PAGANA. CRISTO NO ERA MÁS QUE UN JUDÍO BORRACHO DE PODER». La nota no tenía firma, aunque a Gregory no le hacía falta que la llevase para identificar al remitente. Decidió que lo llamaría después de las vacaciones. Confiaba en tener la suficiente habilidad para rebatir los argumentos de ese polemista en cualquier debate.

Una vez despachado el correo, Gregory abrió un cajón de su escritorio, sacó un cuaderno y empezó a pasar las páginas del diario que había estado llevando. Pretendía aprovechar esas notas personales, tomadas a vuela pluma, para redactar el informe oficial del exorcismo que le había solicitado el obispo.

Hojeó el cuaderno e hizo una serie de calas en el texto. Cada vez que daba con un fragmento donde evitaba reconocer abiertamente su fe en el Diablo, fruncía el ceño. Tendría que reelaborar esos pasajes con sumo cuidado, ya que el obispo —que seguía preocupado por la actitud de Gregory— los leería atentamente y se le echaría encima en cuanto detectase la menor vacilación, la más mínima sombra de duda.

Cogió un lápiz y se puso a escribir:

Una cosa al menos sí me ha quedado clara: que Garth intentó tener relaciones incestuosas con Susan. Y digo que intentó tenerlas porque me resulta imposible determinar si se consumaron o no. Prefiero creer que solo fue un intento, aunque no creo que

lleguemos nunca a saber la verdad. Susan me ha dicho que hay un día de su vida del que no se acuerda, que se ha borrado de su memoria. Lo único que recuerda de esa misteriosa jornada es que su padre le habló de lo mucho que la quería. Es posible —aunque siguen siendo simples conjeturas— que el amor al que se refería Garth fuera de naturaleza física; es posible que le hiciese ciertas insinuaciones y que llegasen a consumir la relación, y es posible también que Susan —horrorizada y asqueada— reprimiese el recuerdo de ese repugnante episodio. Eso podría explicar la laguna que había en su memoria. Y la conducta de Garth en el dormitorio de la casa parroquial —el nerviosismo exagerado que mostró cuando se trajo a colación el tema del incesto, que maldijese a su hija con las mismas palabras que, según hemos podido saber, ya había empleado en una ocasión anterior («¡Ojalá te pudras en el infierno!»)— sugiere de manera concluyente que cometió incesto o que al menos intentó cometerlo. Hasta que Susan no se someta a un análisis en profundidad —para lo que tal vez sea necesario contar con la ayuda de la hipnosis o del pentotal sódico— no lo sabremos, ya que la única persona aparte de ella que conoce lo ocurrido está muerta: Garth.

Gregory dio un sorbo a su café, volvió unas páginas más atrás y leyó el siguiente pasaje:

A la señora Farley le gustaría que respaldase su idea de que Garth era —o es— el Diablo. Al parecer no está de acuerdo con la hipótesis de la afección coronaria. No paro de repetirle que su médico —a quien fue posible localizar gracias al farmacéutico— ha corroborado las conclusiones del forense. He intentado hacerle ver que, ya en vida del señor Garth, había muchos indicios de que padecía una enfermedad cardiovascular: trastornos respiratorios, molestias cuando se ponía nervioso, dificultad para correr y realizar otras actividades físicas pesadas. (Creo que en una de nuestras primeras entrevistas llegó a describirse como una persona «delicada de salud».) Le he explicado también, que el terror a ser acusado de unos delitos tan atroces —incesto y puede que asesinato—, unido a lo desagradable que debió de resultarle la última discusión, al bochorno que hizo ese día y al pánico que debió de producirle el exorcismo (presenciar este rito puede causar en cualquier católico, incluidos los que han renunciado a su fe, las reacciones más violentas), habría bastado para destrozarse un corazón más sano que el del señor Garth.

Lo que no le he dicho a la señora Farley es que, detrás de las dolencias de corazón de Garth y la caída del relámpago (por mucho que este no lo alcanzara de lleno y no resultara mortal), podría estar lo que mucha gente llamaría la mano de Dios. Temo que esto la dejaría tan confundida como reconozco estarlo yo.

Gregory pasó unas cuantas páginas, cogió el lápiz y se puso a escribir otra vez:

Una semana después del exorcismo, poco antes de que el padre Halloran tomara a la muchacha bajo su cuidado en el Orfanato del Ángel Custodio, pasé por casa de Susan para hacerle una visita. Pude ver entonces la marca con forma de cruz que había quedado en el dormitorio del señor Garth y me vi especulando sobre las posibles razones que lo habían llevado a quitar el crucifijo de la pared. Al parecer, lo había retirado poco después de que falleciese su mujer. Yo le había sugerido que el sentimiento de culpa por esa muerte era

con toda seguridad el motivo de que no fuera capaz de dormir bajo la imagen de Cristo crucificado. Pero ¿era esa la verdadera razón? ¿No sería que la visión del crucifijo le resultaba insoportable porque estaba avergonzado de sus pensamientos y actos incestuosos? ¿O puede, tal vez, que la propaganda ponzoñosa de John Talbot hubiese puesto a Garth en contra de la Iglesia y deshacerse del crucifijo fuera un gesto acorde con su nueva manera de pensar? Por desgracia, el señor Garth no está entre nosotros para aclarárnoslo. Lo único que tenemos es una cruz fantasmagórica y muda en un apartamento vacío. Y, cuando un nuevo inquilino se instale en el piso y limpie las paredes, hasta esa cruz desaparecerá.

Porque no me atrevo siquiera a considerar la posibilidad de que no logren borrarla nunca, de que siga en la pared del apartamento, como una suerte de resplandor milagroso, y resista a sucesivas limpiezas y manos de pintura.

Gregory volvió a leer el último párrafo y lo tachó con una inmensa cruz. Aunque solo eran unas notas privadas, no había lugar en ellas para conjeturas disparatadas.

Guardó otra vez el cuaderno en el escritorio y descolgó el teléfono. Era Navidad, momento de ponerse en contacto con amigos y familiares para felicitarles las fiestas. Como seguía teniendo a Susan muy presente en sus pensamientos, llamó en primer lugar al orfanato. Intercambió unas palabras con el padre Halloran y después se puso Susan.

—Hola, padre.

—Hola, jovencita. Feliz Navidad.

—Gracias, igualmente.

—¿Cómo estás?

—¡De maravilla! —El tono de su voz era exultante—. ¡No se imagina lo increíble que es el padre Halloran! Ojalá todos los orfanatos fueran como este...

—Bueno, confiemos en que pronto se le parezcan.

—El padre Halloran me ha dejado que le eche una mano con algunas cosas. En la enfermería y cosas así. La verdad es que no paro. Y con todo el lío de las Navidades estoy para que me dé algo.

—Pero si a ti eso te encanta.

—Sí, si no me quejo. ¿Cuándo va a venir a vernos otra vez?

—Ah... muy pronto. Yo también he estado hasta arriba de trabajo. En Navidades los párrocos no tenemos ni un respiro. Pero me pasaré muy pronto. Después de Año Nuevo.

—¡Qué bien! Es que quiero contarle algo.

—Pues cuéntamelo ahora.

—No, prefiero decírselo cuando nos veamos.

—Venga, mujer, dímelo.

—Bueno... no sé si sabe que en un mes y medio cumpliré dieciocho años y dejaré de ser legalmente una huérfana. Podré irme de aquí y tendré que dedicarme a algo.

—Sí.

—He estado dándole muchas vueltas y lo he hablado con el padre Halloran. Creo que quiero estudiar medicina, ser médica. ¿Qué le parece?

—Me parece una idea estúpida. La única pega que le veo es que las pocas médicas que

conozco no son muy... agraciadas. Cuesta imaginarte en ese papel. Serás la médica más guapa de los alrededores.

A Susan se le escapó una risita.

—No sé si quiero quedarme aquí. He pensado en irme de médica a las misiones, a África o algún sitio así.

—Muy buena idea —dijo Gregory—. Aunque igual conoces a algún joven en la Facultad que intente hacerte cambiar de opinión. Si fuera así, tampoco te cierres en banda.

La muchacha soltó un murmullo despectivo; Gregory se echó a reír y añadió:

—Bueno, tengo que dejarte. Te veo dentro de nada. Que Dios te bendiga, cielo.

—Gracias, padre. Hasta pronto.

El párroco marcó después el número de su hermana. Sonó el tono unas cuantas veces y, cuando por fin descolgaron, pudo oír de fondo el ruido de una televisión, un barullo de gritos infantiles y los gruñidos de un padre desquiciado. Lo saludó su hermana, estuvieron charlando un rato y a continuación se puso su cuñado.

—Feliz Navidad, Greg —dijo.

—Igualmente, Bill. Parece que tenéis montada una buena.

—Pues la verdad es que sí. Pero, nada, esto lo arreglo yo en un periquete con un poco de fenobarbital en el pudín de los niños. Oye, una cosa...

—Dime.

—¿Te acuerdas de que me llamaste en septiembre para hacerme una consulta sobre un caso del que estabas escribiendo?

—Sí...

—¿Qué fue de todo aquello? ¿Descubrieron qué le pasaba a la chica?

Gregory guardó silencio unos segundos. Su cabeza se convirtió en un revoltijo de imágenes caleidoscópicas y vaciló un instante. Sin embargo, en el caleidoscopio se formó enseguida una figura simétrica y —más sorprendido aún que su interlocutor— el párroco se vio a sí mismo diciendo:

—Sí, lo descubrieron. Estaba poseída por el Diablo. Consiguieron expulsarlo de su cuerpo y ahora está bien. Que paséis unas felices fiestas, Bill.

Después de colgar, Gregory se quedó contemplando el teléfono unos minutos mientras en su cabeza resonaban las palabras que acababa de pronunciar.

—Así de simple —susurró—. «Estaba poseída por el Diablo y lo expulsaron de su cuerpo.» Así de simple.

Lentamente, empezó a marcar el número del obispo.

A las obligaciones que solían tener ocupado a monseñor durante las fiestas se le habían unido unos cuantos quebraderos de cabeza adicionales. Una pareja que iba a casarse en enero había pedido permiso a su párroco para que sonaran *Lohengrin* y la consabida marcha de Mendelssohn antes y después de la ceremonia. El sacerdote había trasladado la petición al obispo. En sus días como párroco, era habitual escuchar esa música en las bodas católicas; él mismo la había escuchado en las muchas ceremonias que había tenido ocasión de officiar. Pero en los últimos tiempos se había decidido que en las iglesias católicas solo podía tocarse y cantarse música compuesta por artistas católicos. Tenía todo el sentido, pero ¿satisfaría la explicación a esa joven

pareja para la que una boda sin esas dos conocidas piezas no era una boda de verdad? ¿Aceptarían y comprenderían que, por muy conmovedora que fuese la marcha de Mendelssohn, era la obra de un judío que se había convertido al protestantismo? En cuanto a Wagner —el compositor de *Lohengrin*—, no solo no era católico, sino que además era un antisemita perturbado. Aunque los católicos no tenían en modo alguno prohibido escuchar su música en la ópera, no parecía demasiado apropiado tocarla en un templo. El obispo estaba pensando en cómo podría explicarle a la pareja todo eso cuando sonó el teléfono. El ama de llaves le informó de que el padre Sargeant quería hablar con él y monseñor atendió la llamada.

—¿Gregory? Feliz Navidad, hijo mío.

—Gracias, monseñor. Igualmente.

—¿Qué tal van las cosas por San Miguel?

—Muy bien. Parece que la señora Barlow me ha incluido en su lista permanente de invitados.

—¿Eso sí que es triunfar! —El obispo se rió entre dientes.

—Pues, sí. Supongo que sí. Por cierto, intentaré tener el informe que me pidió cuanto antes. Casi he terminado ya con las notas.

—No te preocupes. No hay prisa.

—Acabo de hablar por teléfono con Susan. Parece muy feliz. También intercambié unas palabras con el padre Halloran.

—Y ¿también él te pareció... feliz?

—Sé a lo que se refiere, monseñor, y lo cierto es que no sabría decirle. Me da la sensación de que por lo menos ha conseguido enterrar todos esos pensamientos, aunque dudo que consiga deshacerse de ellos por completo... Sería pedir demasiado.

—Me parece que ninguno de nosotros vamos a poder librarnos de ellos, hijo mío. El padre Halloran sembró una duda muy inquietante en nuestras cabezas esa noche: que un sacerdote es capaz de violar el secreto de la confesión inconscientemente... Que todos somos, de hecho, capaces de violarlo. ¿Quién en su sano juicio puede discutir eso?

—Acabo de recordar un sueño —dijo Gregory—. Un sueño bastante ridículo que tuve los días de aquellos horribles sucesos. En él, trataba de convencerme a mí mismo de que la condenación eterna no estaba reservada solo a quienes hacían el mal; los que deseaban el mal en su corazón (o en su alma, o en el laberinto de su inconsciente) también eran culpables y debían ser condenados. Ya sé que desde un punto de vista teológico no tiene el menor fundamento. Pero no puedo quitármelo de la cabeza.

—Te entiendo. Bueno, yo sigo rezando todos los días, Gregory. Por el padre Halloran y por todos nosotros.

Se produjo un silencio incómodo y al cabo de unos instantes, Gregory dijo:

—También he hablado hace un rato con mi cuñado.

—¿Qué cuñado?

—El psiquiatra.

—Ah sí, ya me acuerdo.

—Mientras hablaba con él, ha ocurrido algo muy extraño. —Gregory hizo un breve resumen de la conversación telefónica.

—¿Qué ha pasado? —dijo el obispo.

—Me gustaría preguntarle una cosa, monseñor.

—Espero poder contestarte.

—He conseguido encontrar una explicación para todos los prodigios que acaecieron aquí el pasado septiembre —dijo Gregory despacio y con aire pensativo—. Me refiero a una explicación racional. ¿La quemadura en el brazo a Susan? Una reacción psicósomática. ¿La propia posesión? Un trastorno mental. ¿La extraña voz que ponía y su forma de hablar? La manifestación del trastorno que padecía, una simple treta inspirada probablemente en fragmentos de libros que Susan había leído y memorizado; no podemos olvidar que es una muchacha muy inteligente. ¿La ilusión de que sabía quién estaba llamando a la puerta? Tal vez un simple engaño. De hecho, no llegó a decir ningún nombre y puede que la acusación que vertió contra su padre fuera por completo falsa. ¿La supuesta curación? Quién sabe: algún tipo de catarsis provocada por el trauma; se han curado enfermedades mentales con métodos mucho más expeditivos. Y luego está la sobrecogedora tormenta que cayó sobre nosotros. «Líbranos de la tiranía del mal con una gran demostración de poder...» ¿Es esa la explicación? O ¿fue una simple coincidencia? Ningún periódico la había anunciado, aunque no sería la primera vez que el hombre del tiempo se equivoca. —Hizo una pausa y al cabo de un rato prosiguió—: Pero, aunque he encontrado una explicación lógica para todos esos fenómenos, hace un rato le he dicho a mi cuñado que la muchacha estaba poseída. Y ¡eso debe de querer decir que creo en la existencia del Demonio!

—No sabes cuánto deseaba oír esto —dijo el obispo con calma—, cuánto tiempo llevo esperando oírlo.

—Quiere decir que creo —repitió Gregory—. ¿Se da cuenta? Quiere decir que creo que el Diablo estaba dentro de esa chica y que nosotros lo arrojamos fuera de su cuerpo. *Ninguna* de las pruebas parece indicar que los hechos sucedidos fuesen de naturaleza sobrenatural y, sin embargo, yo creo que sí lo eran. Dígame, ¿cómo puede ser que yo, que tanto dudaba, haya empezado a creer?

—Yo no me preocuparía demasiado por eso ahora, Gregory. Acéptalo. No es una pregunta fácil de contestar así de sopetón. Puede que siempre hayas creído.

—¿Habría dudado tanto, habría discutido tanto con usted y lo habría sacado tanto de quicio si hubiese creído todo este tiempo?

—Lo más probable es que no. Pero, como acabo de decirte, no dejes que eso te inquiete mucho. Si te paras a pensarlo, puede que ya conocieras la respuesta.

—¿En serio?

—Sí. Puede que conocieras la respuesta desde hace tiempo y la pusieras por escrito sin comprender del todo lo que significaba. Puede que yo tampoco lo comprendiera. Hasta ahora.

—¿Comprender *qué*? —preguntó Gregory.

—«La mano de Dios es más rápida que el ojo» —dijo el obispo—. Mucho más rápida.

La conversación terminó con una serie de comentarios triviales sobre las fiestas. El obispo colgó el teléfono.

Se acercó a la ventana y contempló un rato la nieve. Aunque no había vuelto a hablar gaélico desde que era niño, una puerta que llevaba muchos años cerrada en su memoria pareció abrirse lo suficiente para que en sus labios se formasen silenciosamente las siguientes palabras: «*Buiochas le Die*». Gracias a Dios.

NOTA AL PIE



Los sucesos y conjeturas recogidos en esta historia podrán parecer a muchos lectores demasiado rocamboleros. Debo aclarar, sin embargo, que no son una invención del autor. Algunos —en especial los que no profesen la fe católica— pueden extrañarse de la actitud un tanto indulgente con que el padre Sargeant considera el psicoanálisis freudiano y tal vez le parezca contraria a la postura oficial de la Iglesia católica. A estos lectores me gustaría recordarles las palabras del doctor William J. Devlin, S. J., profesor de la Universidad Loyola de Chicago, sacerdote católico y reputado analista freudiano, que en una ocasión dijo: «Operativamente, Freud estaba en lo cierto».

El alcoholismo del padre Sargeant puede resultar ofensivo a ciertos lectores, y eso a pesar de que la figura del «cura borrachín» no es en absoluto extraña a la ficción (sin ir más lejos, el protagonista de *El poder y la gloria*, la magistral novela de Graham Greene, es un sacerdote aficionado a la bebida y el propio autor es católico). Me gustaría llamar la atención de estos lectores sobre la figura del padre Ralph Pfau, un miembro de Alcohólicos Anónimos que dejó constancia de su batalla contra el alcohol en una obra fascinante y ejemplar titulada *Prodigal Shepherd* [El pastor pródigo] (Nueva York, 1958).

La revelación de un posible caso de incesto durante el exorcismo puede parecer un detalle innecesariamente escabroso. Pero, por muy repugnante que resulte, no es más que uno de los muchos datos que extraje del opúsculo *¡Aléjate, Satanás!* (reverendo Carl Vogl; traducido del alemán por el reverendo Celestine Kapsner O. S. B; Collegeville, Minnesota, 1935, publicado con el imprimátur de Jos. F. Busch, obispo de San Cloud), donde se recoge el testimonio de un exorcismo oficiado en Earling, Iowa, en 1928.

Sin embargo, pese a toda la «documentación», esta es una obra literaria y los personajes y sucesos que aparecen en ella no guardan relación alguna con hechos o personas reales.

Lo que les contaré a continuación no es, en cambio, producto de la imaginación:

Mientras escribía el capítulo XIII, en el que el exorcismo llega a su punto culminante con las palabras «¡Aléjate, Satanás!», de pronto me vi importunado por un tábano enorme, casi del mismo tamaño que una abeja, que no paraba de zumbar a mi alrededor y me impedía trabajar. La «temporada de mosquitos» no había empezado aún y, por si eso fuera poco, las ventanas de mi estudio estaban cerradas a cal y canto. Me vi obligado a interrumpir la redacción del capítulo,

enrollé un periódico y estuve un buen rato persiguiendo a aquel intruso hasta que conseguí matarlo. Poco después retomé el trabajo pero, apenas llevaba escritas unas doce líneas, cuando volví a ser «atacado» por un segundo mosquito de tamaño similar. Dejé de escribir otra vez y me deshice del insecto con el mismo método que había empleado para deshacerme del primero. Hubo en total cuatro mosquitos, y todos aparecieron después de que hubiese muerto al anterior. Una vez hube tecleado las palabras finales del exorcismo, «¡Aléjate, Satanás!», ningún otro mosquito volvió a entrar en el estudio.

El molesto episodio me pareció de lo más divertido cuando terminó, pero debo confesar que, al poner punto final al capítulo y salir del estudio, tuve un instante de pánico supersticioso: en ese momento me acordé de algo que había leído hacía muchos años y había olvidado por completo. Belcebú es el lugarteniente de Lucifer. Su nombre en hebreo significa «señor de las moscas».

ALBA

Alba es un sello editorial que desde 1993 lleva recuperando grandes clásicos de la literatura universal (Alba Clásica y Alba Clásica Maior) en nuevas traducciones y cuidadas ediciones. Presta asimismo atención al ensayo histórico y literario en su colección Trayectos, donde también se publican diarios y libros de memorias.

En el campo del teatro y el cine, merecen una especial mención la colección Artes Escénicas, dedicada a la formación de actores y profesionales en general del teatro, y la colección Fuera de Campo, con textos de formación en todos los ámbitos cinematográficos. También destacan sus Guías del escritor destinadas a aficionados y profesionales de la escritura. Por todo ello le fue concedido en 2010 el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial. En 2012 incorporó a su catálogo dos nuevas colecciones de literatura, Contemporánea (dedicada a la ficción de hoy) y Rara Avis (clásicos raros y no canónicos del siglo XX), e inició una línea de infantil/ilustrado con la publicación de una serie de libros disco, a los que pronto seguirían nuevas colecciones como Pequeña & Grande, Pequeños Grandes Gestos y Cuentos Vintage. En el año 2018 ha lanzado una nueva colección de poesía.

Consulta www.albaeditorial.es
Alba Editorial, S.L.U.
Baixada de Sant Miquel, 1 bajos
08002 Barcelona
T. 93 415 29 29
info@albaeditorial.es

NOTAS

[1] *Dies Saturni* o «día de Saturno» es la expresión latina con la que se designa el sexto día de la semana. El *saturday* inglés conserva esta raíz. [Esta nota, como las siguientes, es del traductor.]

[2] La cita pertenece a *Los demonios de Loudun* de Aldous Huxley.

[3] Proverbios, 16, 18.

[4] Génesis, 1, 1.

[5] Los vocablos ingleses *ham*, *schmaltz* y *corn* pueden ser traducidos respectivamente por «histrionismo», «sensiblería» y «cursilería», pero significan también «jamón», «grasa de ave para untar» y «maíz».

[6] La criatura maléfica que posee a Susan está citando aquí un conocido pasaje de la Biblia. «“Y ¿qué es la verdad?”, preguntó Pilatos. Y dicho esto, de nuevo salió a los judíos y les dijo: “Yo no hallo en este ningún delito”» (Juan, 18, 38).

[7] Todas las citas de este capítulo pertenecen a *Macbeth* de William Shakespeare y están tomadas de la edición bilingüe del Instituto Shakespeare: Cátedra, Madrid, 1987. Acto V, escena vii.

[8] Acto I, escena iii.

[9] Acto III, escena i.

[10] *Ibíd.*

[11] *Ibíd.*

[12] *Ibíd.*

[13] Según la mitología griega, Procusto era un posadero y bandido que ofrecía acomodo a los viajeros solitarios. Los invitaba a descansar y, mientras dormían, los ataba de pies y manos a las cuatro esquinas de la cama. Si el cuerpo de la víctima era más grande que el lecho, procedía a cortarle las extremidades con un serrucho; si era más pequeño, le descoyuntaba los huesos con un martillo para estirarlo.

[14] El autor se refiere aquí nuevamente al *Macbeth* de Shakespeare.